TRISTANA

de Benito Pérez Galdós



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

Tristana de Benito Pérez Galdós

TRISTANA

I

En el populoso barrio de Chamberí, más cerca del Depósito de Aguas qu
de Cuatro Caminos, vivía, no ha muchos años, un hidalgo de buena estampa y
nombre peregrino; no aposentado en casa solariega, pues por allí no las hub
nunca, sino en plebeyo cuarto de alquiler, de los baratitos, con ruidos
vecindario de taberna, merendero, cabrería, y estrecho patio interior d
habitaciones numeradas. La primera vez que tuve conocimiento del ta
personaje y pude observar su catadura militar de antiguo cuño, algo así com
una reminiscencia pictórica de los tercios viejos de Flandes, dijéronme que s
llamaba *D. Lope de Sosa*, nombre que transciende al polvo de los teatros, o
romance de los que traen los librillos de retórica; y en efecto, nombrábanle as
algunos amigos maleantes; pero él respondía por D. Lope Garrido. Andando e
tiempo, supe que la partida de bautismo rezaba *D. Juan López Garrido*
resultando que aquel sonoro *don Lope* era composición del caballero, como u
precioso afeite aplicado a embellecer la personalidad; y tan bien caía en s
cara enjuta, de líneas firmes y nobles, tan buen acomodo hacía el nombre co
la espigada tiesura del cuerpo, con la nariz de caballete, con su despejad
frente y sus ojos vivísimos, con el mostacho entrecano y la perilla corta, ties
y provocativa, que el sujeto no se podía llamar de otra manera. O había qu
matarle o decirle don Lope.

La edad del buen hidalgo, según la cuenta que hacía cuando de esto s
trataba, era una cifra tan imposible de averiguar como la hora en un relo
descompuesto, cuyas manecillas se obstinaran en no moverse. Se habí
plantado en los cuarenta y nueve, como si el terror instintivo de los cincuent
le detuviese en aquel temido lindero del medio siglo; pero ni Dios mismo co
todo su poder le podía quitar los cincuenta y siete, que no por bie

conservados eran menos efectivos. Vestía con toda la pulcritud y esmero qu su corta hacienda le permitía, siempre de chistera bien planchada, buena cap en invierno, en todo tiempo guantes oscuros, elegante bastón en verano trajes más propios de la edad verde que de la madura. Fue D. Lope Garrido dicho sea para hacer boca, gran estratégico en lides de amor, y se preciaba d haber asaltado más torres de virtud y rendido más plazas de honestidad qu pelos tenía en la cabeza. Ya gastado y para poco, no podía desmentir la pícar afición, y siempre que tropezaba con mujeres bonitas, o aunque no fuera bonitas, se ponía en facha, y sin mala intención les dirigía miradas expresivas que más tenían en verdad de paternales que de maliciosas, como si con ella dijera: «¡De buena habéis escapado, pobrecitas! Agradeced a Dios el no habe nacido veinte años antes. Precaveos contra los que hoy sean lo que yo fui aunque, si me apuran, me atreveré a decir que no hay en estos tiempos quie me iguale. Ya no salen jóvenes, ni menos galanes, ni hombres que sepan s obligación al lado de una buena moza.»

Sin ninguna ocupación profesional, el buen D. Lope, que había gozado e mejores tiempos de una regular fortuna, y no poseía ya más que un usufruct en la provincia de Toledo, cobrado a tirones y con mermas lastimosas, s pasaba la vida en ociosas y placenteras tertulias de casino, consagrand también metódicamente algunos ratos a visitas de amigos, a trincas de café, y otros centros, o más bien rincones, de esparcimiento, que no hay para qu nombrar ahora. Vivía en lugar tan excéntrico por la sola razón de la barata de las casas, que aun con la gabela del tranvía, salen por muy poco en aquell zona, amén del despejo, de la ventilación y de los horizontes risueños que all se disfrutan. No era ya Garrido trasnochador: se ponía en planta a punto de la ocho, y en afeitarse y acicalarse, pues cuidaba de su persona con esmero lentitudes de hombre de mundo, se pasaban dos horitas. A la calle hasta la una hora infalible del almuerzo frugal. Después de este, calle otra vez, hasta l comida, entre siete y ocho, no menos sobria que el almuerzo, algunos días co escaseces no bien disimuladas por las artes de cocina más elementales. Lo qu principalmente debe hacerse constar es que si D. Lope era todo afabilidad cortesanía fuera de casa, y en las tertulias cafeteriles o casinescas a qu concurría, en su domicilio sabía hermanar las palabras atentas y familiares co la autoridad de amo indiscutible.

Con él vivían dos mujeres, criada la una, señorita en el nombre la otra confundiéndose ambas en la cocina y en los rudos menesteres de la casa, si distinción de jerarquías, con perfecto y fraternal compañerismo, determinad más bien por humillación de la señora que por ínfulas de la criada. Llamábas

esta Saturna, alta y seca, de ojos negros, un poco hombruna, y por su viude
reciente vestía de luto riguroso. Habiendo perdido a su marido, albañil que s
cayó del andamio en las obras del Banco, pudo colocar a su hijo en e
Hospicio, y se puso a servir, tocándole para estreno la casa de D. Lope, que n
era ciertamente una provincia de los reinos de Jauja. La otra, que a cierta
horas tomaríais por sirviente y a otras no, pues se sentaba a la mesa del señor
y le tuteaba con familiar llaneza, era joven, bonitilla, esbelta, de una blancur
casi inverosímil de puro alabastrina; las mejillas sin color, los negros ojos má
notables por lo vivarachos y luminosos que por lo grandes; las cejas increíbles
como indicadas en arco con la punta de finísimo pincel; pequeñuela y roja l
boquirrita, de labios un tanto gruesos, orondos, reventando de sangre, cual s
contuvieran toda la que en el rostro faltaba; los dientes menudos, pedacitos d
cuajado cristal; castaño el cabello y no muy copioso, brillante como torzale
de seda, y recogido con gracioso revoltijo en la coronilla. Pero lo má
característico en tan singular criatura era que parecía toda ella un puro armiñ
y el espíritu de la pulcritud, pues ni aun rebajándose a las más groseras faena
domésticas se manchaba. Sus manos, de una forma perfecta, ¡qué manos!
tenían misteriosa virtud, como su cuerpo y ropa, para poder decir a las capa
inferiores del mundo físico: *la vostra miseria non mi tange*. Llevaba en toda s
persona la impresión de un aseo intrínseco, elemental, superior y anterior
cualquier contacto de cosa desaseada o impura. De trapillo, zorro en mano, e
polvo y la basura la respetaban; y cuando se acicalaba y se ponía su bat
morada con rosetones blancos, el moño arribita, traspasado con horquillas d
dorada cabeza, resultaba una fiel imagen de dama japonesa de alto copete
¿Pero qué más, si toda ella parecía de papel, de ese papel plástico, caliente
vivo en que aquellos inspirados orientales representan lo divino y lo humano
lo cómico tirando a grave, y lo grave que hace reír? De papel nítido era s
rostro blanco mate, de papel su vestido, de papel sus finísimas, torneadas
incomparables manos.

Falta explicar el parentesco de Tristana, que por este nombre respondía l
mozuela bonita, con el gran D. Lope, jefe y señor de aquel cotarro, al cual n
será justo dar el nombre de familia. En el vecindario, y entre las contada
personas que allí recalaban de visita, o por fisgonear, versiones había par
todos los gustos. Por temporadas dominaban estas o las otras opiniones sobr
punto tan importante; en un lapso de dos o tres meses se creyó como e
Evangelio que la señorita era sobrina del señorón. Apuntó pronto
generalizándose con rapidez, la tendencia a conceptuarla hija, y orejas hubo e
la vecindad que la oyeron decir *papá*, como las muñecas que hablan. Sopló u

nuevo vientecillo de opinión, y ya la tenéis legítima y auténtica señora d
Garrido. Pasado algún tiempo, ni rastros quedaban de estas vanas conjeturas, y
Tristana, en opinión del vulgo circunvecino, no era hija, ni sobrina, ni esposa
ni nada del gran D. Lope; no era nada y lo era todo, pues le pertenecía como
una petaca, un mueble o una prenda de ropa, sin que nadie se la pudiera
disputar; ¡y ella parecía tan resignada a ser petaca, y siempre petaca...!

II

Resignada en absoluto no, porque más de una vez, en aquel año qu precedió a lo que se va a referir, la linda figurilla de papel sacaba los pies de plato, queriendo mostrar carácter y conciencia de persona libre. Ejercía sobr ella su dueño un despotismo que podremos llamar seductor, imponiéndole s voluntad con firmeza endulzada, a veces con mimos o carantoñas, destruyendo en ella toda iniciativa que no fuera de cosas accesorias y si importancia. Veintiún años contaba la joven cuando los anhelos d independencia despertaron en ella con las reflexiones que embargaban s mente acerca de la extrañísima situación social en que vivía. Aún conservab procederes y hábitos de chiquilla cuando tal situación comenzó; sus ojos n sabían mirar al porvenir, y si lo miraban, no veían nada. Pero un día se fijó e la sombra que el presente proyectaba hacia los espacios futuros, y aquell imagen suya estirada por la distancia, con tan disforme y quebrada silueta entretuvo largo tiempo su atención, sugiriéndole pensamientos mil que l mortificaban y confundían.

Para la fácil inteligencia de estas inquietudes de Tristana, conviene hace toda la luz posible en torno del D. Lope, para que no se le tenga por mejor n por más malo de lo que era realmente. Presumía este sujeto de practicar e toda su pureza dogmática la caballerosidad, o caballería, que bien podemo llamar sedentaria en contraposición a la idea de andante o correntona; ma interpretaba las leyes de aquella religión con criterio excesivamente libre, y d todo ello resultaba una moral compleja, que no por ser suya dejaba de se común, fruto abundante del tiempo en que vivimos; moral que, aunque parecí de su cosecha, era en rigor concreción en su mente de las ideas flotantes en l atmósfera metafísica de su época, cual las invisibles bacterias en la atmósfer física. La caballerosidad de D. Lope, como fenómeno externo, bien a la vist estaba de todo el mundo: jamás tomó nada que no fuera suyo, y en cuestione de intereses llevaba su delicadeza a extremos quijotescos. Sorteaba su penuri

con gallardía, y la encubría con dignidad, dando pruebas frecuentes d abnegación, y condenando el apetito de cosas materiales, con acentos d entereza estoica. Para él, en ningún caso dejaba de ser vil el metal acuñado, n la alegría que el cobrarlo produce le redime del desprecio de toda persona bie nacida. La facilidad con que de sus manos salía, indicaba el tal desprecio mejor que las retóricas con que vituperaba lo que a su juicio era motivo d corrupción, y causa de que en la sociedad presente fueran cada día más escasa las cosechas de caballeros. Respecto a decoro personal, era tan nimio y de tan quebradiza susceptibilidad, que no toleraba el agravio más insignificante, n ambigüedades de palabra que pudieran llevar en sí sombra d desconsideración. Lances mil tuvo en su vida, y de tal modo mantenía lo fueros de la dignidad, que llegó a ser código viviente para querellas de honor y, ya se sabía, en todos los casos dudosos del intrincado fuero duelístico era consultado el gran D. Lope, que opinaba y sentenciaba con énfasis sacerdotal como si se tratara de un punto teológico o filosófico de la mayo transcendencia.

El punto de honor era, pues, para Garrido, la cifra y compendio de toda l ciencia del vivir, y esta se completaba con diferentes negaciones. Si s desinterés podía considerarse como virtud, no lo era ciertamente su desprecio del Estado y de la Justicia, como organismos humanos. La curia le repugnaba los ínfimos empleados del Fisco, interpuestos entre las instituciones y e contribuyente con la mano extendida, teníalos por chusma digna de remar en galeras. Deploraba que en nuestra edad de más papel que hierro y de tanta fórmulas hueras, no llevasen los caballeros espada para dar cuenta de tant gandul impertinente. La sociedad, a su parecer, había creado diverso mecanismos con el solo objeto de mantener holgazanes, y de perseguir y desvalijar a la gente hidalga y bien nacida.

Con tales ideas, a D. Lope le resultaban muy simpáticos los contrabandista y matuteros, y si hubiera podido, habría salido a su defensa en un aprieto grave. Detestaba la policía encubierta o uniformada, y cubría de baldón a lo carabineros y vigilantes de consumos, así como a los pasmarotes que llaman de Orden público, y que, a su parecer, jamás protegen al débil contra el fuerte Transigía con la Guardia civil, aunque él, ¡qué demonio! la hubiera organizad de otra manera, con facultades procesales y ejecutivas, como verdadera religión de caballería justiciera en caminos y despoblados. Sobre el Ejército las ideas de D. Lope picaban en extravagancia. Tal como lo conocía, no era más que un instrumento político, costoso y tonto por añadidura, y él opinaba que se le diera una organización religiosa y militar, como las antiguas órdene

de caballería, con base popular, servicio obligatorio, jefes hereditarios vinculación del generalato, y en fin, un sistema tan complejo y enrevesado qu ni él mismo lo entendía. Respecto a la Iglesia, teníala por una broma pesada que los pasados siglos vienen dando a los presentes, y que estos aguantan po timidez y cortedad de genio. Y no se crea que era irreligioso: al contrario, su f superaba a la de muchos que hociquean ante los altares y andan siempre entr curas. A estos no les podía ver ni escritos el ingenioso D. Lope, porque n encontraba sitio para ellos en el sistema pseudo-caballeresco que s desocupado magín se había forjado, y solía decir: «Los verdaderos sacerdote somos nosotros, los que regulamos el honor y la moral, los que combatimos e pro del inocente, los enemigos de la maldad, de la hipocresía, de la injusticia.. y del vil metal.»

Casos había en la vida de este sujeto que le enaltecían en sumo grado, y s algún ocioso escribiera su historia, aquellos resplandores de generosidad abnegación harían olvidar, hasta cierto punto, las oscuridades de su carácter su conducta. De ellos debe hablarse, como antecedentes o causas que son de l que luego se referirá. Siempre fue D. Lope muy amigo de sus amigos, hombre que se despepitaba por auxiliar a las personas queridas que se veían e algún compromiso grave. Servicial hasta el heroísmo, no ponía límites a su generosos arranques. Su caballería llegaba en esto hasta la vanidad; y com toda vanidad se paga, como el lujo de los buenos sentimientos es el má dispendioso que se conoce, Garrido sufrió considerables quebrantos en s fortuna. Su muletilla familiar de *dar la camisa por un amigo* no era una simpl afectación retórica. Si no la camisa, varias veces dio la mitad de la capa, com San Martín; y últimamente, la prenda de ropa más útil, como más próxima a l carne, había llegado a correr peligro.

Un amigo de la infancia, a quien amaba entrañablemente, de nombre D Antonio Reluz, compinche de caballerías más o menos correctas, puso prueba el furor altruista, que no otra cosa era, del buen D. Lope. Reluz, a casarse por amor con una joven distinguidísima, apartose de las ideas prácticas caballerescas de su amigo, calculando que no constituían oficio n daban de comer, y se dedicó a manejar en buenos negocios el capitalito de s esposa. No le fue mal en los primeros años. Metiose en la compra y venta d cebada, en contratas de abastecimientos militares, y otros honrados tráficos que Garrido miraba con altivo desprecio. Hacia 1880, cuando ambos habían pasado la línea de los cincuenta, la estrella de Reluz se eclipsó de súbito, y n puso la mano en negocio que no resultara de perros. Un socio de mala fe, u amigo pérfido acabaron de perderle, y el batacazo fue de los más gordos

hallándose de la noche a la mañana sin blanca, deshonrado y por añadidura preso...

—¿Lo ves? —le decía su amigote—, ¿te convences ahora de que ni tú ni yo servimos para mercachifles? Te lo advertí cuando empezaste, y no quisiste hacerme caso. No pertenecemos a nuestra época, querido Antonio; somos demasiado decentes para andar en estos enjuagues, que allá se quedan para la patulea del siglo.

Como consuelo, no era de los más eficaces. Reluz le oía sin pestañear, no responderle nada, discurriendo cómo y cuándo se pegaría el tirito con que pensaba poner fin a su horrible sufrimiento.

Pero Garrido no se hizo esperar, y al punto salió con el supremo recurso de la camisa.

—Por salvar tu honra soy yo capaz de dar la... En fin, ya sabes que es obligación, no favor, pues somos amigos de veras, y lo que yo hago por ti, lo harías tú por mí.

Aunque los descubiertos que ponían por los suelos el nombre comercial de Reluz no eran el oro y el moro, pesaban lo bastante para resquebrajar el edificio no muy seguro de la fortunilla de D. Lope; el cual, encastillado en su dogma altruista, hizo la hombrada gorda, y después de liquidar una casita que conservaba en Toledo, se desprendió de su colección de cuadros antiguos, si no de primera, bastante apreciable por los afanes y placeres sin cuento que representaba.

—No te apures —decía a su triste amigo—. Pecho a la desgracia, y no de a esto el valor de un acto extraordinariamente meritorio. En estos tiempos putrefactos se estima como virtud lo que es deber de los más elementales. Lo que se tiene, se tiene, fíjate bien, en tanto que otro no lo necesita. Esta es la ley de las relaciones entre los humanos, y lo demás es fruto del egoísmo y de la metalización de las costumbres. El dinero no deja de ser vil sino cuando se ofrece a quien tiene la desgracia de necesitarlo. Yo no tengo hijos. Toma lo que poseo; que un pedazo de pan no ha de faltarnos.»

Que Reluz oía estas cosas con emoción profunda, no hay para qué decirlo. Cierto que no se pegó el tiro ni había para qué; mas lo mismo fue salir de la cárcel y meterse en su casa, que pillar una calentura maligna que lo despachó en siete días. Debió de ser de la fuerza del agradecimiento, y de las emociones terribles de aquella temporada. Dejó una viudita inconsolable, que por más que se empeñó en seguirle a la tumba *por muerte natural*, no pudo lograrlo, y una hija de diecinueve abriles, llamada Tristana.

III

La viuda de Reluz había sido linda antes de los disgustos y trapisondas d
los últimos tiempos. Pero su envejecer no fue tan rápido y patente que l
quitara a D. Lope las ganas de cortejarla, pues si el código caballeresco de est
le prohibía galantear a la mujer de un amigo vivo, la muerte del amigo l
dejaba en franquía para cumplir a su antojo la ley de amar. Estaba de Dios, n
obstante, que por aquella vez no le saliera bien la cuenta, pues a las primera
chinitas que a la inconsolable tiró, hubo de observar que no contestaba co
buen acuerdo a nada de lo que se le decía, que aquel cerebro no funcionab
como Dios manda, y en suma, que a la pobre Josefina Solís le faltaban cas
todas las clavijas que regulan el pensar discreto y el obrar acertado. Do
manías, entre otras mil, principalmente la trastornaban: la manía de mudars
de casa y la del aseo. Cada semana, o cada mes por lo menos, avisaba lo
carros de mudanzas, que aquel año hicieron buen agosto paseándole los trasto
por cuantas calles y rondas hay en Madrid. Todas las casas eran magníficas e
día de la mudanza, y detestables, inhospitalarias, horribles ocho días después
En esta se helaba de frío, en aquella se achicharraba; en una había vecina
escandalosas, en otra ratones desvergonzados, en todas nostalgia de otr
vivienda, del carro de mudanza, ansia infinita de lo desconocido.

Quiso D. Lope poner mano en este costoso delirio; pero pronto s
convenció de que era imposible. El tiempo corto que mediaba entre mudanza y
mudanza, empleábalo Josefina en lavar y fregotear cuanto cogía por delante
movida de escrúpulos nerviosos y de ascos hondísimos, más potentes que un
fuerte impulsión instintiva. No daba la mano a nadie, temerosa de que l
pegasen herpetismo o pústulas repugnantes. No comía más que huevos
después de lavarles el cascarón, y recelosa siempre de que la gallina que lo
puso hubiera picoteado en cosas impuras. Una mosca la ponía fuera de sí
Despedía las criadas cada lunes y cada martes por cualquier inocent
contravención de sus extravagantes métodos de limpieza. No le bastaba co

deslucir los muebles a fuerza de agua y estropajo; lavaba también la alfombras, los colchones de muelles, y hasta el piano, por dentro y por fuera Rodeábase de desinfectantes y antisépticos, y hasta en la comida se advertía tufos de alcanfor. Con decir que lavaba los relojes está dicho todo. A su hija l zambullía en el baño tres veces al día, y el gato huyó bufando de la casa, po no hallarse con fuerzas para soportar los chapuzones que su ama le imponía.

Con toda el alma lamentaba D. Lope la liquidación cerebral de su amiga, echaba de menos a la simpática Josefina de otros tiempos, dama de trato mu agradable, bastante instruida, y hasta con ciertas puntas y ribetes de literata d buena ley. A cencerros tapados compuso algunos versitos, que solo mostraba los amigos de confianza, y juzgaba con buen criterio de toda la literatura literatos contemporáneos. Por temperamento, por educación y por atavismo pues tuvo dos tíos académicos, y otro que fue emigrado en Londres con e duque de Rivas y Alcalá Galiano, detestaba las modernas tendencias realistas adoraba el ideal y la frase noble y decorosa. Creía firmemente que en el gust hay aristocracia y pueblo, y no vacilaba en asignarse un lugar de los má oscuros entre los próceres de las letras. Adoraba el teatro antiguo, y se sabía d memoria largos parlamentos de *D. Gil de las calzas verdes*, de *La verda sospechosa* y de *El mágico prodigioso*. Tuvo un hijo, muerto a los doce años, quien puso el nombre de Lisardo, como si fuera de la casta de Tirso o Moreto Su niña debía el nombre de Tristana a la pasión por aquel arte caballeresco noble, que creó una sociedad ideal para servir constantemente de norma ejemplo a nuestras realidades groseras y vulgares.

Pues todos aquellos refinados gustos, que la embellecían añadiend encantos mil a sus gracias naturales, desaparecieron sin dejar rastro en ella Con la insana manía de las mudanzas y del aseo, Josefina olvidó toda su eda pasada. Su memoria, como espejo que ha perdido el azogue, no conservaba n una idea, ni un nombre, ni una frase de todo aquel mundo ficticio que tant amó. Un día quiso D. Lope despertar los recuerdos de la infeliz señora, y vi la estupidez pintada en su rostro, como si le hablaran de una existenci anterior a la presente. No comprendía nada, no se acordaba de cosa alguna ignoraba quién podría ser D. Pedro Calderón, y al pronto creyó que era algú casero, o el dueño de los carros de mudanza. Otro día la sorprendió lavand las zapatillas, y a su lado tenía, puestos a secar, los álbumes de retratos Tristana contemplaba, conteniendo sus lágrimas, aquel cuadro de desolación, con expresivos ojos suplicaba al amigo de la casa que no contrariase a la pobr enferma. Lo peor era que el buen caballero soportaba con resignación lo gastos de aquella familia sin ventura, los cuales, con el sin fin de mudanzas, e

frecuente romper de loza y deterioro de muebles, iban subiendo hasta la nubes. Aquel diluvio con jabón les ahogaba a todos. Por fortuna, en uno de lo cambios de domicilio, ya fuese por haber caído en casa nueva, cuyas parede chorreaban de humedad, ya porque Josefina usó zapatos recién sometidos a su sistema de saneamiento, llegó la hora de rendir a Dios el alma. Una fiebr reumática que la entró a saco, espada en mano, acabó sus tristes días. Pero l más negra fue que, para pagar médico, botica y entierro, amén de las cuenta de perfumería y comestibles, tuvo D. Lope que dar otro tiento a su esquilmad caudal, sacrificando aquella parte de sus bienes que más amaba, su colecció de armas antiguas y modernas, reunida con tantísimo afán, y con íntimo goces de rebuscador inteligente. Mosquetes raros y arcabuces roñosos pistolas, alabardas, espingardas de moros y rifles de cristianos, espadas d cazoleta y también petos y espaldares que adornaban la sala del caballero entr mil vistosos arreos de guerra y caza, formando el conjunto más noble y auster que imaginarse puede, pasaron a precio vil a manos de mercachifles. Cuand D. Lope vio salir su precioso arsenal, quedose atribulado y suspenso, aunqu su grande ánimo supo aherrojar la congoja que del fondo del pecho le brotaba y poner en su rostro la máscara de una estoica y digna serenidad. Ya no l quedaba más que su colección de retratos de hembras hermosas, en los cuale había desde la miniatura delicada hasta la fotografía moderna en que la verda suple el arte, museo que era para su historia de amorosas lides, como los d cañones y banderas que en otro orden pregonan las grandezas de un reinad glorioso. Ya no le restaba más que esto, algunas imágenes elocuentes aunqu mudas, que significaban mucho como trofeo, bien poco, ¡ay!, como especi representativa de vil metal.

En la hora del morir, Josefina recobró, como suele suceder, parte del ses que había perdido, y con el seso le revivió momentáneamente su ser pasado reconociendo, cual D. Quijote moribundo, los disparates de la época de s viudez, y abominando de ellos. Volvió sus ojos a Dios, y aún tuvo tiempo d volverlos también a D. Lope, que presente estaba, y le encomendó a su hij huérfana, poniéndola bajo su amparo, y el noble caballero aceptó el encarg con efusión, prometiendo lo que en tan solemnes casos es de rúbrica. Total que la viuda de Reluz cerró la pestaña, mejorando con su pase a mejor vida l de las personas que acá gemían bajo el despotismo de sus mudanzas y lavatorios; que Tristana se fue a vivir con D. Lope, y que este... (hay qu decirlo, por duro y lastimoso que sea) a los dos meses de llevársela, aument con ella la lista ya larguísima de sus batallas ganadas a la inocencia.

IV

La conciencia del guerrero de amor arrojaba de sí, como se ha visto esplendores de astro incandescente; pero también dejaba ver en ocasione arideces horribles de astro apagado y muerto. Era que al sentido moral de buen caballero le faltaba una pieza importante, cual órgano que ha sufrido una mutilación y solo funciona con limitaciones o paradas deplorables. Era que D Lope, por añejo dogma de su caballería sedentaria, no admitía crimen ni falta ni responsabilidad en cuestiones de faldas. Fuera del caso de cortejar a la dama, esposa o manceba de un amigo íntimo, en amor todo lo tenía por lícito Los hombres como él, hijitos mimados de Adán, habían recibido del Cielo una tácita bula que les dispensaba de toda moral, antes policía del vulgo que ley de caballeros. Su conciencia, tan sensible en otros puntos, en aquel era más dura y más muerta que un guijarro, con la diferencia de que este, herido por la llanta de una carreta, suele despedir alguna chispa, y la conciencia de D. Lope en casos de amor, aunque la machacaran las herraduras del caballo de Santiago, no echaba lumbres.

Profesaba los principios más erróneos y disolventes, y los reforzaba con apreciaciones históricas, en las cuales lo ingenioso no quitaba lo sacrílego Sostenía que en las relaciones de hombre y mujer no hay más ley que la anarquía, si la anarquía es ley; que el soberano amor no debe sujetarse más que a su propio canon intrínseco, y que las limitaciones externas de su soberanía no sirven más que para desmedrar la raza, para empobrecer el caudal sanguíneo de la humanidad. Decía, no sin gracia, que los artículos del Decálogo que tratan de toda la *pecata minuta*, fueron un pegote añadido por Moisés a la obra de Dios, obedeciendo a razones puramente políticas; que estas razones de estado continuaron influyendo en las edades sucesivas haciendo necesaria la policía de las pasiones; pero que con el curso de la civilización perdieron su fuerza lógica, y solo a la rutina y a la pereza humana se debe que aún subsistan los efectos después de haber desaparecido la

causas. La derogación de aquellos trasnochados artículos se impone, y lo legisladores deben poner la mano en ella sin andarse en chiquitas. Bien demuestra esta necesidad la sociedad misma, derogando de hecho lo que su directores se empeñan en conservar contra el empuje de las costumbres y la realidades del vivir. ¡Ah! si el buenazo de Moisés levantara la cabeza, él y no otro corregiría su obra, reconociendo que hay tiempos de tiempos.

Inútil parece advertir que cuantos conocían a Garrido, incluso el que este escribe, abominaban y abominan de tales ideas, deplorando con toda el alma que la conducta del insensato caballero fuese una fiel aplicación de su perversas doctrinas. Debe añadirse que a cuantos estimamos en lo que valen los grandes principios sobre que se asienta *etcétera, etcétera...* se nos ponen los pelos de punta solo de pensar cómo andaría la máquina social si a su esclarecidos manipulantes les diese la ventolera de apadrinar los disparates de D. Lope, y derogaran los articulitos o mandamientos cuya inutilidad este de palabra y obra proclamaba. Si no hubiera infierno, solo para D. Lope habría que crear uno, a fin de que en él eternamente purgase sus burlas de la moral, y sirviese de perenne escarmiento a los muchos que, sin declararse sectarios suyos, vienen a serlo de hecho en toda la redondez de esta tierra pecadora.

Contento estaba el caballero de su adquisición, porque la chica era linda despabiladilla, de graciosos ademanes, fresca tez, y seductora charla. «Dígase lo que se quiera —argüía para su capote, recordando sus sacrificios por sostener a la madre y salvar de la deshonra al papá—, bien me la he ganado ¿No me pidió Josefina que la amparase? Pues más amparo no cabe. Bien defendida la tengo de todo peligro; que ahora nadie se atreverá a tocarla a pelo de la ropa.» En los primeros tiempos, guardaba el galán su tesoro con precauciones exquisitas y sagaces; temía rebeldías de la niña, sobresaltado por la diferencia de edad, mayor sin duda de lo que el interno canon de amor dispone. Temores y desconfianzas le asaltaban; casi casi sentía en la conciencia algo como un cosquilleo tímido, precursor de remordimiento. Pero esto duraba poco, y el caballero recobraba su bravía entereza. Por fin, la acción devastadora del tiempo amortiguó su entusiasmo hasta suavizar los rigores de su inquieta vigilancia, y llegar a una situación semejante a la de los matrimonios que han agotado el capitalazo de las ternezas, y empiezan a gastar, con prudente economía, la rentita del afecto reposado y un tanto desabrido. Conviene advertir que ni por un momento se le ocurrió al caballero desposarse con su víctima, pues aborrecía el matrimonio; teníalo por la más espantosa fórmula de esclavitud que idearon los poderes de la tierra para meter en un puño a la pobrecita humanidad.

Tristana aceptó aquella manera de vivir casi sin darse cuenta de su gravedad. Su propia inocencia, al paso que le sugería tímidamente medios defensivos que emplear no supo, le vendaba los ojos, y solo el tiempo y la continuidad metódica de su deshonra le dieron luz para medir y apreciar su situación triste. La perjudicó grandemente su descuidada educación, y acabaron de perderla las hechicerías y artimañas que sabía emplear el tuno de D. Lope, quien compensaba lo que los años le iban quitando, con un arte sutilísimo de la palabra, y finezas galantes de superior temple, de esas que apenas se usan ya, porque se van muriendo los que usarlas supieron. Ya que no cautivar el corazón de la joven, supo el maduro galán mover con hábil pulso resortes de su fantasía, y producir con ellos un estado de pasión falsificada que para él, ocasionalmente, a la verdadera se parecía.

Pasó la señorita de Reluz por aquella prueba tempestuosa, como quien recorre los períodos de aguda dolencia febril, y en ella tuvo momentos de corta y pálida felicidad, como sospechas de lo que las venturas de amor pueden ser. Don Lope le cultivaba con esmero la imaginación, sembrando en ella ideas que fomentaran la conformidad con semejante vida; estimulaba la fácil disposición de la joven para idealizar las cosas, para verlo todo como no es, o como nos conviene o nos gusta que sea. Lo más particular fue que Tristana, en los primeros tiempos, no dio importancia al hecho monstruoso de que la edad de su tirano casi triplicaba la suya. Para expresarlo con la mayor claridad posible, hay que decir que no vio la desproporción, a causa sin duda de las consumadas artes del seductor, y de la complicidad pérfida con que la naturaleza le ayudaba en sus traidoras empresas, concediéndole una conservación casi milagrosa. Eran sus atractivos personales de tan superior calidad, que al tiempo le costaba mucho trabajo destruirlos. A pesar de todo, el artificio, la contrahecha ilusión de amor no podían durar: un día advirtió D. Lope que había terminado la fascinación ejercida por él sobre la muchacha infeliz, y en esta, el volver en sí produjo una terrible impresión de la que había de tardar mucho en recobrarse. Bruscamente vio en D. Lope al viejo, y agrandaba con su fantasía la ridícula presunción del anciano que contraviniendo la ley de Naturaleza, hace papeles de galán. Y no era D. Lope aún tan viejo como Tristana lo sentía, ni había desmerecido hasta el punto de que se le mandara recoger como un trasto inútil. Pero como en la convivencia íntima, los fueros de la edad se imponen, y no es tan fácil el disimulo como cuando se gallea fuera de casa, en lugares elegidos y a horas cómodas, surgían a cada instante mil motivos de desilusión, sin que el degenerado galanteador con todo su arte y todo su talento, pudiera evitarlo.

Este despertar de Tristana no era más que una fase de la crisis profunda qu hubo de sufrir a los ocho meses próximamente de su deshonra, y cuand cumplía los veintidós años. Hasta entonces, la hija de Reluz, atrasadilla en s desarrollo moral, había sido toda irreflexión y pasividad muñequil, sin idea propias, viviendo de las proyecciones del pensar ajeno, y con una docilidad ta en sus sentimientos, que era muy fácil evocarlos en la forma y con la intenció que se quisiera. Pero vinieron días en que su mente floreció de improviso como planta vivaz a la que le llega un buen día de primavera, y se llenó d ideas, en apretados capullos primero, en espléndidos ramilletes después Anhelos indescifrables apuntaron en su alma. Se sentía inquieta, ambiciosa sin saber de qué, de algo muy distante, muy alto que no veían sus ojos po parte alguna; ansiosos temores la turbaban a veces, a veces risueña confianzas; veía con lucidez su situación, y la parte de humanidad que ell representaba con sus desdichas; notó en sí algo que se le había colado d rondón por las puertas del alma, orgullo, conciencia de no ser una person vulgar; sorprendiose de los rebullicios, cada día más fuertes, de su inteligenci que le decía: «Aquí estoy. ¿No ves cómo pienso cosas grandes?» Y a medid que se cambiada en sangre y médula de mujer la estopa de la muñeca, ib cobrando aborrecimiento y repugnancia a la miserable vida que llevaba, baj el poder de D. Lope Garrido.

V

Y entre las mil cosas que aprendió Tristana en aquellos días, sin que nadi
se las enseñara, aprendió también a disimular, a valerse de las ductilidades d
la palabra, a poner en el mecanismo de la vida esos muelles que la hace
flexible, esos apagadores que ensordecen el ruido, esas desviaciones hábile
del movimiento rectilíneo, casi siempre peligroso. Era que D. Lope, sin qu
ninguno de los dos se diese cuenta de ello, habíala hecho su discípula, y
algunas ideas de las que con toda lozanía florecieron en la mente de la joven
procedían del semillero de su amante y por fatalidad maestro. Hallábas
Tristana en esa edad y sazón en que las ideas se pegan, en que ocurren los má
graves contagios del vocabulario personal, de las maneras y hasta del carácter.

La señorita y la criada hacían muy buenas migas. Sin la compañía y lo
agasajos de Saturna, la vida de Tristana habría sido intolerable. Charlaba
trabajando, y en los descansos charlaban más todavía. Refería la criad
sucesos de su vida, pintándole el mundo y los hombres con sincero realismo
sin ennegrecer ni poetizar los cuadros; y la señorita, que apenas tenía pasad
que contar, lanzábase a los espacios del suponer y del presumir, armand
castilletes de vida futura como los juegos constructivos de la infancia co
cuatro tejuelos y algunos montoncitos de tierra. Eran la historia y la poesí
asociadas en feliz maridaje. Saturna enseñaba, la niña de D. Lope creaba
fundando sus atrevidos ideales en los hechos de la otra.

—Mira, tú —decía Tristana a la que, más que sirviente, era para ella un
fiel amiga—, no todo lo que este hombre perverso nos enseña es disparatado, y
algo de lo que habla tiene mucho intríngulis... Porque lo que es talento, no s
puede negar que le sobra. ¿No te parece a ti que lo que dice del matrimonio e
la pura razón? Yo... te lo confieso aunque me riñas, creo como él que eso d
encadenarse a otra persona por toda la vida, es invención del diablo... ¿No l
crees tú? Te reirás cuando te diga que no quisiera casarme nunca, que m
gustaría vivir siempre libre. Ya, ya sé lo que estás pensando; que me curo e

salud, porque después de lo que me ha pasado con este hombre, y siendo pobr como soy, nadie querrá cargar conmigo. ¿No es eso mujer, no es eso?

—Ay, no, señorita, no pensaba tal cosa —replicó la doméstica prontament —. Siempre se encuentran unos pantalones para todo, inclusive para casarse Yo me casé una vez, y no me pesó; pero no volveré por agua a la fuente de l Vicaría. Libertad, tiene razón la señorita, libertad, aunque esta palabra n suena bien en boca de mujeres. ¿Sabe la señorita cómo llaman a las que saca los pies del plato? Pues las llaman, por buen nombre, *libres*. De consiguiente si ha de haber un poco de reputación, es preciso que haya dos pocos d esclavitud. Si tuviéramos oficios y carreras las mujeres, como los tienen eso bergantes de hombres, anda con Dios. Pero, fíjese, solo tres carreras puede seguir las que visten faldas: o casarse, que carrera es, o el teatro..., vamos, se cómica, que es buen modo de vivir, o..., no quiero nombrar lo otro. Figúreselo

—Pues mira tú, de estas tres carreras, únicas de la mujer, la primera m agrada poco, la tercera menos, la de enmedio la seguiría yo si tuvier facultades; pero me parece que no las tengo... Ya sé, ya sé que es difícil eso d ser libre... y honrada. ¿Y de qué vive una mujer no poseyendo rentas? Si no hicieran médicas, abogadas, siquiera boticarias o escribanas, ya que n ministras y senadoras, vamos, podríamos... Pero cosiendo, cosiendo... Calcul las puntadas que hay que dar para mantener una casa... Cuando pienso lo qu será de mí, me dan ganas de llorar. ¡Ay, pues si yo sirviera para monja, y estaba pidiendo plaza en cualquier convento! Pero no valgo, no, par encerronas de toda la vida. Yo quiero vivir, ver mundo y enterarme de por qu y para qué nos han traído a esta tierra en que estamos. Yo quiero vivir y se libre... Di otra cosa: ¿y no puede una ser pintora, y ganarse el pan pintand cuadros bonitos? Los cuadros valen muy caros. Por uno que solo tenía una montañas allá lejos, con cuatro árboles secos más acá, y en primer término u charco y dos patitos, dio mi papá mil pesetas. Conque ya ves. ¿Y no podrí una mujer meterse a escritora y hacer comedias..., libros de rezo, o siquier fábulas, Señor? Pues a mí me parece que esto es fácil. Puedes creerme qu estas noches últimas, desvelada y no sabiendo cómo entretener el tiempo, h inventado no sé cuantos dramas de los que hacen llorar, y piezas de las qu hacen reír, y novelas de muchísimo enredo y pasiones tremendas, y qué sé yo Lo malo es que no sé escribir..., quiero decir, con buena letra, cometo la ma de faltas de Gramática, y hasta de Ortografía. Pero ideas, lo que llamamo ideas, cree que no me faltan.

—¡Ay, señorita —dijo Saturna sonriendo y alzando sus admirables ojo negros de la media que repasaba—, qué engañada vive si piensa que todo es

puede dar de comer a una señora honesta en libertad! Eso es para hombres, y aun ellos... ¡vaya, lucido pelo echan los que viven de cosas de leyenda Echarán plumas, pero lo que es pelo... Pepe Ruiz, el hermano de leche de m difunto, que es un hombre muy sabido en la materia, como que trabaja en l fundición donde hacen las letras de plomo para imprimir, nos decía que entr los de pluma todo es hambre y necesidad, y que aquí no se gana el pan con e sudor de la frente, sino con el de la lengua; más claro: que solo sacan tajad los políticos, que se pasan la vida echando discursos. ¿Trabajitos de cabeza?.. ¡quítese usted de ahí! ¿Dramas, cuentos y libros para reírse o llorar' Conversación. Los que los inventan no sacarían ni para un cocido si n intrigaran con el Gobierno para afanar los destinos. Así anda la Ministración.

—Pues yo te digo (*con viveza*) que hasta para eso del Gobierno y la políti me parece a mí que había de servir yo. No te rías. Sé pronunciar discursos. E cosa muy fácil. Con leer un poquitín de las sesiones de Cortes, en seguida t enjareto lo bastante para llenar medio periódico.

—¡Vaya por Dios! Para eso hay que ser hombre, señorita. La maldit enagua estorba para eso, como para montar a caballo. Decía mi difunto que s él no hubiera sido tan corto de genio, habría llegado a donde llegan pocos porque se le ocurrían cosas tan gitanas como las que le echan a usted Castela y Cánovas en las Cortes, cosas de salvar al país verdaderamente; pero el hij de Dios, siempre que quería desbocarse en el Círculo de Artesanos, o en lo metingues de los *compañeros*, se sentía un tenazón en el gaznate, y no acertab con la palabra primera, que es la más difícil... vamos, que no rompía. Claro, n rompiendo, no podía ser orador ni político.

—¡Ay qué tonto! Pues yo rompería, vaya si rompería. (*Con desaliento.*) E que vivimos sin movimiento, atadas con mil ligaduras... También se me ocurr que yo podría estudiar lenguas. No sé más que las raspaduras de francés qu me enseñaron en el colegio, y ya las voy olvidando. ¡Qué gusto hablar inglés alemán, italiano! Me parece a mí que si me pusiera, lo aprendería pronto. M noto... no sé cómo decírtelo... me noto como si supiera ya un poquitín antes d saberlo, como si en otra vida hubiera sido yo inglesa o alemana, y me quedar un dejo...

—Pues eso de las lenguas —afirmó Saturna, mirando a la señorita co maternal solicitud— sí que le convenía aprenderlo, porque la que da leccione lo gana, y además es un gusto poder entender todo lo que parlan lo extranjeros. Bien podría el amo ponerle un buen profesor.

—No me nombres a tu amo. No espero nada de él. (*Meditabunda, mirand la luz.*) No sé, no sé cuándo ni cómo concluirá esto; pero de alguna manera h

de concluir.

La señorita calló, sumergiéndose en una cavilación sombría. Acosada por l idea de abandonar la morada de D. Lope, oyó en su mente el hondo tumulto d Madrid, vio la polvareda de luces que a lo lejos resplandecía, y se sinti embelesada por el sentimiento de su independencia. Volviendo de aquell meditación como de un letargo, suspiró fuerte. ¡Cuán sola estaría en el mund fuera de la casa de su pobre y caduco galán! No tenía parientes, y las do únicas personas a quienes tal nombre pudiera dar, hallábanse muy lejos: su tí materno D. Fernando, en Filipinas, el primo Cuesta, en Mallorca, y ninguno d los dos había mostrado nunca malditas ganas de ampararla. Recordó tambié (y a todas estas Saturna la observaba con ojos compasivos) que las familia que tuvieron visiteo y amistad con su madre, la miraban ya con prevención despego, efecto de la endiablada sombra de don Lope. Contra esto, n obstante, hallaba Tristana en su orgullo defensa eficaz, y despreciando a quie la ofendía, se daba una de esas satisfacciones ardientes que fortifican por e momento como el alcohol, aunque a la larga destruyan.

—¡Dale! No piense cosas tristes —le dijo Saturna, pasándole la mano po delante de los ojos, como si ahuyentara una mosca.

VI

—¿Pues en qué quieres que piense, en cosas alegres? Dime dónde están dímelo pronto.

Para amenizar la conversación, Saturna echaba mano prontamente de cualquier asunto jovial, sacando a relucir anécdotas y chismes de la gárrula sociedad que las rodeaba. Algunas noches se entretenían en poner en solfa a D Lope, el cual, al verse en tan gran decadencia, desmintió los hábito espléndidos de toda su vida, volviéndose algo roñoso. Apremiado por la creciente penuria, regateaba los míseros gastos de la casa, educándose, ¡a buenas horas!, en la administración doméstica, tan disconforme con su caballería. Minucioso y cominero, intervenía en cosas que antes estimaba impropias de su decoro señoril, y gastaba un genio y unos refunfuños que le desfiguraban más que los hondos surcos de la cara y el blanquear del cabello Pues de estas miserias, de estas prosas trasnochadas de la vida del D. Juan caído, sacaban las dos hembras materia para reírse y pasar el rato. Lo gracioso del caso era que, como D. Lope ignoraba en absoluto la economía doméstica mientras más se las echaba de financiero y de buen mayordomo, más fácilmente le engañaba Saturna, consumada maestra en sisas y otras artimaña de cocinera y compradora.

Con Tristana fue siempre el caballero todo lo generoso que su pobreza cada vez mayor le permitía. Iniciada con tristísimos caracteres la escasez, en el costoso renglón de ropa fue donde primero se sintió el doloroso recorte de las economías; pero D. Lope sacrificó su presunción a la de su esclava, sacrificio no flojo en hombre tan devoto admirador de sí mismo. Llegó día en que la escasez mostró toda la fealdad seca de su cara de muerte, y ambos quedaron iguales en lo anticuado y traído de la ropa. La pobre niña se quemaba las cejas haciendo con sus trapitos, ayudada de Saturna, mil refundiciones que eran un primor de habilidad y paciencia. En los fugaces tiempos, que bien podríamos llamar felices o dorados, Garrido la llevaba al teatro alguna vez; mas la

necesidad, con su cara de hereje, decretó al fin la absoluta supresión de todo espectáculo público. Los horizontes de la vida se cerraban y ennegrecían cada día más delante de la señorita de Reluz, y aquel hogar desapacible, frío de afectos, pobre, vacío en absoluto de ocupaciones gratas, le abrumaba el espíritu. Porque la casa, en la cual lucían restos de instalaciones que fueron lujosas, se iba poniendo de lo más feo y triste que es posible imaginar: todo anunciaba penuria y decaimiento: nada de lo roto o deteriorado se componía ni se reparaba. En la salita desconcertada y glacial solo quedaba, entre trastos feísimos, un bargueño estropeado por las mudanzas, en el cual tenía D. Lope su archivo galante. En las paredes veíanse los clavos de donde pendieron las panoplias. En el gabinete observábase hacinamiento de cosas que debieron de tener hueco en local más grande, y en el comedor no había más mueble que la mesa y unas sillas cojas con el cuero desgarrado y sucio. La cama de D. Lope de madera con columnas y pabellón airoso, imponía por su corpulencia monumental; pero las cortinas de damasco azul no podían ya con más desgarrones. El cuarto de Tristana, inmediato al de su dueño, era lo menos marcado por el sello del desastre, gracias al exquisito esmero con que ella defendía su ajuar de la descomposición y de la miseria.

Y si la casa declaraba, con el expresivo lenguaje de las cosas, la irremediable decadencia de la caballería sedentaria, la persona del galán iba siendo rápidamente imagen lastimosa de lo fugaz y vano de las glorias humanas. El desaliento, la tristeza de su ruina, debían de influir no poco en el *bajón* del menesteroso caballero, ahondando las arrugas de sus sienes más que los años, y más que el ajetreo que desde los veinte se traía. Su cabello, que a los cuarenta empezó a blanquear, se había conservado espeso y fuerte; pero ya se le caían mechones, que él habría repuesto en su sitio si hubiera alguna alquimia que lo consintiese. La dentadura se le conservaba bien en la parte más visible; pero sus hasta entonces admirables muelas empezaban a insubordinarse, negándose a masticar bien, o rompiéndosele en pedazos, cual si unas a otras se mordieran. El rostro de soldado de Flandes iba perdiendo sus líneas severas, y el cuerpo no podía conservar su esbeltez de antaño sin el auxilio de una férrea voluntad. Dentro de casa la voluntad se rendía reservando sus esfuerzos para la calle, paseos y casino.

Comúnmente, si al entrar de noche encontraba despiertas a las dos mujeres echaba un parrafito con ellas, corto con Saturna, a quien mandaba que se acostara, largo con Tristana. Pero llegó un tiempo en que casi siempre entraba silencioso y de mal talante, y se metía en su cuarto, donde la cautiva infeliz tenía que oír y soportar sus clamores por la tos persistente, por el dolo

reumático, o la sofocación del pecho. Renegaba D. Lope y ponía el grito en e cielo, cual si creyese que la Naturaleza no tenía ningún derecho a hacerl padecer, o si se considerara mortal predilecto, relevado de las miserias qu afligen a la humanidad. Y para colmo de desdichas, veíase precisado a dormi con la cabeza envuelta en un feo pañuelo, y su alcoba apestaba de lo menjurjes que usar solía para el reuma o el romadizo.

Pero estas menudencias, que herían a D. Lope en lo más vivo de s presunción, no afectaban a Tristana tanto como las fastidiosas mañas que ib sacando el pobre señor, pues al derrumbarse tan lastimosamente en lo físico en lo moral dio en la flor de tener celos. El que jamás concedió a ningú nacido los honores de la rivalidad, al sentir en sí la vejez del león se llenaba d inquietudes, y veía salteadores y enemigos en su propia sombra Reconociéndose caduco, el egoísmo le devoraba, como una lepra senil, y l idea de que la pobre joven le comparase, aunque solo mentalmente, co soñados ejemplares de belleza y juventud, le acibaraba la vida. Su buen juicio la verdad sea dicha, no le abandonaba enteramente, y en sus ratos lúcidos, qu por lo común eran por la mañana, reconocía toda la importunidad y sinrazó de su proceder, y procuraba adormecer a la cautiva con palabras de cariño confianza.

Poco duraban estas paces, porque al llegar la noche, cuando el viejo y l niña se quedaban solos, recobraba el primero su egoísmo semítico sometiéndola a interrogatorios humillantes, y una vez, exaltado por aque suplicio en que le ponía la desproporción alarmante entre su flacide enfermiza y la lozanía de Tristana, llegó a decirle:

—Si te sorprendo en algún mal paso, te mato, cree que te mato. Prefier terminar trágicamente a ser ridículo en mi decadencia. Encomiéndate a Dio antes de faltarme. Porque yo lo sé, lo sé; para mí no hay secretos; poseo u saber infinito de estas cosas, y una experiencia y un olfato... que no es posibl pegármela, no, no es posible.

VII

Algo se asustaba Tristana, sin llegar a sentir terror, ni a creer al pie de l letra en las fieras amenazas de su dueño, cuyos alardes de olfato y adivinació estimaba como ardid para dominarla. La tranquilidad de su conciencia dábal valor contra el tirano, y ni aun se cuidaba de obedecerle en sus infinita prohibiciones. Aunque le había ordenado no salir de paseo con Saturna, s escabullía casi todas las tardes: pero no iban a Madrid, sino hacia Cuatr Caminos, al Partidor, al Canalillo o hacia las alturas que dominan e Hipódromo: paseo de campo, con merienda las más veces, y esparcimient saludable. Eran los únicos ratos de su vida en que la pobre esclava podía da de lado a su tristeza, y gozaba de ellos con abandono pueril, permitiéndos correr y saltar, y jugar a las cuatro esquinas con la chica del tabernero, qu solía acompañarla, o alguna otra amiguita del vecindario. Los domingos, e paseo era de muy distinto carácter. Saturna tenía a su hijo en el Hospicio, y según costumbre de todas las madres que se hallan en igual caso, salía encontrarle en el paseo.

Comúnmente, al llegar la caterva de chiquillos a un lugar convenido en la calles nuevas de Chamberí, les dan el rompan-filas, y se ponen a jugar. Allí le aguardan ya las madres, abuelas o tías (del que las tiene), con el pañuelito d naranjas, cacahuetes, avellanas, bollos o mendrugos de pan. Algunos correte y brincan jugando a la *toña*; otros se pegan a los grupos de mujeres. Los ha que piden cuartos al transeúnte, y casi todos rodean a las vendedoras d caramelos largos, avellanas y piñones. Mucho gustaban a Tristana tale escenas, y ningún domingo, como hiciera buen tiempo, dejaba de comparti con su sirviente la grata ocupación de obsequiar al hospicianillo, el cual s llamaba Saturno, como su madre, y era rechoncho, patizambo, con uno mofletes encendidos y carnosos que venían a ser como certificación viva de buen régimen del Establecimiento provincial. La ropa de paño burdo no l consentía ser muy elegante en sus movimientos, y la gorra con galón n

ajustaba bien a su cabezota, de cabello duro y cerdoso como los pelos de un cepillo. Su madre y Tristana le encontraban muy salado; pero hay que confesar que de salado no tenía ni pizca; era, sí, dócil, noblote y aplicadillo, con aficiones a la tauromaquia callejera. La señorita le obsequiaba siempre con alguna naranja, y le llevaba además una perra chica para que comprase cualquier chuchería de su agrado; y por más que su madre le incitaba a ahorro, sugiriéndole la idea de ir guardando todo el numerario que obtuviera jamás pudo conseguir poner diques a su despilfarro, y cuarto adquirido era cuarto lanzado a la circulación. Así prosperaba el comercio de molinitos de papel, de banderillas para torear, y de torrados y bellotas.

Tras importunas lluvias, trajo el año aquel una apacible quincena de octubre, con sol picón, cielo despejado, aire quieto; y aunque por las mañanas amanecía Madrid enfundado de nieblas, y por las noches la radiación enfriaba considerablemente el suelo, las tardes, de dos a cinco, eran deliciosas. Los domingos no quedaba bicho viviente en casa, y todas las vías de Chamberí, los altos de Maudes, las avenidas del Hipódromo y los cerros de Amaniel hormigueaban de gente. Por la carretera no cesaba el presuroso desfile hacia los merenderos de Tetuán. Un domingo de aquel hermoso octubre, Saturna y Tristana fueron a esperar a los hospicianos en la calle de Ríos Rosas, que enlaza los altos de Santa Engracia con la Castellana, y en aquella hermosa vía bien asoleada, ancha y recta, que domina un alegre y extenso campo, fue soltada la doble cuerda de presos. Unos se pegaron a las madres, que les habían venido siguiendo desde lejos; otros armaron al instante la indispensable corrida de novillos de puntas, con presidencia, chiqueros, apartado, callejones, barrera, música del Hospicio, y demás perfiles. A la sazón pasaron por allí viniendo de la Castellana, los sordomudos, en grupos de mudo y ciego, con sus gabanes azules y galonada gorra. En cada pareja, los ojos del mudo valían al ciego para poder andar sin tropezones; se entendían por el tacto con tan endiabladas garatusas, que causaba maravilla verles hablar. Gracias a la precisión de aquel lenguaje, enteráronse pronto los ciegos de que allí estaban los hospicianos, mientras los muditos, todos ojos, se deshacían por echar un par de *verónicas*. ¡Como que para esto maldita falta les hacía el don de la palabra! En alguna pareja de sordos, las garatusas eran un movimiento de vibración rapidísima, tan ágil y flexible como la humana voz. Contrastaban las caras picarescas de los mudos, en cuyos ojos resplandecía todo el verbo humano, con las caras aburridas, muertas, de los ciegos, picoteadas atrozmente de viruelas, vacíos los ojos y cerrados entre cerdosas pestañas, o abiertos aunque insensibles a la luz, con pupila de cuajado vidrio.

Detuviéronse allí, y por un momento reinó la fraternidad entre unos y otros Gestos, muecas, cucamonas mil. Los ciegos, no pudiendo tomar parte en ningún juego, se apartaban desconsolados. Algunos se permitían sonreír como si vieran, llegando al conocimiento de las cosas por el velocísimo teclear de los dedos. Tal compasión inspiraban a Tristana aquellos infelices, que casi cas le hacía daño mirarles. ¡Cuidado que no ver! No acababan de ser personas faltábales la facultad de enterarse, y ¡qué trabajo tener que enterarse de todo pensándolo!

Apartose Saturno de su mamá para unirse a una partida que, apostada en sitio conveniente, desvalijaba a los transeúntes, no de dinero, sino de cerillas «El fósforo o la vida» era la consigna, y con tal saqueo reunían los muchacho materia bastante para sus ejercicios pirotécnicos, o para encender las hoguera de la Inquisición. Fue Tristana en su busca; antes de aproximarse a lo incendiarios, vio a un hombre que hablaba con el profesor de los sordomudos y al cruzarse su mirada con la de aquel sujeto, pues en ambos el verse y e mirarse fueron una acción sola, sintió una sacudida interna, como suspensión instantánea del correr de la sangre.

¿Qué hombre era aquel? Habíale visto antes, sin duda; no recordaba cuándo ni dónde, allí, o en otra parte; pero aquella fue la primera vez que al verle sintió sorpresa hondísima, mezclada de turbación, alegría y miedo Volviéndole la espalda, habló con Saturno para convencerle del peligro de jugar con fuego, y oía la voz del desconocido hablando con picante viveza de cosas que ella no pudo entender. Al mirarle de nuevo, encontró los ojos de é que la buscaban. Sintió vergüenza, y se apartó de allí, no sin determinarse a lanzar desde lejos otra miradita, deseando examinar con ojos de mujer a hombre que tan sin motivo absorbía su atención, ver si era rubio o moreno, s vestía con gracia, si tenía aires de persona principal, pues de nada de esto se había enterado aún. El tal se alejaba: era joven, de buena estatura, vestía como persona elegante que no está de humor de vestirse, en la cabeza un livianillo chafado sin afectación, arrastrando, mal cogido con la mano derecha, un gabán de verano de mucho uso. Lo llevaba como quien no estima en nada las prenda de vestir. El traje era gris, la corbata de lazada hecha a mano con descuido Todo esto lo observó en un decir Jesús, y, la verdad, el caballero aquel, o le que fuese, *le resultaba* simpático... muy moreno, con barba corta... Creyó a pronto que llevaba quevedos... pero no; nada de ojos sobrepuestos; solo lo naturales, que... Tristana no pudo, por la mucha distancia, apreciar cómo eran.

Desapareció el individuo, persistiendo su imagen en el pensamiento de la esclava de don Lope, y al día siguiente, esta, de paseo con Saturna, le volvió a

ver. Iba con el mismo traje; pero llevaba puesto el gabán, y al cuello un pañuelo blanco, porque soplaba un fresco picante. Mirole con descaro inocente, regocijada de verle, y él la miraba también, parándose a discreta distancia. «Parece que quiere hablarme —pensaba la joven—. Y verdaderamente, no sé por qué no me dice lo que tiene que decirme.» Reíase Saturna de aquel flecheo insípido, y la señorita, poniéndose colorada, hacía como que se burlaba también. Por la noche no tuvo sosiego, y sin atreverse a comunicar a Saturna lo que sentía, se declaraba a sí propia las cosas más graves. «¡Cómo me gusta ese hombre! No sé qué daría porque se atreviera... No sé quién es, y pienso en él noche y día. ¿Qué es esto? ¿Estoy yo loca? ¿Significa esto la desesperación de la prisionera que descubre un agujerito por donde escaparse? Yo no sé lo que es esto; solo sé que necesito que me hable aunque sea por telégrafos, como los sordomudos, o que me escriba. No me espanta la idea de escribirle yo, o de decirle que sí, antes que él me pregunte... ¡Qué desvarío! ¿Pero quién será? Podría ser un pillo, un... No, bien se ve que es una persona que no se parece a las demás personas. Es solo, único... bien claro está. No hay otro. ¡Y encontrar yo el único, y ver que este único tiene más miedo que yo, y no se atreve a decirme que soy su única! No, no, yo le hablo, le hablo... me acerco, le pregunto qué hora es, cualquier cosa... o le digo, como los hospicianos, que me haga el favor de una cerillita... ¡Vaya un disparate! ¡Qué pensaría de mí! Tendríame por una mujer casquivana. No, no, él es el que debe romper...»

A la tarde siguiente, ya casi de noche, viniendo señorita y criada en el tranvía descubierto, ¡él también! Le vieron subir en la Glorieta de Quevedo, pero como había bastante gente, tuvo que quedarse en pie en la plataforma delantera. Tristana sentía tal sofocación en su pecho, que a ratos érale forzoso ponerse en pie para respirar. Un peso enorme gravitaba sobre sus pulmones, y la idea de que, al bajar del coche, el desconocido se decidiría a romper el silencio, la llenaba de turbación y ansiedad. ¿Y qué le iba a contestar ella? Pues señor, no tenía más remedio que manifestarse muy sorprendida, rechazar, alarmarse, ofenderse y decir que no y qué sé yo... Esto era lo bonito y decente. Bajaron, y el caballero incógnito las siguió a honestísima distancia. No se atrevía la esclava de D. Lope a volver la cabeza, pero Saturna se encargaba de mirar por las dos. Deteníanse con pretextos rebuscados; retrocedían como para ver el escaparate de una tienda... y nada. El galán... mudo como un cartujo. Las dos mujeres, en su desordenado andar, tropezaron con unos chicos que jugaban en la acera, y uno de ellos cayó al suelo chillando, mientras los otros corrían hacia las puertas de las casas alborotando como demonios. Confusión

tumulto infantil, madres que acuden airadas... Tantas manos quisieron levanta al muchacho caído, que se cayó otro, y el barullo aumentó.

Como en esto observara Saturna que su señorita y el galán desconocido n distaban un palmo el uno del otro, se apartó solapadamente. «Gracias a Dio —pensó atisbándoles de lejos—; ya pica: hablando están.» ¿Qué dijo Tristana el sujeto aquel? No se sabe. Solo consta que Tristana le contestó todo que sí, ¡sí, sí!, cada vez más alto, como persona que, avasallada por u sentimiento más fuerte que su voluntad, pierde en absoluto el sentido de la conveniencias. Fue su situación semejante a la del que se está ahogando y v un madero y a él se agarra, creyendo encontrar en él su salvación. Es absurd pedir al náufrago que adopte posturas decorosas al asirse a la tabla. Voce hondas del instinto de salvación eran las breves y categóricas respuestas de l niña de D. Lope, aquel sí pronunciado tres veces con creciente intensidad d tono, grito de socorro de un alma desesperada... Corta y de provecho fue l escenita. Cuando Tristana volvió al lado de Saturna, se llevó una mano a l sien, y temblando le dijo:

—¡Pero si estoy loca!... Ahora comprendo mi desvarío. No he tenido tacto ni malicia, ni dignidad. Me he vendido, Saturna... ¡Qué pensará de mí! Si saber lo que hacía..., arrastrada por un vértigo..., a todo cuanto me dijo l contesté que sí..., ¡pero cómo...!, ¡ay!, no sabes..., vaciando mi alma por lo ojos. Los suyos me quemaban. ¡Y yo que creía saber algo de estas hipocresía que tanto convienen a una mujer! Si me creerá tonta..., si pensará que no teng vergüenza... Es que yo no podía disimular, ni hacer papeles de señorita tímida La verdad se me sale a los labios, y el sentimiento se me desborda..., quier ahogarlo, y me ahoga. ¿Es esto estar enamorada? Solo sé que le quiero co toda mi alma, y así se lo he dado a entender, ¡qué afrenta!, le quiero si conocerle, sin saber ni quién es ni cómo se llama. Yo entiendo que los amore no deben empezar así..., al menos no es lo corriente, sino que vayan po grados, entre *síes* y *noes* muy habilidosos, con cuquería... Pero yo no pued ser así, y entrego el alma cuando ella me dice que quiere entregarse... Saturna ¿qué crees? ¿Me tendrá por mujer mala? Aconséjame, dirígeme. Yo no sé d estas cosas... Espera, escucha: mañana, cuando vuelvas de la compra, l encontrarás en esa esquina donde nos hablamos, y te dará una cartita para mí Por lo que más quieras, por la salud de tu hijo querido, Saturna, no te niegues hacerme este favor, que te agradecerá toda mi vida. Tráeme, por Dios, e papelito, tráemelo, si no quieres que me muera mañana.

VIII

«Te quise desde que nací...» Esto decía la primera carta...; no, no, la segunda, que fue precedida de una breve entrevista en la calle, debajito de un farol, entrevista intervenida con hipócrita severidad por Saturna, y en la cual los amantes se tutearon sin acuerdo previo, como si no existiesen, ni existir pudieran, otras formas de tratamiento. Asombrábase ella del engaño de sus ojos en las primeras apreciaciones de la persona del desconocido. Cuando se fijó en él, la tarde aquella de los sordomudos, túvole por un señor así como de treinta o más años. ¡Qué tonta! ¡Si era un muchacho...! Y su edad no pasaría seguramente de los veinticinco, solo que tenía un cierto aire reflexivo y melancólico, más propio de la edad madura que de la juventud. Ya no dudaba que sus ojos eran como centellas, su color moreno caldeado del sol, su voz como blanda música que Tristana no había oído hasta entonces, y que más le halagaba los senos del cerebro después de escuchada. «Te estoy queriendo, te estoy buscando desde antes de nacer —decía la tercera carta de ella, empapada en un espiritualismo delirante—. No formes mala idea de mí si me presento a ti sin ningún velo, pues el del falso decoro con que el mundo ordena que se encapuchen nuestros sentimientos, se me deshizo entre las manos cuando quise ponérmelo. Quiéreme como soy; y si llegara a entender que mi sinceridad te parecía desenfado o falta de vergüenza, no vacilaría en quitarme la vida.»

Y él a ella: «El día en que te descubrí fue el último de un largo destierro.»

Ella: «Si algún día encuentras en mí algo que te desagrade, hazme la caridad de ocultarme tu hallazgo. Eres bueno, y si por cualquier motivo dejas de quererme o de estimarme, me engañarás, ¿verdad?, haciéndome creer que soy la misma para ti. Antes de dejar de amarme, dame la muerte mil veces.»

Y después de escribir estas cosas, no se venía el mundo abajo. Al contrario, todo seguía lo mismo en la Tierra y en el Cielo. ¿Pero quién era él, quién? Horacio Díaz, hijo de español y de austriaca, del país que llaman *Italia irredenta*; nacido en el mar, navegando los padres desde Fiume a la Argelia, criado en Orán hasta los cinco años, en Savannah (Estados Unidos) hasta los nueve, en Shangai (China) hasta los doce; cuneado por las olas del mar

transportado de un mundo a otro, víctima inocente de la errante y siempre expatriada existencia de un padre cónsul. Con tantas idas y venidas, y el fatigoso pasear por el globo, y la influencia de aquellos endiablados climas, perdió a su madre a los doce años, y a su padre a los trece, yendo a parar después a poder de su abuelo paterno, con quien vivió quince años en Alicante, padeciendo bajo su férreo despotismo más que los infelices galeotes que movían a fuerza de remo las pesadas naves antiguas.

Para más noticias, óiganse las que atropelladamente vomitó la boca de Saturna, más bien secreteadas que dichas:

—Señorita..., ¡qué cosas! Voy a buscarle, pues quedamos en ello, a número 5 de la calle esa de más abajo..., y apechugo tan terne con la dichosa escalerita. Me había dicho que a lo último, a lo último, y yo mientras veía escalones por delante, para arriba siempre. ¡Qué risa! Casa nueva; dentro un patio de cuartos domingueros, pisos y más pisos, y al fin.... Es aquello como un palomar, vecinito de los pararrayos, y con vistas a las mismas nubes. Yo creí que no llegaba. Por fin, echando los pulmones, allí me tiene usted. Figúrese un cuarto muy grande, con un ventanón por donde se cuela toda la luz del cielo, las paredes de colorado, y en ellas cuadros, bastidores de lienzo, cabezas sin cuerpo, cuerpos descabezados, talles de mujer con pecho inclusive, hombres peludos, brazos sin persona, y fisonomías sin orejas, todo con el mismísimo color de nuestra carne. Créame, tanta cosa desnuda le da a una vergüenza... Divanes, sillas que parecen antiguas, figuras de yeso con los ojos sin niña, manos y pies descalzos..., de yeso también... Un caballete grande, otro más chico, y sobre las sillas o clavadas en la pared, pintura cortas, enteras o partidas, vamos al decir, sin acabar, algunas con su cielito azul, tan al vivo como el cielo de verdad, y después un pedazo de árbol, un pretil..., tiestos; en otra naranjas y unos melocotones..., pero muy ricos... En fin, para no cansar, telas preciosas, y una vestidura de ferretería, de las que se ponían los guerreros de antes. ¡Qué risa! Y él allí con la carta ya escrita. Como soy tan curiosona, quise saber si vivía en aquel aposento tan ventilado, y me dijo que no y que sí, pues... Duerme en casa de una tía suya, allá por Monteleón; pero todo el día se lo pasa acá, y come en uno de los merenderos de junto al Depósito.

—Es pintor; ya lo sé —dijo Tristana, sofocada de puro dichosa—. Eso que has visto es su estudio, boba. ¡Ay, qué rebonito será!

Además de cartearse a diario con verdadero ensañamiento, se veían todas las tardes. Tristana salía con Saturna, y él las aguardaba un poco más acá de Cuatro Caminos. La criada les dejaba partir solos, con bastante pachorra y

discreción bastante para esperarles todo el tiempo que emplearan ellos en divagar por las verdes márgenes de la acequia del Oeste, o por los cerros áridos de Amaniel, costeando el canal del Lozoya. Él iba de capa, ella de velito y abrigo corto, de bracete, olvidados del mundo y de sus fatigas y vanidades, viviendo el uno para el otro y ambos para un yo doble, soñando paso a paso, o sentaditos en extático grupo. De lo presente hablaban mucho pero la autobiografía se infiltraba sin saber cómo en sus charlas dulces y confiadas, todas amor, idealismo y arrullo, con alguna queja mimosa o petición formulada de pico a pico por el egoísmo insaciable, que exige promesas de querer más, más, y a su vez ofrece increíbles aumentos de amor sin ver el límite de las cosas humanas.

En las referencias biográficas era más hablador Horacio que la niña de D Lope. Esta, con muchísimas ganas de lucir su sinceridad, sentíase amordazada por el temor a ciertos puntos negros. Él, en cambio, ardía en deseos de contar su vida, la más desgraciada y penosa juventud que cabe imaginar, y por lo mismo que ya era feliz, gozaba en revolver aquel fondo de tristeza y martirio. Al perder a sus padres, fue recogido por su abuelo paterno, bajo cuyo poder tiránico padeció y gimió los años que median entre la adolescencia y la edad viril. ¡Juventud!, casi casi no sabía él lo que esto significaba. Goces inocentes, travesuras, la frívola inquietud con que el niño ensaya los actos del hombre, todo esto era letra muerta para él. No ha existido fiera que a su abuelo pudiese compararse, ni cárcel más horrenda que aquella pestífera y sucia droguería, en que encerrado le tuvo como unos quince años, contrariando con terquedad indocta su innata afición a la pintura, poniéndole los grillos odiosos de cálculo aritmético, y metiéndole en el magín, a guisa de tapones para contener las ideas, mil trabajos antipáticos de cuentas, facturas y demonios coronados. Hombre de temple semejante al de los más crueles tiranos de la antigüedad o del moderno imperio turco, su abuelo había sido y era el terror de toda la familia. A disgustos mató a su mujer, y los hijos varones se expatriaron por no sufrirle. Dos de las hijas se dejaron robar, y las otras se casaron de mala manera por perder de vista la casa paterna.

Pues, señor, aquel tigre cogió al pobre Horacito a los trece años, y como medida preventiva le ataba las piernas a las patas de la mesa-escritorio, para que no saliese a la tienda, ni se apartara del trabajo fastidioso que le imponía. Y como le sorprendiera dibujando monigotes con la pluma, los coscorrones no tenían fin. A todo trance anhelaba despertar en su nietecillo la afición a comercio, pues todo aquello de la pintura, y el arte y los pinceles no eran más a su juicio, que una manera muy tonta de morirse de hambre. Compañero de

Horacio en estos trabajos y martirios era un dependiente de la casa, viejo, má
calvo que una vejiga de manteca, flaco y de color de ocre, el cual, a l
calladita, por no atreverse a contrariar al amo, de quien era como un perro fiel
dispensaba cariñosa protección al pequeñuelo, tapándole las faltas y buscand
pretextos para llevarle consigo a recados y comisiones, a fin de que estirase la
piernas y esparciese el ánimo. El chico era dócil, y de muy endebles recurso
contra el despotismo. Resignábase a sufrir hasta lo indecible antes que poner
su tirano en el disparadero, y el demonio del hombre se disparaba por la cos
más insignificante. Sometiose la víctima, y ya no le amarraron los pies a l
mesa, y pudo moverse con cierta libertad en aquel tugurio antipático
pestilente y oscuro, donde había que encender el mechero de gas a las cuatr
de la tarde. Adaptábase poco a poco a tan horrible molde, renunciando a se
niño, envejeciéndose a los quince años, remedando involuntariamente l
actitud sufrida y los gestos mecánicos de Hermógenes, el amarillo y calv
dependiente que, por carecer de personalidad, hasta de edad carecía. No er
joven, ni tampoco viejo.

En aquella espantosa vida, *pasándose* de cuerpo y alma, como las uva
puestas al sol, conservaba Horacio el fuego interior, la pasión artística, y
cuando su abuelo le permitió algunas horas de libertad los domingos, y l
concedió el fuero de persona humana, dándole un real para su
esparcimientos, ¿qué hacía el chico? procurarse papel y lápices, y dibuja
cuanto veía. Suplicio grande fue para él que habiendo en la tienda tant
pintura en tubos, pinceles, paletas, y todo el material de aquel arte qu
adoraba, no le fuera permitido utilizarlo. Esperaba y esperaba siempre mejore
tiempos, viendo rodar los monótonos días, iguales siempre a sí mismos, com
iguales son los granos de arena de una clepsidra. Sostúvole la fe en su destino
y gracias a ella soportaba tan miserable y ruin existencia.

El feroz abuelo era también avaro, de la escuela del licenciado Cabra, y
daba de comer a su nieto y a Hermógenes lo preciso absolutamente para vivir
sin refinamientos de cocina que, a su parecer, solo servían para ensuciar e
estómago. No le permitía juntarse con otros chicos, pues las compañías
aunque no sean enteramente malas, solo sirven hoy para perderse: están lo
muchachos tan comidos de vicios como los hombres. ¡Mujeres!... Este ram
del vivir era el que en mayores cuidados al tirano ponía, y de seguro, si llega
sorprender a su nieto en alguna debilidad de amor, aunque de las má
inocentes, le rompe el espinazo. No consentía, en suma, que el chico tuvies
voluntad, pues la voluntad de los demás le estorbaba a él como sus propio
achaques físicos, y al sorprender en alguien síntomas de carácter, padecí

como si le doliesen las muelas. Quería que Horacio fuera droguista, qu
cobrase afición al *género*, a la contabilidad escrupulosa, a la rectitu
comercial, al manejo de la tienda; deseaba hacer de él un hombre, y
enriquecerle; se encargaría de casarle oportunamente, esto es, d
proporcionarle una madre para los hijos que debía tener; de labrarle un hoga
modesto y ordenado, de reglamentar su existencia hasta la vejez, y l
existencia de sus sucesores. Para llegar a este fin, que D. Felipe Día
conceptuaba tan noble como el fin sin fin de salvar el alma, lo primerito er
que Horacio se curase de aquella estúpida chiquillada de querer representar lo
objetos por medio de una pasta que se aplica sobre tabla o tela. ¡Vaya un
tontería! ¡Querer reproducir la Naturaleza, cuando tenemos ahí la Naturalez
misma delante de los ojos! ¿A quien se le ocurre tal disparate? ¿Qué es u
cuadro? Una mentira, como las comedias, una función muda, y por muy bie
pintado que un cielo esté, nunca se puede comparar con el cielo mismo. Lo
artistas eran, según él, unos majaderos, locos y falsificadores de las cosas, y s
única utilidad consistía en el gasto que hacían en las tiendas comprando lo
enseres del oficio. Eran, además, viles usurpadores de la facultad divina,
insultaban a Dios queriendo remedarle, creando fantasmas o figuraciones d
cosas, que solo la acción divina puede y sabe crear, y por tal crimen, el luga
más calentito de los Infiernos debía ser para ellos. Igualmente despreciaba D
Felipe a los cómicos y a los poetas; como que se preciaba de no haber leíd
jamás un verso, ni visto una función de teatro; y hacía gala también de n
haber viajado nunca, ni en ferrocarril, ni en diligencia, ni en carromato, de n
haberse ausentado de su tienda más que para ir a misa, o para evacuar algú
asunto urgente.

Pues bien, todo su empeño era reacuñar a su nieto con este durísim
troquel, y cuando el chico creció y fue hombre, crecieron en el viejo las gana
de estampar en él sus hábitos y sus rancias manías. Porque debe decirse que l
amaba, sí, ¿a qué negarlo? le había tomado cariño, un cariño extravagante
como todos sus afectos y su manera de ser. La voluntad de Horacio, en tanto
fuera de la siempre viva vocación de la pintura, había llegado a ponerse laci
por la falta de uso. Últimamente, a escondidas del abuelo, en un cuartucho alt
de la casa, que este le permitió disfrutar, pintaba, y hay algún indicio de que l
sospechaba el feroz viejo y hacía la vista gorda. Fue la primera debilidad de s
vida, precursora quizás de acontecimientos graves. Algún cataclismo tenía qu
sobrevenir, y así fue, en efecto: una mañana, hallándose D. Felipe en s
escritorio revisando unas facturas inglesas de clorato de potasa y de sulfato d

zinc, inclinó la cabeza sobre el papel, y quedó muerto sin exhalar un ay. El dí
antes había cumplido noventa años.

IX

Todo esto, y otras cosas que irán saliendo, se lo contaba Horacio a su damita, y esta lo escuchaba con deleite, confirmándose en la creencia de que el hombre que le había deparado el Cielo era una excepción entre todos los mortales, y su vida lo más peregrino y anómalo que en clase de vidas de jóvenes se pudiera encontrar; como que casi parecía vida de santo, digna de un huequecito en el martirologio.

—Cogiome aquel suceso —prosiguió Díaz— a los veintiocho años, con hábitos de viejo y de niño, pues por un lado la terrible disciplina de mi abuelo había conservado en mí una inocencia y desconocimiento del mundo impropios de mi edad, y por otro poseía virtudes propiamente seniles, inapetencias de lo que apenas conocía, un cansancio, un tedio que me hicieron tener por hombre entumecido y anquilosado para siempre... Pues, señor, debo decirte que mi abuelo dejó un bonito caudal, amasado cuarto a cuarto en aquella tienda asquerosa y mal oliente. A mí me tocaba una quinta parte, diéronme una casa muy linda en Villajoyosa, dos finquitas rústicas, y la participación correspondiente en la droguería, que continúa con la razón social de *Sobrinos de Felipe Díaz*. Al verme libre, tardé en reponerme del estupor que mi independencia me produjo; me sentía tan tímido, que al querer dar algunos pasos por el mundo, me caía, hija de mi alma, me caía, como el que no sabe andar por no haber ejercitado en mucho tiempo las piernas.

»Mi vocación artística, ya desatada de aquel freno maldito, me salvó, hízome hombre. Sin cuidarme de intervenir en los asuntos de la testamentaría, levanté el vuelo, y del primer tirón me planté en Italia, mi ilusión, mi sueño. Yo había llegado a pensar que Italia no existía, que tanta belleza era mentira, engaño de la mente. Corrí allá, y... ¡qué había de suceder! Era yo como un seminarista sin vocación a quien sueltan por esos mundos después de quince años de forzosa virtud. Ya comprenderás... el contacto de la vida despertó en mí deseos locos de cobrar todo lo atrasado, de vivir en meses los años que en

tiempo me debía, estafándomelos de una manera indigna, con la complicida
de aquel viejo maniático. ¿No me entiendes?... Pues en Venecia me entregué
la disipación, superando con mi conducta a mis propios instintos, pues no er
el niño-viejo tan vicioso como aparentaba serlo por desquite, por venganza d
su sosería y ridiculez pasadas. Llegué a creer que si no extremaba el libertinaj
no era bastante hombre, y me recreaba mirándome en aquel espejo, inmundo s
se quiere, pero en el cual me veía mucho más airoso de lo que fui en l
trastienda de mi abuelo... Naturalmente, me cansé; claro. En Florencia
Roma, el arte me curó de aquel afán diabólico, y como mis pruebas estaba
hechas, y ya no me atormentaba la idea de *doctorarme de hombre*, dediquem
al estudio; copiaba, atacando con brío el natural; pero mientras más aprendía
mayor suplicio me causaba la deficiencia de mi educación artística. En el colo
íbamos bien: lo manejaba fácilmente; pero en el dibujo, cada día más torpe
¡Cuánto he padecido, y qué vigilias, qué afanes día y noche, buscando la línea
luchando con ella y concluyendo por declararme vencido, para volver e
seguida a la espantosa batalla, con brío, con furor...!

»¡Qué rabia!... Pero no podía ser de otra manera. Como de niño no cultiv
el dibujo, costábame Dios y ayuda encajar un contorno... Te diré que en mi
tiempos de esclavitud, al trazar números sin fin en el escritorio de D. Felipe
me entretenía en darles la intención de formas humanas. A los sietes le
imprimía cierto aire jaquetón, como si rasguease un escorzo de hombre; co
los ochos apuntaba un contorno de seno de mujer, y qué sé yo... los treses m
servían para indicar el perfil de mi abuelo, semejante al pico de una tortuga..
Pero este ejercicio pueril no bastaba. Faltábame el hábito de ver seriamente l
línea y de reproducirla. Trabajé, sudé, renegué... y por fin, algo aprendí. U
año pasé en Roma entregado en cuerpo y alma al estudio formal, y aunqu
tuve también allí mis borracheritas del género de las de Venecia, fueron má
reposadas, y ya no era yo el zangolotino que llega tarde al festín de la vida,
se come precipitadamente con atrasado apetito los platos servidos ya, par
ponerse al nivel de los que a su debido tiempo empezaron.

»De Roma me volví a Alicante, donde mis tíos arreglaron la herencia
asignándome la parte que quisieron, sin ninguna desavenencia ni regateo po
mi parte, y di mi último adiós a la droguería transformada y modernizada, par
venirme acá, donde tengo una tía que no me la merezco, más buena que lo
ángeles, viuda sin hijos, y que me quiere como a tal, y me cuida y me agasaja
También ella fue víctima del que tiranizó a toda la familia. Como que solo l
pasaba una peseta diaria, y en todas sus cartas le decía que ahorrase... Apena
llegué a Madrid, tomé el estudio, y me consagré con alma y vida al trabajo

Tengo ambición, deseo el aplauso, la gloria, un nombre. Ser cero, no valer má que el grano que, con otros iguales, forma la multitud, me entristece. Mientra no me convenzan de lo contrario, creeré que me ha caído dentro una parte quizás no grande, pero parte al fin, de la esencia divina que Dios ha esparcid sobre el montón, caiga donde cayere.

»Te diré algo más. Meses antes de descubrirte padecí en este Madrid una melancolías... Encontrábame otra vez con mis treinta años echados a perros pues aunque conocía un poco la vida, y los placeres de la mocedad, y saboreaba también el goce estético, faltábame el amor, el sentimiento d nuestra fusión en otro ser. Entregueme a filosofías abstrusas, y en la soledad d mi estudio, bregando con la forma humana, pensaba que el amor no existe má que en la aspiración de obtenerlo. Volví a mis tristezas amargas d adolescente; en sueños veía siluetas, vaguedades tentadoras que me hacía señas, labios que me siseaban. Comprendía entonces las cosas más sutiles; la psicologías más enrevesadas parecíanme tan claras como las cuatro reglas d la Aritmética... Te vi al fin; me saliste al encuentro. Te pregunté si eras tú..., n sé que te dije. Estaba tan turbado, que debiste de encontrarme ridículo. Per Dios quiso que supieras ver lo grave y serio al través de lo tonto. Nuestr romanticismo, nuestra exaltación no nos parecieron absurdos. No sorprendimos con hambre atrasada, el hambre espiritual, noble y pura qu mueve el mundo, y por la cual existimos, y existirán miles de generacione después de nosotros. Te reconocí mía, y me declaraste tuyo. Esto es vivir; l demás, ¿qué es?»

Dijo, y Tristana, atontada por aquel espiritualismo, que era como bocanada de incienso que su amante arrojaba sobre ella con un descomunal *botafumeiro* no supo responderle. Sentía que dentro del pecho le pataleaba la emoción como un ser vivo más grande que el seno que lo contiene, y se desahogaba co risas frenéticas, o con repentinos y ardientes chorretazos de lágrimas. Ni er posible decir si aquello era en ambos felicidad o una pena lacerante, porqu uno y otro se sentían como heridos por un aguijón que les llegaba al alma, y atormentados por el deseo de un más allá. Tristana, particularmente, er insaciable en el continuo exigir de su pasión. Salía de repente por el registro d una queja amarguísima, lamentándose de que Horacio no la quería bastante que debía quererla más, mucho más; y él concedía sin esfuerzo el más siempre más, exigiendo a su vez lo mismo.

Contemplaban al caer de la tarde el grandioso horizonte de la Sierra, de u vivo tono de turquesa, con desiguales toques y transparencias, como si el azu purísimo se derramase sobre cristales de hielo. Las curvas del suelo desnudo

perdiéndose y arrastrándose como líneas que quieren remedar un mans oleaje, les repetían aquel *más, siempre más*, ansia inextinguible de su corazones sedientos. Algunas tardes, paseando junto al canalillo del Oeste ondulada tira de oasis que ciñe los áridos contornos del terruño madrileño, s recreaban en la placidez bucólica de aquel vallecito en miniatura. Cantos d gallo, ladridos de perro, casitas de labor; el remolino de las hojas caídas, que e manso viento barría suavemente, amontonándolas junto a los troncos; el asno que pacía con grave mesura; el ligero temblor de las más altas ramas de lo árboles, que se iban quedando desnudos, todo les causaba embeleso y maravilla, y se comunicaban las impresiones, dándoselas y quitándosela como si fuera una sola impresión que corría de labio a labio y saltaba de ojos a ojos.

Regresaban siempre a hora fija, para que ella no tuviese bronca en su casa y sin cuidarse de Saturna, que les esperaba, iban del brazo por el camino d Aceiteros, al anochecer más silencioso y solitario que la Mala de Francia. A lado de Occidente, veían el cielo inflamado, rastro espléndido de la puesta de sol. Sobre aquella faja se destacaban, como crestería negra de afiladas puntas los cipreses del cementerio de San Ildefonso, cortados por tristes pórticos a l griega, que a media luz parecen más elegantes de lo que son. Poca habitaciones hay por allí, y poca o ninguna gente encontraban a tal hora. Cas siempre veían uno o dos bueyes desuncidos, echados, de esos que por e tamaño parecen elefantes, hermosos animales de raza de Ávila, comúnment negros, con una cornamenta que pone miedo en el ánimo más valeroso; bestia inofensivas a fuerza de cansancio, y que, cuando las sueltan del yugo, no s cuidan más que de reposar, mirando con menosprecio al transeúnte. Tristana s acercaba a ellos hasta poner sus manos en las astas retorcidas, y se hubier alegrado de tener algo que echarles de comer.

—Desde que te quiero —a su amigo decía—, no tengo miedo a nada, ni a los toros ni a los ladrones. Me siento valiente hasta el heroísmo, y ni l serpiente boa ni el león de la selva me harían pestañear.

Cerca ya del antiguo Depósito de aguas veían los armatostes del Tío Vivo rodeados de tenebrosa soledad. Los caballitos de madera, con las pata estiradas en actitud de correr, parecían encantados. Los balancines, la montañ rusa, destacaban en medio de la noche sus formas extravagantes. Como n había nadie por allí, Tristana y Horacio solían apoderarse durante breve momentos de todos los juguetes grandes con que se divierte el niño-pueblo.. Ellos también eran niños. No lejos de aquel lugar veían la sombra del Depósit viejo, rodeado de espesas masas de árboles, y hacia la carretera brillaban luces

las del tranvía o coches que pasaban, las de algún merendero en que todavía sonaba rumor pendencioso de parroquianos retrasados. Entre aquellos edificios de humilde arquitectura, rodeados de banquillos paticojos y de rústicas mesas esperábales Saturna, y allí era la separación, algunas noches tan dolorosa y patética como si Horacio se marchara para el fin del mundo o Tristana se despidiera para meterse monja. Al fin, al fin, después de mucho tira y afloja conseguían despegarse, y cada mitad se iba por su lado. Aún se miraban de lejos, adivinándose, más que viéndose, entre las sombras de la noche.

X

Tristana, según su expresión, no temía, después de enamorada, ni al tor corpulento, ni a la serpiente boa, ni al fiero león del Atlas; pero tenía miedo d D. Lope, viéndole ya cual monstruo que se dejaba tamañitas a cuantas fieras animales dañinos existen en la creación. Analizando su miedo, la señorita d Reluz creía encontrarlo de tal calidad, que podía, en un momento dado convertirse en valor temerario y ciego. La desavenencia entre cautiva y tiran se acentuaba de día en día. D. Lope llegó al colmo de la impertinencia, aunque ella le ocultaba, de acuerdo con Saturna, las saliditas vespertinas cuando el anciano galán le decía con semblante fosco:

—Tú sales, Tristana, sé que sales; te lo conozco en la cara.

Si al principio lo negaba la niña, luego asentía con su desdeñoso silencio Un día se atrevió a responderle:

—Bueno, pues salgo, ¿y qué? ¿He de estar encerrada toda mi vida?

Don Lope desahogaba su enojo con amenazas y juramentos, y luego, entr airado y burlón, le decía:

—Porque nada tendrá de particular que, si sales, te acose algún mequetrefe de estos *bacillus virgula* del amor que andan por ahí, único fruto de est generación raquítica, y que tú, a fuerza de oír sandeces, te marees y le haga caso. Mira, niñita, mira que no te lo perdono. Si me faltas, que sea con u hombre digno de mí. ¿Y dónde está ese hombre digno rival de lo presente? E ninguna parte, ¡vive Dios! Cree que no ha nacido... ni nacerá. Así y todo, t misma reconocerás que no se me desbanca a mí tan fácilmente... Ven acá basta de moñitos. ¡Si creerás que no te quiero ya! ¡Cómo me echarías d menos si te fueras de mí! No encontrarías más que tipos, de una insipide abrumadora... Vaya, hagamos las paces. Perdóname si dudé de ti. No, no, tú n me engañas. Eres una mujer superior, que conoce el mérito y...

Con estas cosas, no menos que con sus arranques de mal genio, D. Lop llegó a inspirar a su cautiva un aborrecimiento sordo y profundo, que a vece

se disfrazaba de menosprecio, a veces de repugnancia. Horriblemente hastiada de su compañía, contaba los minutos esperando el momento en que solía echarse a la calle. Causábale espanto la idea de que cayese enfermo, porque entonces no saldría, ¡Dios bendito!, y ¿qué sería de ella presa, sin poder...? No no; esto era imposible. Habría paseíto, aunque D. Lope enfermase o se muriera. Por las noches, casi siempre fingía Tristana dolor de cabeza para retirarse pronto de la vista y de las odiadas caricias del don Juan caduco. «Y lo raro es —decía la niña a solas con su pasión y su conciencia— que si este hombre comprendiera que no puedo quererle, si borrase la palabra amor de nuestras relaciones, y estableciera entre los dos... otro parentesco, yo le querría, sí señor, le querría, no sé cómo, como se quiere a un buen amigo porque él no es malo, fuera de la perversidad monomaníaca de la persecución de mujeres. Hasta le perdonaría yo el mal que me ha hecho, mi deshonra, se le perdonaría de todo corazón, sí, sí, con tal que me dejase en paz... Dios mío inspírale que me deje en paz, y yo le perdonaré, y hasta le tendré cariño, y seré como las hijas demasiado humildes que parecen criadas, o como las sirvientes leales, que ven un padre en el amo que les da de comer.»

Felizmente para Tristana, no solo mejoró la salud de Garrido desvaneciéndose con esto los temores de que se quedara en casa por las tardes, sino que debió de tener algún alivio en sus ahogos pecuniarios, porque cesaron sus murrias impertinentes, y se le vio en el temple sosegado en que vivir solía. Saturna, perro viejo y machucho, comunicó a la señorita sus observaciones sobre este particular.

—Bien se ve que el amo está en fondos, porque ya no se le ocurre que yo pueda ensuciarme por un cuarto de escarola, ni se olvida del respeto que, como caballero, debe a las que llevamos una falda, aunque sea remendadita. Lo malo es que cuando cobra los atrasos, se los gasta en una semana, y luego..., adió caballería, y otra vez ordinario, cominero y metomentodo.

Al propio tiempo, volvió D. Lope a poner en el cuidado de su persona un prolijo esmero señoril, acicalándose como en sus mejores tiempos. Ambas mujeres dieron gracias a Dios por esta feliz restauración de costumbres, y aprovechando las ausencias metódicas del tirano, entregose la niña con toda libertad al inefable goce de sus paseítos con el hombre que amaba.

El cual, por variar el escenario y la decoración, llevaba un coche las más de las tardes, y metiéndose los dos en él, se daban el gustazo de alejarse de Madrid casi hasta perderlo de vista. Testigos de su dicha fueron el cerro de Chamartín, las dos torres, que parecen pagodas, del colegio de los jesuitas, y el pinar misterioso; hoy el camino de Fuencarral, mañana las sombrías espesura

del Pardo, con su suelo de hojas metálicas erizadas de picos, las fresnedas qu
bordean el Manzanares, las desnudas eminencias de Amaniel, y las honda
cañadas del Abroñigal. Dejando el coche, paseaban a pie largo trecho por lo
linderos de las tierras labradas, y aspiraban con el aire las delicias de l
soledad y plácida quietud, recreándose en cuanto veían, pues todo les resultab
bonito, fresco y nuevo, sin reparar que el encanto de las cosas era un
proyección de sí mismos. Retrayendo los ojos hacia la causa de tant
hermosura, que en ellos residía, entregábanse al inocente juego de s
discretismo, que a los no enamorados habría parecido empalagoso. Sutilizaba
los porqués de su cariño, querían explicar lo inexplicable, descifrar e
profundo misterio, y al fin paraban en lo de siempre, en exigirse y prometers
más amor, en desafiar la eternidad, dándose garantías de fe inalterable en vida
sucesivas, en los cercos nebulosos de la inmortalidad, allá donde habita l
perfección y se sacuden las almas el polvo de los mundos en que penaron.

Mirando a lo inmediato y positivo, Horacio la incitaba a subir con él a
estudio, demostrándole la comodidad y reserva que aquel local les ofrecía par
pasar juntos la tarde. ¡Flojitas ganas tenía ella de ver el estudio! Pero ta
grande como su deseo era su temor de encariñarse demasiado con el nido, y
sentirse en él tan bien, que no pudiera abandonarlo. Barruntaba lo que en l
vivienda de su ídolo, vecina de los pararrayos, según Saturna, podría pasarle
es decir, no lo barruntaba, lo veía tan claro que más no podía ser. Y le asaltab
el recelo amarguísimo de ser menos amada después de lo que allí sucediera
como se pierde el interés del jeroglífico después de descifrado; recelab
también que el caudal de su propio cariño disminuyera, prodigándose en e
grado supremo.

Como el amor había encendido nuevos focos de luz en su inteligencia
llenándole de ideas el cerebro, dándole asimismo una gran sutileza d
expresión para traducir al lenguaje los más hondos misterios del alma, pud
exponer a su amante aquellos recelos con frase tan delicada y tropos ta
exquisitos, que decía cuanto en lo humano cabe, sin decir nada que al pudo
pudiera ofender. Él la comprendía, y como en todo iban acordes, devolvíal
con espiritual ternura los propios sentimientos. Con todo, no cejaba en su afá
de llevarla al estudio.

—¿Y si nos pesa después? —decía ella—. Temo la felicidad, pues cuand
me siento dichosa, paréceme que el mal me acecha. Créete que en vez d
apurar la felicidad, nos vendría bien ahora algún contratiempo, una miajita d
desgracia. El amor es sacrificio, y para la abnegación y el dolor debemos esta
preparados siempre. Imponme un sacrificio grande, una obligación penosa, y

verás con qué gusto me lanzo a cumplirla. Suframos un poquitín; seamo buenos...

—No, lo que es a buenos no hay quien nos gane —decía Horacio co gracejo—. Nos pasamos ya de angelicales, alma mía. Y eso de imponerno sufrimientos es música, porque bastantes trae la vida sin que nadie los busque Yo también soy pesimista; por eso, cuando veo el bien en puerta, lo llamo y n lo dejo marcharse, no sea que después, cuando lo necesite, se empeñe en n venir el muy pícaro...

Surgía en ambos, con estas y otras cosas, un entusiasmo ardiente; a la palabras sucedían las ternezas, hasta que un arranque de dignidad y cordura le ponía de perfecto acuerdo para enfrenar su inquietud y revestirse d formalidad, engañosa si se quiere, pero que por el momento les salvaba Decían cosas graves, pertinentes a la moral; encomiaban las ventajas de l virtud, y lo hermoso que es quererse con exquisita y celestial pureza. Com que así es más fino y sutil el amor, y se graba más en el alma. Con estas dulce imposturas iban ganando tiempo, y alimentaban su pasión, hoy con anhelos mañana con suplicios de Tántalo, exaltándola con lo mismo que parecí destinado a contenerla, humanizándola con lo que divinizarla debiera ensanchando por la margen del espíritu, así como por la de la materia, el cauc por donde aquel raudal de vida corría.

XI

Por sus pasos contados vinieron las confidencias difíciles, abriéronse la páginas biográficas que más se resisten a la revelación, porque afectan a l conciencia y al amor propio. Es ley de amor el inquirir, y lo es también e revelar. La confesión procede del amor, y por él son más dolorosas la apreturas de la conciencia. Tristana deseaba confiar a Horacio los hecho tristes de su vida, y no se conceptuaba dichosa hasta no efectuarlo. Entreveía más bien adivinaba el artista un misterio grave en la existencia de su amada, y si al principio, por refinada delicadeza, no quiso echar la sonda, llegó día en que los recelos del hombre y la curiosidad del enamorado pudieron más qu sus finos miramientos. Al conocer a Tristana, creyola Horacio, como alguna gentes de Chamberí, hija de D. Lope. Pero Saturna, al llevarle la segund carta, le dijo:

—La señorita es casada, y ese D. Lope, que usted cree papá, es su propi marido inclusive.

Estupefacción del joven artista; pero el asombro no impidió la credulidad.. Así quedaron las cosas, y por bastantes días persistió en Horacio la costumbr de ver en su conquista la legítima esposa del respetable y gallardo caballero que parecía figura escapada del *Cuadro de las Lanzas*. Siempre que ante ella l nombraba, decía: «tu marido acá, tu marido allá...», y ella no se daba maldit prisa en destruir el error. Pero un día, al fin, palabra tras palabra, pregunt sobre pregunta, sintiendo invencible repugnancia de la mentira, y hallándos con fuerzas para cerrar contra ella, Tristana, ahogada de vergüenza y dolor, s determinó a poner las cosas en su lugar.

—Te estoy engañando, y no debo ni quiero engañarte. La verdad se me sal a la boca, y no puedo contenerla más. No estoy casada con mi marido...; digo con mi papá..., digo, con ese hombre... Un día y otro pensaba decírtelo; per no me salía, hijo, no me salía... Ignoraba, ignoro aún si lo sientes o te alegras si valgo más o valgo menos a tus ojos... Soy una mujer deshonrada, pero so

libre. ¿Qué prefieres...? ¿que sea una casada infiel, o una soltera que ha perdido su honor? De todas maneras creo que, al decírtelo, me lleno de oprobio... y no sé... no sé.

No pudo concluir, y rompiendo en lágrimas amargas, ocultó el rostro en el pecho de su amigo. Largo rato duró aquel espasmo de sensibilidad. Ninguno de los dos decía nada. Por fin saltó ella con la preguntita de cajón:

—¿Me quieres más o me quieres menos?

—Te quiero lo mismo... no; más, más, siempre más.

No se hizo de rogar la niña para referir *a grandes rasgos* el cómo y cuándo de su deshonra. Lágrimas sin fin derramó aquella tarde; pero nada omitió su sinceridad, su noble afán de confesión como medio seguro de purificarse.

—Recogiome cuando me quedé huérfana. Él fue, justo es decirlo, muy generoso con mis padres. Yo le respetaba y le quería; no sospechaba lo que me iba a pasar. La sorpresa no me permitió resistir. Era yo entonces un poco más tonta que ahora, y ese hombre maldito me dominaba, haciendo de mí lo que quería. Antes, mucho antes de conocerte, abominaba yo de mi flaqueza de ánimo; cuanto más ahora que te conozco. ¡Lo que he llorado, Dios mío!..., ¡las lágrimas que me ha costado el verme como me veo...! Y cuando te quise dábanme ganas de matarme, porque no podía ofrecerte lo que tú te mereces... ¿Qué piensas? ¿Me quieres menos o me quieres más? Dime que más, siempre más. En rigor de verdad, debo parecerte ya menos culpable, porque no soy adúltera; no engaño sino a quien no tiene derecho a tiranizarme. Mi infidelidad no es tal infidelidad, ¿qué te parece?, sino castigo de su infamia; y este agravio que de mí recibe se lo tiene bien merecido.

No pudo menos Horacio de manifestarse más celoso al saber la ilegitimidad de los lazos que unían a Tristana con D. Lope.

—No, si no le quiero —dijo ella con énfasis—, ni le he querido nunca. Para expresarlo todo de una vez, añadiré que desde que te conocí empecé a sentir hacia él un terrible desvío... Después... ¡Ay, Jesús, me pasan cosas tan raras... A veces paréceme que le aborrezco, que siento hacia él un odio tan grande como el mal que me hizo; a veces..., todo te lo confieso, todo..., siento hacia él cierto cariño, como de hija, y me parece que si él me tratara como debe, como un padre, yo le querría... Porque no es malo, no vayas a creer que es muy malo, muy malo... No; allí hay de todo: es una combinación monstruosa de cualidades buenas y de defectos horribles; tiene dos conciencias, una muy pura y noble para ciertas cosas, otra que es como un lodazal; y las usa según los casos: se las pone como si fueran camisas. La conciencia negra y sucia la emplea para todo cuanto al amor se refiere. ¡Ah, no creas!, ha sido muy

afortunado en amores. Sus conquistas son tantas, que no se pueden contar. ¡S
tú supieras...! Aristocracia, clase media, pueblo..., en todas partes dej
memoria triste, como D. Juan Tenorio. En palacios y cabañas se coló, y n
respetó nada el muy trasto, ni la virtud, ni la paz doméstica, ni la santísim
religión. Hasta con monjas y beatas ha tenido amores el maldito, y sus éxito
parecen obra del Demonio. Sus víctimas no tienen número: maridos y padre
burlados; esposas que se han ido al Infierno, o se irán cuando mueran; hijos..
que no se sabe de quién son hijos. En fin, es hombre muy dañino, porqu
además tira las armas con gran arte, y a más de cuatro les ha mandado al otr
mundo. En su juventud tuvo arrogante figura, y hasta hace poco tiemp
todavía daba un chasco. Ya comprenderás que sus conquistas han id
desmereciendo en importancia según le iban pesando los añitos. A mí me h
tocado ser la última. Pertenezco a su decadencia...

Oyó Díaz estas cosas con indignación primero, con asombro después, y l
único que se le ocurrió decir a su amada fue que debía romper cuanto ante
aquellas nefandas relaciones, a lo que contestó la niña muy acongojada que er
esto más fácil de decir que de practicar, pues el muy ladino, cuando advertí
en ella síntomas de hastío y pruritos de separación, se las echaba de padre
mostrándose tiránicamente cariñoso. Con todo, fuerza era dar un gran tiró
para arrancarse de tan ignominiosa y antipática vida. Horacio la incitó
proceder con firmeza, y a medida que se agigantaba en su mente la figura de
D. Lope, más viva era su resolución de burlar al burlador y de arrancarle s
víctima, la postrera quizás, y sin duda la más preciosa.

Volvió Tristana a su casa en un estado moral y mental lastimoso, disparad
de los nervios, febril, y dispuesta a consumar cualquier desatino. Tocábal
aquella noche aborrecer a su tirano, y cuando le vio llegar, risueño y co
humor de bromas, entrole tal rabia, que de buena gana le habría tirado a l
cabeza el plato de la sopa. Durante la comida, D. Lope estuvo decidor,
echaba chafalditas a Saturna, diciéndole, entre otras cosas:

—Ya, ya sé que tienes un novio ahí en Tetuán, ese que llaman *Juan y Medi*
por lo largo que es, el herrador..., ya sabes. Me lo ha dicho Pepe, el del tranvía
Por eso, a la caída de la tarde andas desatinada por esos caminos, buscando lo
rincones oscuros, y no falta una sombra larga y escueta que se confunda con l
tuya.

—Yo no tengo nada con *Juan y Medio*, señor... Que me pretenda él..., no sé
podrá ser. Me hacen la rueda otros que valen más..., hasta señoritos. Pues qu
se cree, ¿que solo él tiene quien le quiera?

Seguía Saturna la broma, mientras Tristana se requemaba interiormente, y lo poco que comió se le volvía veneno. A D. Lope no le faltaba apetito aquella noche, y daba cuenta pausadamente de los garbanzos del cocido como el más pánfilo burgués, del modesto principio, más de carnero que de vaca, y de las uvas del postre, todo acompañado con tragos de vino de la taberna próxima malísimo, que el buen señor bebía con verdadera resignación, haciendo muecas cada vez que a la boca se lo llevaba. Terminada la comida, retirose a su cuarto y encendió un puro, llamando a Tristana para que le hiciese compañía; y estirándose en la butaca, le dijo estas palabras, que hicieron temblar a la joven:

—No es solo Saturna la que tiene un idilio nocturno por ahí. Tú también lo tienes. No, si nadie me ha dicho nada... Pero te lo conozco, hace días que te lo leo... en la cara, en la voz.

Tristana palideció. Su blancura de nácar tomó azuladas tintas a la luz de velón con pantalla que alumbraba el gabinete. Parecía una muerta hermosísima, y se destacaba sobre el sofá con el violento escorzo de una figura japonesa, de esas cuya estabilidad no se comprende, y que parecen cadáveres risueños pegados a un árbol, a una nube, a incomprensibles fajas decorativas. Puso al fin en su cara exangüe una sonrisilla forzada, y sobrecogida contestó:

—Te equivocas..., yo no tengo...

D. Lope se le imponía de tal modo, y la fascinaba con tan misteriosa autoridad, que ante él, aun con tantas razones para rebelarse, no sabía tener ni un respiro de voluntad.

XII

—Lo sé —añadió el D. Juan en decadencia, quitándose las botas y poniéndose las zapatillas, que Tristana, para disimular la estupefacción en que había quedado, le trajo de la alcoba cercana—. Yo soy muy lince en estas cosas, y no ha nacido todavía la persona que me engañe y se burle de mí Tristana, tú has encontrado por ahí un idilio; te lo conozco en tus inquietudes de estos días, en tu manera de mirar, en el cerco de tus ojos, en mil detalles que a mí no se me escapan. Soy perro viejo, y sé que toda joven de tu edad, si se echa diariamente a la calle, tropieza con su idilio. Ello será de una manera o de otra. A veces se encuentra lo bueno, a veces lo detestable. Ignoro cómo es tu hallazgo; pero no me lo niegues, por tu vida.

Tristana volvió a negar con ademanes y con palabras; pero tan mal, tan mal que más le valiera callarse. Los penetrantes ojos de D. Lope, clavados en ella, la sobrecogían, la dominaban, causándole terror y una dificultad extraordinaria para mentir. Con gran esfuerzo quiso vencer la fascinación de aquella mirada y repitió sus denegaciones.

—Bueno, defiéndete como puedas —prosiguió el caballero—, pero yo sigo en mis trece. Soy viejo sastre y conozco el paño. Te aviso con tiempo Tristana, para que adviertas tu error y retrocedas, porque a mí no me gustan idilios callejeros, que pienso serán hasta ahora chiquilladas y juegos inocentes. Porque si fueran otra cosa...

Echó al decir esto una mirada tan viva y amenazante sobre la pobre joven que Tristana se retiró un poco, como si en vez de ser una mirada fuera una mano la que sobre su rostro venía.

—Mucho cuidado, niña —dijo el caballero, dando una feroz mordida a cigarro de estanco (por no poder gastar otros) que fumaba—. Y si tú, por ligereza o aturdimiento, me pones en berlina y das alas a cualquier mequetrefe para que me tome a mí por un... No, no dudo que entrarás en razón. A mí óyelo bien, nadie en el mundo hasta la hora presente me ha puesto en ridículo

Todavía no soy tan viejo para soportar ciertos oprobios, muchacha... Conqu
no te digo más. En último caso, yo me revisto de autoridad para apartarte d
un extravío, y si otra cosa no te gusta, me declaro padre, porque como padr
tendré que tratarte si es preciso. Tu mamá te confió a mí para que te amparase
y te amparé, y decidido estoy a protegerte contra toda clase de asechanzas, y
defender tu honor...

Al oír esto, la señorita de Reluz no pudo contenerse, y sintiendo que l
azotaba el alma una racha de ira, venida quién sabe de donde, como soplo d
huracán, se irguió y le dijo:

—¿Qué hablas ahí de honor? Yo no lo tengo; me lo has quitado tú, me ha
perdido.

Rompió a llorar tan sin consuelo, que D. Lope varió bruscamente de tono
de expresión. Llegose a ella, soltando el cigarro sobre un velador,
estrechándole las manos, se las besó, y en la cabeza la besó también con n
afectada ternura.

—Hija mía, me anonadas juzgándome de una manera tan ejecutiva. Verda
que... Sí, tienes razón... Pero bien sabes que no puedo mirarte como a una d
tantas, a quienes... No, no es eso. Tristana, sé indulgente conmigo; tú no ere
una víctima; yo no puedo abandonarte, no te abandonaré nunca, y mientra
este triste viejo tenga un pedazo de pan, será para ti.

—¡Hipócrita, falso, embustero! —exclamó la esclava sintiéndose fuerte.

—Bueno, hija, desahógate, dime cuantas picardías quieras (*volviendo
tomar su cigarro*); pero déjame hacer contigo lo que no he hecho con muje
alguna, mirarte como un ser querido...; esto es bastante nuevo en mí..., com
un ser de mi propia sangre... ¿Que no lo crees?

—No, no lo creo.

—Pues ya te irás enterando. Por de pronto he descubierto que andas e
malos pasos. No me lo niegues, por Dios. Dime que es tontería, frivolidad
cosa sin importancia; pero no me lo niegues. ¡Pues si yo quisiera vigilarte...
Pero no, no, el espionaje me parece indigno de ti y de mí. No hago más qu
darte un toquecito de atención, decirte que te veo, que te adivino, que al fin y
la postre nada podrás ocultarme, porque si me pongo a ello, hasta lo
pensamientos extraeré de tu magín para verlos y examinarlos; hasta tu
impresiones más escondidas te sacaré cuando menos lo pienses. Chiquilla
cuidado, vuelve en ti. No se hablará más de ello si me prometes ser buena
fiel; pero si me engañas, si vendes mi dignidad por un puñado de ternuras qu
te ofrezca cualquier mocoso insípido..., no te asombres de que yo me defienda
Nadie me ha puesto la ceniza en la frente todavía.

—Todo es infundado, todo cavilación tuya —dijo Tristana por decir algo— yo no he pensado en...

—Allá veremos —replicó el tirano volviendo a flecharla con su mirada escrutadora—. Con lo hablado basta. Eres libre para salir y entrar cuando gustes; pero te advierto que a mí no se me puede engañar... Te miro como esposa y como hija, según me convenga. Invoco la memoria de tus padres...

—¡Mis padres! —exclamó la niña reanimándose—. ¡Si resucitaran y vieran lo que has hecho con su hija...!

—Sabe Dios si sola en el mundo, o en otras manos que las mías, tu suerte habría sido peor —replicó D. Lope, defendiéndose como pudo—. Lo bueno, lo perfecto, ¿dónde está? Gracias que Dios nos conceda lo menos malo, y el bien relativo. Yo no pretendo que me veneres como a un santo; te digo que veas en mí al hombre que te quiere con cuantas clases de cariño pueden existir, a hombre que a todo trance te apartará del mal, y...

—Lo que veo —interrumpió Tristana— es un egoísmo brutal, monstruoso un egoísmo que...

—El tonillo que tomas —dijo Garrido con acritud— y la energía con que me contestas me confirman en lo mismo, chicuela sin seso. Idilio tenemos, sí. Hay algo fuera de casa que te inspira aborrecimiento de lo de dentro, y a propio tiempo te sugiere ideas de libertad, de emancipación. Abajo la caretita. Pues no te suelto, no. Te estimo demasiado para entregarte a los azares de lo desconocido, y a las aventuras peligrosas. Eres una inocentona sin juicio. Yo puedo haber sido para ti un mal padre. Pues mira, ahora se me antoja ser padre bueno.

Y adoptando la actitud de nobleza y dignidad que tan bien cuadraba a su figura, y que con tanto arte usaba cuando le convenía; poniéndosela y haciéndola crujir, cual armadura de templado acero, le dijo estas graves palabras:

—Hija mía, yo no te prohibiré que salgas de casa, porque esa prohibición es indigna de mí y contraria a mis hábitos. No quiero hacer el celoso de comedia, ni el tirano doméstico, cuya ridiculez conozco mejor que nadie. Pero si no te prohibo que salgas, te digo con toda formalidad que no me agrada verte salir. Eres materialmente libre, y las limitaciones que deba tener tu libertad, tú misma eres quien debe señalarlas, mirando a mi decoro y al cariño que te tengo.

¡Lástima que no hablara en verso para ser perfecta imagen del *padre noble* de antigua comedia! Pero la prosa y las zapatillas, que por la decadencia en que vivía no eran de lo más elegante, destruían en parte aquel efecto. Causaron

impresión a la joven las palabras del estropeado galán, y se retiró para llorar a solas, allá en la cocina, sobre el pecho amigo y leal de Saturna; pero no había transcurrido media hora, cuando don Lope tiró de la campanilla para llamarla. En la manera de tocar conocía la señorita que la llamaba a ella y no a la criada, y acudió cediendo a una costumbre puramente mecánica. No, no pedía ni la flor de malva, ni las bayetas calientes: lo que pedía era la compañía dulce de la esclava, para entretener su insomnio de libertino averiado, a quien los años atormentan como espectros acusadores.

Encontrole paseándose por el cuarto, con un gabán viejo sobre los hombros, porque su pobreza no le permitía ya el uso de un batín nuevo y elegante; la cabeza descubierta, pues antes de que ella entrara, se quitó el gorro con que solía cubrirla por las noches.

Estaba guapo sin duda, con varonil y avellanada hermosura de *Cuadro de las Lanzas*.

—Te he llamado, hija mía —le dijo, echándose en una butaca y sentando a la esclava sobre sus rodillas—, porque no quería acostarme sin charlar algo más. Sé que no he de dormir si me acuesto dejándote disgustada... Conque vamos a ver... cuéntame tu idilio...

—No tengo ninguna historia que contar —replicó Tristana, rechazando sus caricias con buen modo, como haciéndose la distraída.

—Bueno, pues yo lo descubriré. No, no te riño. ¡Si aun portándote mal conmigo, tengo mucho que agradecerte! Me has querido en mi vejez, me has dado tu juventud, tu candor; cogí flores en la edad en que no me correspondía tocar más que abrojos. Reconozco que he sido malo para ti, y que no debo arrancarte del tallo. Pero no lo puedo remediar; no me puedo convencer de que soy viejo, porque Dios parece que me pone en el alma un sentimiento de eterna juventud... ¿Qué dices a esto? ¿Qué piensas? ¿Te burlas?... Ríete todo lo que quieras; pero no te alejes de mí. Yo sé que no puedo dorar tu cárcel (*con amargura vivísima*), porque soy pobre. Es la pobreza también una forma de vejez; pero a esta me resigno menos que a la otra. El ser pobre me anonada, no por mí, sino por ti, porque me gustaría rodearte de las comodidades, de las galas que te corresponden. Mereces vivir como una princesa, y te tengo aquí como una pobrecita hospiciana... No puedo vestirte como quisiera. Gracias que tú estás bien de cualquier modo, y en esta estrechez, en nuestra miseria mal disimulada, siempre, siempre eres y serás perla.

Con gestos más que con palabras, dio a entender Tristana que le importaba un bledo la pobreza...

—¡Ah..., no!; estas cosas se dicen, pero rara vez se sienten. Nos resignamo porque no hay más remedio; pero la pobreza es cosa muy mala, hija, y todos más o menos sinceramente, renegamos de ella. Cree que mi mayor suplicio e no poder dorarte la jaulita. ¡Y qué bien te la doraría yo! Porque lo entiendo cree que lo entiendo. Fui rico; al menos tenía para vivir solo holgadamente, y hasta con lujo. Tú no te acordarás, porque eras entonces muy niña, de m cuarto de soltero en la calle de Luzón. Josefina te llevó alguna vez, y tú tenía miedo a las armaduras que adornaban mi sala. ¡Cuántas veces te cogí en brazos, y te paseé por toda la casa, mostrándote mis pinturas, mis pieles d león y de tigre, mis panoplias, los retratos de damas hermosas... y tú sin acaba de perder el miedo! Era un presentimiento, ¿verdad? ¡Quién nos había de deci entonces que andando los años...! Yo, que todo lo preveo, tratándose d amores posibles, no previ esto, no se me ocurría. ¡Ay, cuánto he decaído desd entonces! De escalón en escalón he ido bajando, hasta llegar a esta miseri vergonzosa. Primero tuve que privarme de mis caballos, de mi coche... dejé e cuarto de la calle de Luzón, cuando resultaba demasiado costoso para mí Tomé otro, y luego, cada pocos años he ido buscándolos más baratos, hast tener que refugiarme en este arrabal excéntrico y vulgarote. A cada etapa, cada escalón, iba perdiendo algo de las cosas buenas y cómodas que m rodeaban. Ya me privaba de mi bodega, bien repuesta de exquisitos vinos; y de mis tapices flamencos y españoles; después de mis cuadros; luego de mi armas preciosísimas, y por fin, ya no me quedan más que cuatro trasto indecentes... Pero no debo quejarme del rigor de Dios, porque me quedas tú que vales más que cuantas joyas he perdido.

Afectada por las nobles expresiones del caballero en decadencia, Tristan no supo cómo contestarlas, pues no quería ser esquiva con él, por no parece ingrata, ni tampoco amable, temerosa de las consecuencias. No se determinó pronunciar una sola palabra tierna que indicase flaqueza de ánimo, porque n ignoraba el partido que el muy taimado sacaría al instante de tal situación. Po el pensamiento de Garrido cruzó una idea que no quiso expresar. L amordazaba la delicadeza, en la cual era tan extremado, que ni una sola vez cuando hablaba de su penuria, sacó a relucir sus sacrificios en pro de la famili de Tristana. Aquella noche sintió cierta comezón de ajustar cuentas d gratitud; pero la frase expiró en sus labios, y solo con el pensamiento le dijo «No olvides que casi toda mi fortuna la devoraron tus padres. ¿Y esto no s pesa y se mide también? ¿Ha de ser todo culpa en mí? ¿No se te ocurre qu algo hay que echar en el otro platillo? ¿Es esa manera justa de pesar, niña, y d juzgar?»

—Por fin —dijo en alta voz después de una pausa, en la cual juzgó y pesó la frialdad de su cautiva—, quedamos en que no tienes maldita gana de contarme tu idilio. Eres tonta. Sin hablar, me lo estás contando con la repugnancia que tienes de mí, y que no puedes disimular. Entendido, hija, entendido. (*Poniéndola en pie y levantándose él también.*) No estoy acostumbrado a inspirar asco, francamente, ni soy hombre que gusta de echar tantos memoriales para obtener lo que le corresponde. No me estimo en tan poco. ¿Qué pensabas? ¿Que te iba a pedir de rodillas...? Guarda tus encantos juveniles para algún monigote de estos de ahora, sí, de estos que no podemos llamar hombres sin acortar la palabra o estirar la persona. Vete a tu cuartito, y medita sobre lo que hemos hablado. Bien podría suceder que tu idilio me resultara indiferente... mirándolo yo como un medio fácil de que aprendieras por demostración experimental, lo que va de hombre a hombre... Pero bien podría suceder también que se me indigestara, y que sin atufarme mucho porque el caso no lo merece, como quien aplasta hormigas, te enseñara yo...

Indignose tanto la niña de aquella amenaza, y hubo de encontrarla tan insolente, que sintió resurgir de su pecho el odio que en ocasiones su tirano le inspiraba. Y como las tumultuosas apariciones de aquel sentimiento le quitaban por ensalmo la cobardía, se sintió fuerte ante él, y le soltó redonda una valiente respuesta.

—Pues mejor: no temo nada. Mátame cuando quieras.

Y D. Lope, al verla salir en tan decidida y arrogante actitud, se llevó las manos a la cabeza y se dijo:

—No me teme ya. Ciertos son los toros.

En tanto, Tristana corrió a la cocina en busca de Saturna, y entre cuchicheos y lágrimas, le dio sus órdenes, que palabra más o menos eran así:

—Mañana, cuando vayas por la cartita, le dices que no traiga coche, que no salga, que me espere en el estudio, pues allá voy aunque me muera... Oye, adviértele que despida el modelo, si lo tiene mañana, y que no reciba a nadie... que esté solo, vamos... Si este hombre me mata, máteme con razón.

XIII

Y desde aquel día ya no pasearon más.

Pasearon, sí, en el breve campo del estudio, desde el polo de lo ideal al d las realidades; recorrieron toda la esfera, desde lo humano a lo divino, si poder determinar fácilmente la divisoria entre uno y otro, pues lo humano le parecía del cielo, y lo divino revestíase a sus ojos de carne mortal. Cuando s alegre embriaguez permitió a Tristana enterarse del medio en que pasaba ta dulces horas, una nueva aspiración se reveló a su espíritu, el arte, hast entonces simplemente soñado por ella, ahora visto de cerca y comprendido Encendieron su fantasía y embelesaron sus ojos las formas humanas inanimadas que, traducidas de la Naturaleza, llenaban el estudio de su amante y aunque antes de aquella ocasión había visto cuadros, nunca vio a tan cort distancia el natural del procedimiento. Y tocaba con su dedito la fresca pasta creyendo apreciar mejor así los secretos de la obra pintada, y sorprenderla e su misteriosa gestación. Después de ver trabajar a Díaz, se prendó más d aquel arte delicioso, que le parecía fácil en su procedimiento, y entráronl ganas de probar también su aptitud. Púsole él en la izquierda mano la paleta, e pincel en la derecha, y la incitó a copiar un trozo. Al principio, ¡ay!, entr risotadas y contorsiones, solo pudo cubrir la tela de informes manchas; pero a segundo día, ¡caramba!, ya consiguió mezclar hábilmente dos o tres colores ponerlos en su sitio, y aun fundirlos con cierta destreza. ¡Qué risa! ¡S resultaría que también ella era pintora! No le faltaban, no, disposiciones porque la mano perdía de hora en hora su torpeza, y si la mano no le ayudaba la mente iba muy altanera por delante, sabiendo *cómo se hacía*, aunqu hacerlo no pudiera. Desalentada ante las dificultades del procedimiento, s impacientaba, y Horacio reía, diciéndole:

—Pues ¿qué crees tú, que esto es cosa de juego?

Quejábase amargamente de no haber tenido a su lado, en tanto tiempo personas que supieran ver en ella una aptitud para algo, aplicándola al estudi

de un arte cualquiera.

—Ahora me parece a mí que si de niña me hubiesen enseñado el dibujo hoy sabría yo pintar, y podría ganarme la vida, y ser independiente con m honrado trabajo. Pero mi pobre mamá no pensó más que en darme l educación insubstancial de las niñas que aprenden para llevar un buen yerno casa, a saber: un poco de piano, el indispensable barniz de francés, y qué s yo..., tonterías. ¡Si aún me hubiesen enseñado idiomas, para que, al quedarm sola y pobre, pudiera ser profesora de lenguas...! Luego, este hombre maldit me ha educado para la ociosidad y para su propio recreo, a la turc verdaderamente, hijo... Así es que me encuentro inútil de toda inutilidad. Y ves, la pintura me encanta; siento vocación, facilidad. ¿Será inmodestia? No dime que no; dame bombo, anímame... Pues si con voluntad, paciencia y un aplicación continua se vencieran las dificultades, yo las vencería, y sería pintora, y estudiaríamos juntos, y mis cuadros..., ¡muérete de envidia!, dejaría tamañitos a los tuyos... ¡Ah, no, eso no; tú eres el rey de los pintores! No, no t enfades; lo eres, porque yo te lo digo. ¡Tengo un instinto...! Yo no sabré hace las cosas, pero las sé juzgar.

Estos alientos de artista, estos arranques de mujer superior encantaban a buen Díaz, el cual, a poco de aquellos íntimos tratos, empezó a notar que l enamorada joven se iba creciendo a los ojos de él, y le empequeñecía. E verdad que esto le causaba sorpresa, y casi casi empezaba a contrariarle porque había soñado en Tristana la mujer subordinada al hombre e inteligencia y en voluntad, la esposa que vive de la savia moral e intelectua del esposo, y que con los ojos y con el corazón de él ve y siente. Pero resultab que la niña discurría por cuenta propia, lanzándose a los espacios libres de pensamiento, y demostraba las aspiraciones más audaces.

—Mira, hijo de mi alma —le decía en aquellas divagaciones deliciosas qu les columpiaban desde los transportes del amor a los problemas más graves d la vida—, yo te quiero con toda mi alma; segura estoy de no poder vivir sin t Toda mujer aspira a casarse con el hombre que ama: yo no. Según las reglas d la sociedad, estoy ya imposibilitada de casarme. No podría hacerlo, ni au contigo, con la frente bien alzada, pues por muy bueno que conmigo fueras siempre tendría ante ti cierto resquemor de haberte dado menos de lo qu mereces, y temería que tarde o temprano, en un momento de mal humor o d cansancio, me dijeras que habías tenido que cerrar los ojos para ser m marido... No, no. ¿Será esto orgullo, o qué será? Yo te quiero y te querr siempre; pero deseo ser libre. Por eso ambiciono un medio de vivir; cos difícil, ¿verdad? Saturna me pone en solfa, y dice que no hay más que tre

carreras para las mujeres: el matrimonio, el teatro y... Ninguna de las tres m hace gracia. Buscaremos otra. Pero yo pregunto: ¿es locura poseer un arte cultivarlo y vivir de él? ¿Tan poco entiendo del mundo, que tengo por posibl lo imposible? Explícamelo tú, que sabes más que yo.

Y Horacio, apuradísimo, después de muchos rodeos, concluía por hace suya la afirmación de Saturna.

—Pero tú —agregaba— eres una mujer excepcional, y esa regla no v contigo. Tú encontrarás la fórmula, tú resolverás quizás el problem endiablado de la mujer libre...

—Y honrada, se entiende, porque también te digo que no creo faltar a l honradez queriéndote, ya vivamos o no juntos... Vas a decirme que he perdid toda idea de moralidad.

—No, por Dios. Yo creo...

—Soy muy mala yo. ¿No lo habías conocido? Confiésame que te ha asustado un poquitín al oírme lo último que te he dicho. Hace tiempo, much tiempo, que sueño con esa libertad honrada; y desde que te quiero, como se m ha despertado la inteligencia, y me veo sorprendida por rachas de saber qu me entran en el magín, lo mismo que el viento por una puerta mal cerrada, ve muy claro eso de la honradez libre. Pienso en esto a todas horas, pensando e ti, y no ceso de echar pestes contra los que no supieron enseñarme un arte siquiera un oficio, porque si me hubieran puesto a ribetear zapatos, a esta horas sería yo una buena oficiala, y quizás maestra. Pero aún soy joven. ¿No t parece a ti que soy joven? Veo que pones carita burlona. Eso quiere decir qu soy joven para el amor, pero que tengo los huesos duros para aprender un arte Pues mira, me rejuveneceré; me quitaré años; volveré a la infancia, y m aplicación suplirá el tiempo perdido. Una voluntad firme lo vence todo. ¿No l crees tú así?

Subyugado por tanta firmeza, Horacio se mostraba más amante cada día reforzando el amor con la admiración. Al contacto de la fantasía exuberante d ella, despertáronse en él poderosas energías de la mente; el ciclo de sus idea se agrandó; y comunicándose de uno a otro el poderoso estímulo de senti fuerte y pensar hondo, llegaron a un altísimo grado de tempestuos embriaguez de los sentidos, con relámpagos de atrevidas utopias eróticas sociales. Filosofaban con peregrino desenfado entre delirantes ternuras vencidos del cansancio, divagaban lánguidamente hasta perder el aliento Callaban las bocas, y los espíritus seguían aleteando por el espacio.

En tanto, nada digno de referirse ocurría en las relaciones de Tristana co su señor, el cual había tomado una actitud observadora y expectante

mostrándose con ella muy atento, mas no cariñoso. Veíala entrar tarde alguna noches, y atentamente la observaba; mas no la reprendía, adivinando que, a menor choque, la esclava sabría mostrar intenciones de no serlo. Alguna noches charlaron de diversos asuntos, esquivando D. Lope, con fría táctica, e tratar del idilio; y tal viveza de espíritu mostraba la niña, de tal modo s transfiguraba su nacarado rostro de dama japonesa, al reflejar en sus negro ojos la inteligencia soberana, que D. Lope, refrenando sus ganas de comérsel a besos, se llenaba de melancolía, diciendo para su sayo: «*Le ha salid* talento... Sin duda ama.»

No pocas veces la sorprendió en el comedor, a horas desusadas, bajo e foco luminoso de la lámpara colgante, dibujando el contorno de alguna figur en grabado, o copiando cualquier objeto de los que en la estancia había.

—Bien, bien —le dijo a la tercera o cuarta vez que la encontró e semejante afán—. Adelantas, hija, adelantas. De anteanoche acá, noto una gra diferencia.

Y encerrándose en su alcoba con sus melancolías, el pobre galán decadent exclamaba, dando un puñetazo sobre la mesa:

—Otro dato. El tal es pintor.

Pero no quería meterse en averiguaciones directas, por creerlas ofensivas su decoro, e impropias de su nunca profanada caballerosidad. Una tarde, n obstante, en la plataforma del tranvía, charlando con uno de los cobradores que era su amigo, le preguntó:

—Pepe, ¿hay por aquí algún estudio de pintor?

Precisamente en aquel instante pasaban frente a la calle transversal formada por edificios nuevos de pobretería, destacándose entre ellos un casona de ladrillo al descubierto, grande y de provecho, rematada en un especie de estufa, como taller de fotógrafo o de artista.

—Allí —dijo el cobrador— tenemos al señor de Díaz, retratista al óleo...

—¡Ah!, sí, le conozco —replicó D. Lope—. Ese que...

—Ese que va y viene por mañana y tarde. No duerme aquí. ¡Guapo chico!

—Sí, ya sé... Moreno, chiquitín.

—No, es alto.

—Alto, sí; pero un poco cargado de espaldas.

—No, garboso.

—Justo, con melenas...

—Si lleva el pelo al rape.

—Se lo habrá cortado ahora. Parece de estos italianos que tocan el arpa.

—No sé si toca el arpa. Pero es muy aplicado a los pinceles. A u compañero nuestro le llevó de modelo para apóstol... Crea usted que le sac hablando.

—Pues yo pensé que pintaba paisajes.

—También... y caballerías... Flores retrata que parecen vivas; frutas bie maduras, y codornices muertas. De todo propiamente. Y las mujeres en cuero que tiene en el estudio le ponen a uno encandilado.

—¿También niñas desnudas?

—O a medio vestir, con una tela que tapa y no tapa. Suba y véalo todo, D Lope. Es buen chico ese D. Horacio y le recibirá bien.

—Yo estoy curado de espanto, Pepe. No sé admirar esas hembras pintadas Me han gustado siempre más las vivas. Vaya..., con Dios.

XIV

Justo es decir que la serie borrascosa de turcas de amor cogidas por e espiritual artista en aquella temporada le desviaron de su noble profesión Pintaba poco, y siempre sin modelo; empezó a sentir los remordimientos de trabajador, esa pena que causan los trozos sin concluir pidiendo hechura y encaje; mas entre el arte y el amor prefería este, por ser cosa nueva en él, qu despertaba las emociones más dulces de su alma; un mundo recié descubierto, florido, exuberante, riquísimo, del cual había que tomar posesión afianzando sólidamente en él la planta de geógrafo y de conquistador. El art ya podía esperar; ya volvería cuando las locas ansias se calmasen; y s calmarían, tomando el amor un carácter pacífico, más de colonizació reposada que de furibunda conquista. Creía sinceramente el bueno de Horaci que aquel era el amor de toda su vida, que ninguna otra mujer podría agradarl ya, ni sustituir en su corazón a la exaltada y donosa Tristana; y se complacía en suponer que el tiempo iría templando en ella la fiebre de ideación, pue para esposa o querida perpetua tal flujo de pensar temerario le parecía excesivo. Esperaba que su constante cariño y la acción del tiempo rebajarían un poco la talla imaginativa y razonante de su ídolo, haciéndola más muje más doméstica, más corriente y útil.

Esto pensaba; mas no lo decía. Una noche que juntos charlaban, mirando l puesta de sol y saboreando la dulcísima melancolía de una tarde brumosa, s asustó Díaz de oírla expresarse en estos términos:

—Es muy particular lo que me pasa: aprendo fácilmente las cosas difíciles me apropio las ideas y las reglas de un arte..., hasta de una ciencia si m apuras; pero no puedo enterarme de las menudencias prácticas de la vida Siempre que compro algo, me engañan; no sé apreciar el valor de las cosas; n tengo ninguna idea de gobierno, ni de orden, y si Saturna no se entendiera co todo en mi casa, aquello sería una leonera. Es indudable que cada cual sirv para una cosa; yo podré servir para muchas, pero para esa está visto que n

valgo. Me parezco a los hombres en que ignoro lo que cuesta una arroba d patatas y un quintal de carbón. Me lo ha dicho Saturna mil veces, y por u oído me entra y por otro me sale. ¿Habré nacido para gran señora? Puede qu sí. Comoquiera que sea, me conviene aplicarme, aprender todo eso, y si perjuicio de poseer un arte, he de saber criar gallinas y remendar la ropa. E casa trabajo mucho, pero sin iniciativa. Soy pincha de Saturna, la ayudo, barro limpio y fregoteo, eso sí; pero ¡desdichada casa si yo mandara en ella Necesito aprenderlo, ¿verdad? El maldito don Lope ni aun eso se ha cuidad de enseñarme. Nunca he sido para él más que una circasiana comprada para s recreo, y se ha contentado con verme bonita, limpia y amable.

Respondiole el pintor que no se apurara por adquirir el saber doméstico pues fácilmente se lo enseñaría la práctica.

—Eres una niña —agregó— con muchísimo talento y grande disposiciones. Te falta solo el pormenor, el conocimiento menudo que dan l independencia y la necesidad.

—Un recelo tengo —dijo Tristana, echándole al cuello los brazos—: qu dejes de quererme por no saber yo lo que se puede comprar con un duro... porque temas que te convierta la casa en una escuela de danzantes. La verda es que si pinto como tú, o descubro otra profesión en que pueda lucir y trabaja con fe, ¿cómo nos vamos a arreglar, hijo de mi vida? Es cosa que espanta.

Expresó su confusión de una manera tan graciosa, que Horacio no pud menos de soltar la risa.

—No te apures, hija. Ya veremos. Me pondré yo las faldas. ¡Qué remedi hay!

—No, no —dijo Tristana, alzando un dedito y marcando con él la expresiones de un modo muy salado—. Si encuentro mi manera de vivi viviré sola. ¡Viva la independencia...!, sin perjuicio de amarte y de ser siempr tuya. Yo me entiendo: tengo acá mis ideítas. Nada de matrimonio, para n andar a la greña por aquello de quién tiene las faldas y quién no. Creo que ha de quererme menos si me haces tu esclava; creo que te querré poco si te met en un puño. Libertad honrada es mi tema..., o si quieres, mi dogma. Ya sé qu es difícil, muy difícil, porque la *sociedaz*, como dice Saturna... No acabo d entenderlo... Pero yo me lanzo al ensayo... ¿Que fracaso? Bueno. Y si n fracaso, hijito, si me salgo con la mía, ¿qué dirás tú? ¡Ay!, has de verme en m casita, sola, queriéndote mucho, eso sí, y trabajando, trabajando en mi art para ganarme el pan; tú en la tuya, juntos a ratos, separados muchas hora porque... ya ves, eso de estar siempre juntos, siempre juntos, noche y día, e así, un poco...

—¡Qué graciosa eres y recuantísimo te quiero! No paso por estar separad de ti parte del día. Seremos dos en uno, los hermanos siameses; y si quiere ponerte pantalones, póntelos; si quieres hacer el marimacho, anda con Dios.. Pero ahora se me ocurre una grave dificultad. ¿Te la digo?

—Sí, hombre, dila.

—No, no quiero. Es pronto.

—¿Cómo pronto? Dímela, o te arranco una oreja.

—Pues yo... ¿Te acuerdas de lo que hablábamos anoche?

—Chí.

—Que no te acuerdas.

—Que sí, bobillo. ¡Tengo yo una memoria...! Me dijiste que para completa la ilusión de tu vida deseabas...

—Dilo.

—No, dilo tú.

—Deseabas tener un chiquillín.

—¡Ay!, no, no; le querría yo tanto, que me moriría de pena si me le quitab Dios. Porque se mueren todos (*con exaltación*). ¿No ves pasar continuament los carros fúnebres con las cajitas blancas? ¡Me da una tristeza...! Ni sé par qué permite Dios que vengan al mundo si tan pronto se los ha de llevar... No no; niño nacido es niño muerto..., y el nuestro se moriría también. Más val que no lo tengamos. Di que no.

—Digo que sí. Déjalo, tonta. ¿Y por qué se ha de morir? Supón que vive... y aquí entra el problema. Puesto que hemos de vivir separados, cada uno en s casa, independiente yo, libre y honrada tú, cada cual en su hogar honradísim y *librísimo*..., digo, libérrimo, ¿en cuál de los hogares vivirá el angelito?

Tristana se quedó absorta, mirando las rayas del entarimado. No s esperaba la temida proposición, y al pronto no encontró manera de resolverla De súbito, congestionado su pensamiento con un mundo de ideas que en trope lo asaltaron, echose a reír, bien segura de poseer la verdad, y la expresó en est forma:

—Toma, pues conmigo, conmigo..., ¿qué duda puede haber? Si es mío mío, ¿con quién ha de estar?

—Pero como será mío también, como será de los dos...

—Sí..., pero te diré...; tuyo, porque..., vamos, no lo quiero decir... Tuyo, sí pero es más mío que tuyo. Nadie puede dudar que es mío, porque l Naturaleza de mí propia lo arranca. Lo de tuyo es indudable; pero... no const tanto, para el mundo, se entiende... ¡Ay!, no me hagas hablar así, ni dar esta explicaciones.

—Al contrario, mejor es explicarlo todo. Nos encontraremos en ta situación, que yo pueda decir: mío, mío.

—Más fuerte lo podré decir yo: mío, mío y eternamente mío.

—Y mío también.

—Convengo; pero...

—No hay pero que valga.

—No me entiendes. Claro es que tuyo... Pero me pertenece más a mí.

—No, por igual.

—Calla, hombre; por igual nunca. Bien lo comprendes: podría haber otro casos en que... Hablo en general.

—No hablamos sino en particular.

—Pues en particular te digo que es mío, y que no lo suelto, ¡ea!

—Es que... veríamos...

—No hay veríamos que valga.

—Mío, mío.

—Tuyo, sí; pero... fíjate bien..., quiero decir que eso de tuyo no es tan clar en la generalidad de los casos. Luego, la Naturaleza me da más derechos que ti... Y se llamará como yo, con mi apellidito nada más. ¿Para qué tant ringorrango?

—Tristana, ¿qué dices? (*incomodándose*).

—Pero qué, ¿te enojas? Hijo, si tú tienes la culpa. ¿Para qué me...? No, po Dios, no te enfades. Me vuelvo atrás, me desdigo...

La nubecilla pasó, y pronto fue todo claridad y luz en el cielo de aquella dichas, ligeramente empañado. Pero Díaz quedó un poco triste. Con sus dulce carantoñas, quiso Tristana disipar aquella fugaz aprensión, y más mona hechicera que nunca, le dijo:

—¡Vaya, que reñir por una cosa tan remota, por lo que quizás no suceda Perdóname. No puedo remediarlo. Me salen ideas, como me podrían sali granos en la cara. ¿Yo que culpa tengo? Cuando menos se piensa, pienso cosa que no debe una pensar... Pero no hagas caso. Otra vez, coges un palito y m pegas. Considera esto como una enfermedad nerviosa o cerebral, que s corrige con unturas de vara de fresno. ¡Qué tontería, afanarnos por lo que n existe, por lo que no sabemos si existirá, teniendo un presente tan fácil, ta bonito, para gozar de él!

XV

Bonito, realmente bonito a no poder más era el presente, y Horacio s
extasiaba en él, como si transportado se viera a un rincón de la eterna gloria
Mas era hombre de carácter grave, educado en la soledad meditabunda, y po
costumbre medía y pesaba todas las cosas, previendo el desarrollo posible d
los sucesos. No era de estos que fácilmente se embriagan con las alegrías, sin
ver el reverso de ellas. Su claro entendimiento le permitía analizarse con
observación segura, examinando bien su ser inmutable al través de los delirio
o tempestades que en él se iban sucediendo. Lo primero que encontró en aque
análisis fue la seducción irresistible que la damita japonesa sobre él ejercía
fenómeno que en él era como una dulce enfermedad, de que no quería en
ningún modo curarse. Consideraba imposible vivir sin sus gracias, sin su
monerías inenarrables, sin las mil formas fascinadoras que la divinidad tomab
en ella al humanizarse. Encantábale su modestia cuando humilde se mostraba
y su orgullo cuando se embravecía. Sus entusiasmos locos y sus desalientos
tristezas le enamoraban del mismo modo. Jovial, era deliciosa la niña; enojada
también. Reunía un sin fin de dotes y cualidades, graves las unas, frívolas y
mundanas las otras; a veces su inteligencia juzgaba de todo con claro sentido
a veces con desvarío seductor. Sabía ser dulce y amarga, blanda y fresca com
el agua, ardiente como el fuego, vaga y rumorosa como el aire. Inventab
travesuras donosas, vistiéndose con los trajes de los modelos, e improvisand
monólogos, o comedias en que ella sola hacía dos o tres personajes
pronunciaba discursos saladísimos; remedaba a su viejo D. Lope; y en suma
tales talentos y donaires iba sacando, que el buen Díaz, enamorado como un
salvaje, pensaba que su amiguita compendiaba y resumía todos los done
concedidos a la naturaleza mortal.

Pues en el ramo, si así puede llamarse, de la ternura, era la señorita d
Reluz igualmente prodigiosa. Sabía expresar su cariño en términos siempr
nuevos; ser dulce sin empalagar, candorosa sin insulsez, atrevidilla sin asomo

de corrupción, con la sinceridad siempre por delante, como la primera y má visible de sus infinitas gracias. Y Horacio, viendo además en ella algo qu sintomatizaba el precioso mérito de la constancia, creía que la pasión durarí en ambos tanto como la vida, y aún más; porque, como creyente sincero, n daba por extinguidos sus ideales en la oscuridad del morir.

El arte era el que salía perdiendo con estas pasiones eternas y esto crecientes ardores. Por las mañanas se entretenía pintando flores o animale muertos. Llevábanle el almuerzo del merendero del Riojano, y comía co voracidad, abandonando los restos en cualquier mesilla del estudio. Est ofrecía un desorden encantador, y la portera, que intentaba arreglarlo todas la mañanas, aumentaba la confusión y el desarreglo. Sobre el ancho diván veíanse libros revueltos, una manta morellana; en el suelo las cajas de colo tiestos, perdices muertas; sobre las corvas sillas tablas a medio pintar; má libros, carpetas de estampas; en el cuartito anexo, destinado a lavatorio y guardar trastos, más tablitas, el jarro del agua con ramas de arbustos puestas refrescar, una bata de Tristana colgada de la percha, y lindos trajes esparcido por do quiera; un alquicel árabe, un ropón japonés, antifaces, quirotecas chupas y casacas bordadas, pelucas, babuchas de odalisca y delantales d campesina romana. Máscaras griegas de cartón y telas de casullas decoraba las paredes, entre retratos y fotografías mil de caballos, barcos, perros y toros.

Después de almorzar esperó Díaz una media hora, y como su amada n pareciera, se impacientó, y para entretenerse se puso a leer a Leopardi. Sabí con perfección castiza el italiano, que le enseñó su madre, y aunque en el larg espacio de la tiranía del abuelo se le olvidaron algunos giros, la raíz de aque conocimiento vivió siempre en él, y en Venecia, Roma y Nápoles se adiestr de tal modo que fácilmente pasaba por italiano en cualquier parte, aun en l misma Italia. Dante era su única pasión literaria. Repetía, sin olvidar un sol verso, cantos enteros del *Infierno* y *Purgatorio*. Dicho se está que, casi si proponérselo, dio a su amiguita lecciones del *bel parlare*. Con su asimilació prodigiosa, Tristana dominó en breves días la pronunciación, y leyendo a rato como por juego, y oyéndole leer a él, a las dos semanas recitaba con admirabl entonación de actriz consumada el pasaje de Francesca, el de Ugolino y otros.

Pues, a lo que iba: engañaba Horacio el tiempo leyendo al melancólic poeta de Recanati, y se detenía meditabundo ante aquel profundo pensamiento *e discoprendo, solo il nulla s'accresce*, cuando sintió los pasitos que anhela oír; y ya no se acordó de Leopardi, ni se cuidó de que *il nulla* creciera menguara *discoprendo*.

¡Gracias a Dios! Tristana entró con aquella agilidad infantil que no cedía n
al cansancio de la interminable escalera, y se fue derecha a él para abrazarle
cual si hubiera pasado un año sin verle.

—¡Rico, facha, cielo, pintamonas, qué largo el tiempo de ayer a hoy! M
moría de ganas de verte... ¿Te has acordado de mí? ¿A que no has soñad
conmigo como yo contigo? Soñé que... no te lo cuento. Quiero hacerte rabiar.

—Eres más mala que un tabardillo. Dame esos morros, dámelos o t
estrangulo ahora mismo.

—¡Sátrapa, corso, gitano! (*cayendo fatigada en el diván*.) No me engatusa
con tu *parlare honesto*... ¡Eh! *sella el labio*... *Denantes que del sol la crench
rubia*... ¡Jesús mío, cuantísimo disparate! No hagas caso: estoy loca; tú tiene
la culpa. ¡Ay, tengo que contarte muchas cosas, *carino*! ¡Qué hermoso es e
italiano y qué dulce, qué grato al alma es decir *mio diletto*! Quiero que me l
enseñes bien, y seré profesora. Pero vamos a nuestro asunto. Ante todo
respóndeme: ¿*la jazemos*?

Bien demostraba esta mezcla de lenguaje chocarrero y de palabras italianas
con otras rarezas de estilo que irán saliendo, que se hallaban en posesión d
ese vocabulario de los amantes, compuesto de mil formas de lenguaj
sugeridas por cualquier anécdota picaresca, por este o el otro chascarrillo, po
la lectura de un pasaje grave o de algún verso célebre. Con tales accidentes s
enriquece el diccionario familiar de los que viven en comunidad absoluta d
ideas y sentimientos. De un cuento que ella oyó a Saturna, salió aquello de ¿*l
jazemos*? manera festiva de expresar sus proyectos de fuga; y de otr
cuentecillo chusco que Horacio sabía, salió el que Tristana no le llamase nunc
por su nombre, sino con el de *señó Juan*, que era un gitano muy bruto y d
muy malas pulgas. Sacando la voz más bronca que podía, cogíale Tristana d
una oreja, diciéndole:

—*Señó Juan*, ¿me quieres?

Rara vez la llamaba él por su nombre. Ya era *Beatrice*, ya *Francesca*, o má
bien la Paca de *Rímini*; a veces *Chispa*, o *señá Restituta*. Estos motes, y lo
terminachos grotescos o expresiones líricas que eran el saborete de s
apasionada conversación, variaban cada pocos días, según las anécdotas qu
iban saliendo.

—*La jaremos* cuando tú dispongas, querida Restituta —replicó Díaz—. ¡S
no deseo otra cosa...! ¿Crees tú que puede un hombre estar *de amor extátic
tanto tiempo?... Vámonos: *para ti la jaca torda, la que, cual dices tú, lo
campos borda*...

—Al extranjero, al extranjero (*palmoteando*). Yo quiero que tú y yo seamo extranjeros en alguna parte, y que salgamos del bracete sin que nadie no conozca.

—Sí, mi vida. ¡*Quién te verá a ti*...!

—Entre los *franceses* (*cantando*) y entre los *ingleses*... Pues te diré. Ya nc puedo resistir más a mi *tirano de Siracusa*. ¿Sabes? Saturna no le llama sinc D. *Lepe*, y así le llamaré yo también. Ha tomado una actitud patética. Apena me habla, de lo que me alegro mucho. Se hace el interesante, esperando que yc me enternezca. Anoche, verás, estuvo muy amable conmigo, y me cont algunas de sus aventuras. Piensa sin duda el muy pillo que con tales ejemplo se engrandece a mis ojos; pero se equivoca. No puedo verle. Hay días en qu me toca mirarle con lástima; días en que me toca aborrecerle, y anoche l aborrecí, porque en la relación de sus trapisondas, que son tremendas tremendísimas, veía yo un plan depravado para encenderme la imaginación. E lo más zorro que hay en el mundo. A mí me dieron ganitas de decirle que nc me interesa más aventura que la de mi *señó Juan* de mi alma, a quien ador con todas mis *potencias irracionales*, como decía el otro.

—Pues te digo la verdad: me gustaría oírle contar a D. Lope sus historia galantes.

—Como bonitas, cree que lo son. ¡Lo de la marquesa del Cabañal es de l más chusco...! El marido mismo, más celoso que Otelo, le llevaba... Pero si m parece que te lo he contado. ¿Pues y cuando robó del convento de San Pabl en Toledo a la monjita...? El mismo año mató en duelo al general que se decí esposo de la mujer más virtuosa de España, y la tal se escapó con D. Lope Barcelona. Allí tuvo este siete aventuras en un mes, todas muy novelescas Debía de ser atrevido el hombre, muy bien plantado, y muy bravo para todo.

—Restituta, no te entusiasmes con tu Tenorio arrumbado.

—Yo no me entusiasmo más que con este pintamonas. ¡Qué mal gust tengo! Miren esos ojos... ¡ay qué feos y qué sin gracia! ¿Pues y esa boca? d asco mirarla; y ese aire tan desgarbado... uf, no sé cómo te miro. No; si ya m repugnas, quítate de ahí.

—¡Y tú qué horrible!... con esos dientazos de jabalí, y esa nariz d remolacha, y ese cuerpo de botijo. ¡Ay, tus dedos son tenazas!

—Tenazas, sí, tenazas de *jierro*, para arrancarte tira a tira toda tu piel d burro. ¿Por qué eres así? *¡Gran Dio, morir si giovine!*

—Mona, más mona que los Santos Padres, y más hechicera que el Concili de Trento y que D. Alfonso el Sabio..., oye una cosa que se me ocurre. ¿S ahora se abriera esta puerta y apareciera tu D. Lope...?

—¡Ay!, tú no conoces a *D. Lepe*. *D. Lepe* no viene aquí, ni por nada de mundo hace él el celoso de comedia. Creería que su caballerosidad se llenab de oprobio. Fuera de la seducción de mujeres más o menos virtuosas, es tod dignidad.

—¿Y si entrara yo una noche en tu casa, y él me sorprendiera allí?

—Entonces, puede que, como medida preventiva, te partiera en do pedazos, o convirtiera tu cráneo en hucha para guardar todas las balitas de s revólver. Con tanta caballerosidad, sabe ser muy bruto cuando le tocan e punto delicado. Por eso más vale que no vayas. Yo no sé cómo ha sabido esto pero ello es que lo sabe. De todo se entera el maldito, con su sagacidad d perro viejo y su experiencia de maestro en picardías. Ayer me dijo con retintín «¿Conque pintorcitos tenemos?» Yo no le contesté. Ya no le hago caso. E mejor día entra en casa, y el pájaro voló... *Ahi Pisa, vituperio delle genti.* ¿A dónde nos vamos, hijo de mi alma? ¿A do me conducirás? (*cantando*.) *La c darem la mano*... Sé que no hay congruencia en nada de lo que digo. Las idea se me atropellan aquí, disputándose cuál sale primero, como cuando se agolp el gentío a la puerta de una iglesia, y se estrujan y se... Quiéreme, quiérem mucho, que todo lo demás es música. A veces se me ocurren ideas tristes; po ejemplo, que seré muy desgraciada, que todos mis sueños de felicidad s convertirán en humo. Por eso me aferro más a la idea de conquistar m independencia, y de arreglármelas con mi ingenio como pueda. Si es verda que tengo algún pesquis, ¿por qué no he de utilizarlo dignamente, como otra explotan la belleza o la gracia?

—Tu deseo no puede ser más noble —díjole Horacio meditabundo—. Per no te afanes, no te aferres tanto a esa aspiración, que podría resulta impracticable. Entrégate a mí sin reserva. ¡Ser mi compañera de toda la vida ayudarme y sostenerme con tu cariño...!, ¿te parece que hay un oficio mejor, n arte más hermoso? Hacer feliz a un hombre, que te hará feliz, ¿qué más?

—¡Qué más! (*Mirando al suelo.*) *Diverse lingue, orribile favelle... parol di dolore, accenti d'ira*... Ya, ya; la congruencia es la que no parece... *Señ Juan*, ¿me quieres mucho? Bueno; has dicho: «¿qué más?» Nada, nada. M conformo con que no haya más. Te advierto que soy una calamidad com mujer casera. No doy pie con bola, y te ocasionaré mil desazones. Y fuera d casa, en todo menester de compras o negocios menudos de mujer, también so de oro. ¡Con decirte que no conozco ninguna calle, ni sé andar sola si perderme! El otro día no supe ir de la Puerta del Sol a la calle de Peligros, recalé allá por la plaza de la Cebada. No tengo el menor sentido topográfico El mismo día, al comprar unas horquillas en el Bazar, di un duro, y no m

cuidé de recoger la vuelta. Cuando me acordé, ya estaba en el tranvía..., po cierto que me equivoqué y me metí en el del Barrio. De todo esto y de alg más que observo en mí, deduzco... ¿En qué piensas? ¿Verdad que nunc querrás a nadie más que a tu *Paquita de Rímini*...? Pues sigo diciéndote... No no te lo digo.

—Dime lo que pensabas (*incomodándose*). He de quitarte esa pícar costumbre de decir las cosas a medias...

—Pégame, hombre, pega..., rómpeme una costilla. ¡Tienes un geniazo...!, *n del dorado techo... se admira, fabricado... del sabio moro, en jaspe sustentado.* Tampoco esto tiene congruencia.

—Maldita. ¿Qué ha de tener?

—Pues *direte, Inés, la cosa*... Oye. (*Abrazándole.*) Lo que he pensado d mí, estudiándome mucho, porque yo me estudio, ¿sabes?, es que sirvo, qu podré servir para las cosas grandes; pero que decididamente no sirvo para la pequeñas.

Lo que Horacio le contestó, perdiose en la oleada de ternezas que vin después, llenando de vagos rumores la plácida soledad del estudio.

XVI

Como contrapeso moral y físico de la enormísima exaltación de las tardes Horacio, al retirarse de noche a su casa, se derrumbaba en el seno tenebroso d una melancolía sin ideas, o con ideas vagas, toda languidez y zozobr indefinibles. ¿Qué tenía? No le era fácil contestarse. Desde los tiempos de s lento martirio en poder del abuelo, solía padecer fuertes ataques periódicos d *spleen*, que se le renovaban en todas las circunstancias anormales de su vida. no era que en aquellas horas de recogimiento se hastiara de Tristana, o tuvies dejos amargos de las dulzuras del día, no; la visión de ella le acosaba; e recuerdo fresquísimo de sus donaires ponía en continuo estremecimiento s naturaleza, y antes que buscar un término a tan abrasadoras emociones deseaba repetirlas, temeroso de que algún día pudieran faltarle. Al propi tiempo que consideraba su destino inseparable del de aquella singular muje un terror sordo le rebullía en el fondo del alma, y por más que procuraba haciendo trabajar furiosamente a la imaginación, figurarse el porvenir al lad de Tristana, no podía conseguirlo. Las aspiraciones de su ídolo a cosas grande causábanle asombro; pero al querer seguirla por los caminos que ella co tenacidad graciosa señalaba, la hechicera figura se le perdía en un término nebuloso.

No causaron inquietud a doña Trinidad (que así se llamaba la señora co quien Horacio vivía) las murrias de su sobrino, hasta que pasado algún tiempo advirtió en él un aplanamiento sospechoso. Entrábale como un sopo conservando los ojos abiertos, y no había medio de sacarle del cuerpo un palabra. Veíasele inmóvil en un sillón del comedor, sin prestar la meno atención a la tertulia de dos o tres personas que amenizaban las tristes noche de doña Trini. Era esta de dulcísimo carácter, achacosa, aunque no muy vieja y derrumbada por los pesares que habían gravitado sobre ella, pues no tuv tranquilidad hasta que se quedó sin padre y sin marido. Bendecía la soledad, debía mucha gratitud a la muerte.

De su vida de afanes quedole una debilidad nerviosa, relajación de lo músculos de los párpados. No abría los ojos sino a medias, y esto co dificultad en ciertos días, o cuando reinaban determinados aires, llegando veces al sensible extremo de tener que levantarse el párpado con los dedos s quería ver bien a una persona. Por añadidura, estaba muy delicadita del pecho y en cuanto entraba el invierno se ponía fatal, ahogada de tos, con horrible frialdades en pies y manos, y todo se le volvía imaginar defensas contra el frío en la casa como en su persona. Adoraba a su sobrino, y por nada del mundo s separaría de él. Una noche, después de comer, y antes de que llegaran lo tertulios, doña Trini se sentó, hecha un ovillo, frente a la butaca en qu Horacio fumaba, y le dijo:

—Si no fuera por ti, yo no aguantaría las crudezas de este frío maldito qu me está matando. ¡Y pensar que con irme a tu casa de Villajoyosa resucitaría ¿Pero cómo me voy y te dejo aquí solo? Imposible, imposible.

Replicole el sobrino que bien podía irse y dejarle, pues nadie se lo comería.

—¡Quién sabe, quién sabe si te comerán...! Tú andas también delicadillo No me voy; no me separo de ti por nada de este mundo.

Desde aquella noche empezó una lucha tenaz entre los deseos d emigración de la señora y la pasividad sedentaria del señorito. Anhelaba doñ Trini largarse; él también quería que se fuera, porque el clima de Madrid l minaba rápidamente. Habría tenido gusto en acompañarla; pero ¿cómo, ¡Sant Dios!, si no veía forma humana de romper su amorosa cadena, ni siquiera d aflojarla?

—Iré a llevarla a usted —dijo a su tía, buscando una transacción—, y m volveré en seguida.

—No, no.

—Iré después a buscarla a usted, a la entrada de primavera.

—Tampoco.

La tenacidad de doña Trini no se fundaba solo en su horror al invierno, qu aquel año vino con espada en mano. Nada sabía concretamente de lo devaneos de Horacio; pero sospechaba que algo anormal y peligroso ocurrí en la vida del joven, y con feliz instinto estimó conveniente llevársele d Madrid. Alzando la cabeza para mirarle bien, pues aquella noche funcionaba muy mal los párpados, y abrir no podía más que un tercio de ojos, le dijo:

—Pues me parece que en Villajoyosa pintarías como aquí, y aun mejor. E todas partes hay Naturaleza y natural... Y sobre todo, tontín, allí te librarás d tanto quebradero de cabeza, y de las angustias que estás pasando. Te lo dic quien bien te quiere, quien sabe algo de este mundo traicionero. No hay cos

peor que apegarse a un vicio de querer... Despréndete de un tirón. Pon tierra por medio.

Dicho esto, doña Trini dejó caer el párpado, como tronera que se cierra después de salir el tiro. Horacio nada contestó; pero las ideas de su tía quedaron en su mente como semillas dispuestas a germinar. Repitió sus sabias exhortaciones a la siguiente noche la simpática viuda, y a los dos días ya no le pareció al pintor muy disparatada la idea de partir, ni vio, como antes, en la separación de su amada, un suceso tan grave como la rotura del planeta en pedazos mil. De improviso sintió que del fondo de su naturaleza salía un prurito, una reclamación de descanso. Su existencia toda pedía tregua, uno de esos paréntesis que la guerra y el amor suelen solicitar con necesidad imprescindible para poder seguir peleando y viviendo.

La primera vez que comunicó a Tristana los deseos de doña Trini, aquella puso el grito en el Cielo. Él también se indignó; protestaron ambos contra el importuno viaje, y... *antes morir que consentir tiranos*.

Mas otro día, tratando de lo mismo, Tristana pareció conformarse. Sentía lástima de la pobre viuda. ¡Era tan natural que no quisiera ir sola...! Horacio afirmó que doña Trini no resistiría en Madrid los rigores del invierno, ni se determinaba a separarse de su sobrino. Mostrose la de Reluz más compasiva, y por fin... ¿Sería que también a ella le pedían el cuerpo y el alma tregua paréntesis, solución de continuidad? Ni uno ni otro cedían en su amoroso anhelo; pero la separación no les asustaba; al contrario, querían probar el desconocido encanto de alejarse, sabiendo que era por tiempo breve; probar el sabor de la ausencia, con sus inquietudes, el esperar y recibir cartas, el desearse recíprocamente, y el contar lo que faltaba para tenerse de nuevo.

En resumidas cuentas, que Horacio tomó las de Villadiego. Tierna fue la despedida: se equivocaron, creyéndose con serenidad bastante para soportarla y al fin se hallaban como condenados al patíbulo. Horacio, la verdad, no se sintió muy pesaroso por el camino; respiraba con desahogo, como jornalero en sábado por la tarde, después de una semana de destajo; saboreaba el descanso moral, el placer pálido de no sentir emociones fuertes. El primer día de Villajoyosa ninguna novedad ocurrió. Tan conforme el hombre, y muy bien hallado con su destierro. Pero al segundo día, aquel mar tranquilo de su espíritu empezó a moverse y picarse con leve ondulación, y luego fue el crecer, el encresparse. A los cuatro días el hombre no podía vivir de soledad de tristeza, de privación. Todo le aburría: la casa, doña Trini, la parentela. Pidió auxilio al arte, y el arte no le proporcionó más que desaliento y rabia. El paisaje hermosísimo, el mar azul, las pintorescas rocas, los silvestres pinos

todo le ponía cara fosca. La primera carta le consoló en su soledad; no podía faltar en ella ausencias dulcísimas, ni aquello tan sobado de *nessun maggio dolore*..., ni los términos del vocabulario formado en las continuas charlas de amor. Habían convenido en escribirse dos cartitas por semana, y resultaba carta *todos los días diariamente*, según decía Tristana. Si las de él ardían, la de ella quemaban. Véase la clase:

«He pasado un día cruel y una noche de todos los perros de la jauría de Satanás. ¿Por qué te fuiste?... Hoy estoy más tranquila; oí misa, recé mucho. He comprendido que no debo quejarme, que hay que poner frenos al egoísmo. Demasiado bien me ha dado Dios, y no debo ser exigente. Merezco que me riñas y me pegues, y aunque me quieras un poco menos (¡no, por Dios!) cuando me aflijo por una ausencia breve y necesaria... Me mandas que esté tranquila, y lo estoy. *Tu duca*, *tu maestro*, *tu signore*. Sé que mi *señó Juan* volverá pronto, que ha de quererme siempre, y *Paquita de Rímini* espera confiada, y se resigna con su *soleá*.»

De él a ella:

«Hijita, ¡qué días paso! Hoy quise pintar un burro, y me salió... algo así como un pellejo de vino con orejas. Estoy de remate; no veo el color, no veo la línea, no veo más que a mi *Restituta*, que me encandila los ojos con sus monerías. Día y noche me persigue la imagen de mi monstrua serrana, con todo el pesquis del Espíritu Santo y toda la sal del *botiquín*.»

(*Nota del colector*: Llamaban *botiquín* al mar por aquel cuento andaluz de médico de a bordo, que todo lo curaba con agua salada.)

«... Mi tía no está bien. No puedo abandonarla. Si tal barbaridad hiciera, tú misma no me la perdonarías. Mi aburrimiento es una horrible tortura que se le quedó en el tintero a nuestro amigo Alighieri.

»He vuelto a leer tu carta del jueves, la de las pajaritas, la de los éxtasis... *inteligenti pauca*. Cuando Dios te echó al mundo, llevose las manos a la cabeza augusta, arrepentido y pesaroso de haber gastado en ti todo el ingenio que tenía dispuesto para fabricar cien generaciones. Haz el favor de no decirme que tú no vales, que eres un cero. ¡Ceritos a mí! Pues yo te digo, aunque la modestia te salga a la cara como una aurora boreal, yo te digo, ¡oh *Restituta*!, que todos los bienes del mundo son una *perra chica* comparados con lo que tú vales; y que todas las glorias humanas, soñadas por la ambición y perseguidas por la fortuna, son un *zapato viejo* comparadas con la gloria de

ser tu dueño... No me cambio por nadie... No, no, digo mal: quisiera se Bismarck para crear un imperio y hacerte a ti emperatriz. Chiquilla, yo seré tu vasallo humilde; pisotéame, escúpeme, y manda que me azoten.»

De ella a él:

«... Ni en broma me digas que puede mi *señó Juan* dejar de quererme. No conoces tú bien a tu *Panchita de Rímini*, que no se asusta de la muerte, y se siente con valor para *suicidarse a sí misma* con la mayor sal del mundo. Yo me mato como quien se bebe un vaso de agua. ¡Qué gusto, qué dulcísimo estímulo de curiosidad! ¡Enterarse de todo lo que hay por allá!, y verle la cara a *pusuntra*!... ¡Curarse radicalmente de aquella dudita fastidiosa de *ser o no ser* como dijo *Chispecrís*...! En fin, que no me vuelvas a decir eso de quererme un poquito menos, porque mira tú..., ¡si vieras qué bonita colección de revólveres tiene mi D. *Lepe*! Y te advierto que lo sé manejar, y que si me atufo, ¡pim!, me voy a dormir la siesta con el Espíritu Santo...»

¡Y cuando el tren traía y llevaba todo este cargamento de sentimentalismo no se inflamaban los ejes del coche correo, ni se disparaba la locomotora como corcel en cuyos ijares aplicaran espuelas calentadas al rojo! Tanto ardores permanecían latentes en el papelito en que estaban escritos.

XVII

Tan voluble y extremosa era en sus impresiones la señorita de Reluz, qu fácilmente pasaba del júbilo desenfrenado y epiléptico a una desesperació lúgubre. He aquí la muestra:

«*Caro bene, mio diletto*, ¿es verdad que me quieres tanto y que en tanto m estimas? Pues a mí me da por dudar que sea verdad tanta belleza. Dime ¿existes tú o no eres más que un fantasma vano, obra de la fiebre, de est ilusión de lo hermoso y de lo grande que me trastorna? Hazme el favor d echar para acá una carta *fuera de abono* o un telegrama que diga: *Existo Firmado, señó Juan*... Soy tan feliz, que a veces paréceme que viv suspendida en el aire, que mis pies no tocan la tierra, que huelo la eternidad respiro el airecillo que sopla más allá del sol. No duermo. ¡Ni qué falta m hace dormir!... Más quiero pasarme toda la noche pensando que te gusto contando los minutos que faltan para ver tu jeta preciosa. No son tan felice como yo los justos que están en éxtasis a la *verita* de la Santísima Trinidad; n lo son, no pueden serlo... Solo un recelo chiquito y fastidioso, como el gran de tierra que en un ojo se nos mete y nos hace sufrir tanto, me estorba para l felicidad absoluta. Y es la sospecha de que todavía no me quieres bastante, qu no has llegado al supremo límite del querer, ¿qué digo límite, si no lo hay?, a principio del último cielo, pues yo no puedo hartarme de pedir más, más siempre más; y no quiero, no quiero sino cosas infinitas, entérate..., tod infinito, infinitísimo, o nada... ¿Cuántos abrazos crees que te voy a dar cuand llegues? Ve contando. Pues tantos como segundos tarde una hormiga en dar l vuelta al globo terráqueo. No; más, mucho más. Tantos como segundos tard la hormiga en partir en dos, con sus patas, la esferita terrestre, dándole vuelta siempre por una misma línea... Conque saca esa cuenta, tonto.»

Y otro día:

«No sé lo que me pasa, no vivo en mí, no puedo vivir de ansiedad, d temor. Desde ayer no hago más que imaginar desgracias, suponer cosas tristes o que tú te mueres, y viene a contármelo D. Lope con cara de regocijo, o qu me muero yo y me meten en aquella caja horrible, y me echan tierra encima No, no; no quiero morirme, no me da la gana. No deseo saber lo de allá, no m interesa. Que me resuciten, que me vuelvan mi vidita querida. Me espanta m propia calavera. Que me devuelvan mi carne fresca y bonita, con todos lo besos que tú me has dado en ella. No quiero ser solo huesos fríos y despué polvo. No, esto es un engaño. Ni me gusta que mi espíritu ande pidiend hospitalidad de estrella en estrella, ni que San Pedro, calvo y con cara d malas pulgas, me dé con la puerta en los hocicos... Pues aunque supiera qu había de entrar allí, no me hablen de muerte; venga mi vidita mortal y la tierr en que padecí y gocé, en que está mi pícaro *señó Juan*. No quiero yo alas n alones, ni andar entre ángeles sosos que tocan el arpa. Déjenme a mí de arpa y acordeones, y de fulgores celestes. Venga vida mortal, y salud y amor, y tod lo que deseo.

»El problema de mi vida me anonada más cuanto más pienso en él. Quier ser algo en el mundo, cultivar un arte, vivir de mí misma. El desaliento m abruma. ¿Será verdad, Dios mío, que pretendo un imposible? Quiero tener un profesión, y no sirvo para nada, ni sé nada de cosa alguna. Esto es horrendo.

»Aspiro a no depender de nadie, ni del hombre que adoro. No quiero ser s manceba, tipo innoble, la hembra que mantienen algunos individuos para qu les divierta, como un perro de caza; ni tampoco que el hombre de mis ilusione se me convierta en marido. No veo la felicidad en el matrimonio. Quiero, par expresarlo a mi manera, estar casada conmigo misma, y ser mi propia cabez de familia. No sabré amar por obligación; solo en la libertad comprendo mi f constante y mi adhesión sin límites. Protesto, me da la gana de protestar contr los hombres, que se han cogido todo el mundo por suyo, y no nos han dejado nosotras más que las veredas estrechitas por donde ellos no saben andar...

«Estoy cargante, ¿verdad? No hagas caso de mí. ¡Qué locuras!, no sé lo qu pienso, ni lo que escribo; mi cabeza es un nidal de disparates. ¡Pobre de mí Compadéceme; hazme burla... Manda que me pongan la camisa de fuerza, y que me encierren en una jaula. Hoy no puedo escribirte ninguna broma, n está la masa para rosquillas. No sé más que llorar, y este papel te lleva u *botiquín* de lágrimas. Dime tú, ¿por qué he nacido?, ¿por qué no me qued allá, en el regazo de la señora nada, tan hermosa, tan tranquila, tan dormilona tan...?, no sé acabar.»

En tanto que estas ráfagas tempestuosas cruzaban el largo espacio entre l villa mediterránea y Madrid, en el espíritu de Horacio se iniciaba una crisis obra de la inexorable ley de adaptación, que hubo de encontrar adecuada condiciones locales para cumplirse. La suavidad del clima le embelesaba, y lo encantos del paisaje se abrieron paso al fin, si así puede decirse, por entre la brumas que envolvían su alma. El Arte se confabuló con la Naturaleza par conquistarle, y habiendo pintado un día, después de mil tentativa infructuosas, una marina soberbia, quedó para siempre prendado del mar azul de las playas luminosas y del risueño contorno de tierra. Los término próximos y lejanos, el pintoresco anfiteatro de la villa, los almendros, los tipo de labradores y mareantes le inspiraban deseos vivísimos de transportarlo tod al lienzo; entrole la fiebre del trabajo, y por fin, el tiempo, antes tan estirado y enojoso, hízosele breve y fugaz; de tal modo que, al mes de residir e Villajoyosa, las tardes se comían las mañanas, y las noches se merendaban la tardes, sin que el artista se acordara de merendar ni de comer.

Fuera de esto, empezó a sentir las querencias del propietario, esa atracciones vagas que sujetan al suelo la planta, y el espíritu a las pequeñece domésticas. Suya era la hermosa casa en que vivía con doña Trini: un me tardó en hacerse cargo de su comodidad y de su encantadora situación. L huerta poblada de añosos frutales, algunos de especies rarísimas, todos e buena conservación, suya era también, y el fresal espeso, la esparraguera y lo plantíos de lozanas hortalizas; suya la acequia que atravesaba caudalosa l huerta y terrenos colindantes. No lejos de la casa, podía mirar asimismo co ojos de propietario un grupo de palmeras gallardas, de bíblica hermosura, y u olivar de austero color, con ejemplares viejos, retorcidos y verrugosos com los de Getsemaní. Cuando no pintaba, echábase a pasear de largo, en compañí de gentes sencillas del pueblo, y sus ojos no se cansaban de contemplar l extensión cerúlea, el siempre admirable *botiquín*, que a cada instante cambiab de tono, como inmenso ser vivo, dotado de infinita impresionabilidad. La velas latinas que lo moteaban, blancas a veces, a veces resplandecientes com tejuelos de oro bruñido, añadían toques picantes a la majestad del grandios elemento, que algunas tardes parecía lechoso y dormilón, otras rizado y transparente, dejando ver, en sus márgenes quietas, cristalinos bancos d esmeralda.

Lo que observaba Horacio, dicho se está que al punto era comunicado Tristana.

Del mismo a la misma:

«¡Ay, niña mía, no sabes cuán hermoso es esto! Pero ¿cómo has d
comprenderlo tú, si yo mismo he vivido hasta hace poco ciego a tanta belleza
y poesía? Admiro y amo este rincón del planeta, pensando que algún día
hemos de amarlo y admirarlo juntos. ¡Pero si estás conmigo aquí, si en mí t
llevo, y no dudo que tus ojos ven dentro de los míos lo que los míos ven...
¡Ay, *Restitutilla*, cuánto te gustaría mi casa, *nuestra* casa, si en ella te vieras
No me satisface, no, tenerte aquí en espíritu. ¡En espíritu! Retóricas, hija, qu
llenan los labios y dejan vacío el corazón. Ven, y verás. Resuélvete a dejar
ese viejo absurdo, y casémonos ante este altar incomparable, o ante cualquie
otro altarito que el mundo nos designe, y que aceptaremos para estar bien co
él... ¿No sabes? Me he franqueado con mi ilustre tía. Imposible guardar má
tiempo el secreto. Pásmate, chiquilla; no puso mala cara. Pero aunque l
pusiera..., ¿y qué? Le he dicho que te tengo ley, que no puedo vivir sin ti, y h
soltado la risa. ¡Vaya, que tomar a broma una cosa tan seria! Pero más val
así... Dime que te alegra lo que te cuento hoy, y que al leerme te entran gana
de echar a correr para acá. Dime que has hecho el hatillo, y me lanzo
buscarte. No sé lo que pensará mi tía de una resolución tan *súpita*. Que piens
lo que quiera. Dime que te gustará esta vida oscura y deliciosa; que amará
esta paz campestre; que aquí te curarás de las locas efervescencias que turba
tu espíritu, y que anhelas ser una feliz y robusta villana, ricachona en medio d
la sencillez y la abundancia, teniendo por maridillo al más chiflado de lo
artistas, al más espiritual habitante de esta tierra de luz, fecundidad y poesía.

»*Nota bene.* Tengo un palomar que da la hora, con treinta o más pares. M
levanto al alba, y mi primera ocupación es abrirles la puerta. Salen mi
amiguitas adoradas, y para saludar al nuevo día, dan unas cuantas vueltas po
el aire, trazando espirales graciosas; después vienen a comer a mi mano, o e
derredor de mí, hablándome con sus arrullos un lenguaje que siento no pode
transmitirte. Convendría que tú lo oyeras y te enteraras por ti misma.»

XVIII

De Tristana a Horacio:

«¡Qué entusiasmadito y qué tonto está el *señó Juan*! ¡Y cómo con la glorias de ese terruño se le van las memorias de este páramo en que yo vivo Hasta te olvidas de nuestro vocabulario, y ya no soy la *Frasquita de Rímini* Bueno, bueno. Bien quisiera entusiasmarme con tu *rustiquidad* (ya sabes qu yo invento palabras), *que del oro y del cetro pone olvido*. Hago lo que m mandas, y te obedezco... hasta donde pueda. *Bello país debe ser...* ¡Yo d villana criando gallinitas, poniéndome cada día más gorda, hecha un animal, con un dije que llaman *maridillo* colgado de la punta de la nariz! ¡Qué guapot estaré, y tú qué salado, con tus tomates tempranos y tus naranjas tardías saliendo a coger langostinos, y pintando burros con zaragüelles, o persona racionales con albarda..., digo, al revés. Oigo desde aquí las palomitas, entiendo sus arrullos. Pregúntales por qué tengo yo esta ambición loca que n me deja vivir; por qué aspiro a lo imposible, y aspiraré siempre, hasta que e imposible mismo se me plante enfrente y me diga: «¿Pero no me ve usted so...?» Pregúntales por qué sueño despierta con mi propio ser transportado otro mundo, en el cual me veo libre y honrada, queriéndote más que a la señoritas de mis ojos, y... Basta, basta, *per pietá*. Estoy borracha hoy. Me h bebido tus cartas de los días anteriores, y las encuentro horriblemente cargada de *amílico*. ¡Mixtificador!

»Noticia fresca. D. Lope, el gran D. Lope, *ante quien muda se postró l tierra*, anda malucho. El reuma se está encargando de vengar al sin número d maridillos que burló, y a las vírgenes honestas o esposas frágiles que inmol en el ara nefanda de su liviandad. ¡Vaya una figurilla...! Pues esto no quita qu yo le tenga lástima al pobre D. Juan caído, porque fuera de su poquísim vergüenza en el ramo de mujeres, es bueno y caballeroso. Ahora que renquea no sirve para nada, ha dado en la flor de entenderme, de estimar en algo est

afán mío de aprender una profesión. ¡Pobre D. *Lepe*! Antes se reía de mí ahora me aplaude, y se arranca los pelos que le quedan, rabioso por no habe comprendido antes lo razonable de mi anhelo.

»Pues verás: haciendo un gran sacrificio, me ha puesto profesor de inglés digo, profesora, aunque más bien la creerías del género masculino o de neutro, una señora alta, huesuda, andariega, con feísima cara de rosas y leche y un sombrero que parece una jaula de pájaros. Llámase doña Malvina, y estuvo en la capilla evangélica, ejerciendo de *sacerdota protestanta*, hasta qu le cortaron los víveres, y se dedicó a dar lecciones... Pues espérate ahora y sabrás lo más gordo: dice mi maestra que tengo unas disposiciones terribles, y se pasma de ver que apenas me ha enseñado las cosas, ya yo me las sé Asegura que en seis meses sabré tanto inglés como *Chaskaperas*, o el propi *Lord Mascaole*. Y al paso que me enseña inglés, me hace recordar e franchute, y luego le meteremos el diente al alemán. *Give me a kiss*, pedazo d bruto. Parece mentira que seas tan *iznorante*, que no entiendas esto.

»Bonito es el inglés, casi tan bonito como tú, que eres una fresca rosa d mayo..., si las rosas de mayo fueran negras como mis zapatos. Pues digo qu estoy metida en unos afanes espantosos. Estudio a todas horas, y devoro lo temas. Perdona mi inmodestia; pero no puedo contenerme: soy un prodigio Me admiro de encontrarme que sé las cosas, cuando intento saberlas. Y a propósito, *señó Juan* naranjero y con zaragüelles, sácame de esta duda: «*¿Ha comprado la pluma de acero del hijo de la jardinera de tu vecino?*» Tonto, no lo que has comprado es *la palmatoria de marfil de la suegra del...* sultán d Marruecos.

»Te muerdo una oreja. Expresiones a las palomitas. *To be or nor to be... Al the world a stage.*»

De *señó Juan* a *señá Restituta*:

«Cielín mío, miquina, no te hagas tan sabia. Me asustas. De mí sé decirt que en esta *rustiquidad* (admitida la nueva palabra) casi me dan ganas d olvidar lo poquito que sé. ¡Viva la Naturaleza! ¡Abajo la ciencia! ¡Quisier acompañarte en tu aborrecimiento de la vida oscura; *ma non posso*. Mi naranjos están cargados de azahares, para que lo sepas, ¡rabia, rabiña!, y d frutas de oro. Da gozo verlos. Tengo unas gallinas que cada vez que pone huevo, preguntan al cielo, cacareando, qué razón hay para que no vengas tú comértelos. Son tan grandes que parecen tener dentro un elefantito. La palomas dicen que no quieren nada con ingleses, ni aun con los que so

émulos del gran *Sáspirr*. Por lo demás, comprenden y practican la libertad honrada, o la honradez libre. Se me olvidó decirte que tengo tres cabras con cada ubre como el bombo grande de la lotería. No me compares esta leche con la que venden en la cabrería de tu casa, con aquellos *lácteos virgíneos candores* que tanto asco nos daban. Las cabritas te esperan, inglesilla de tres a cuarto, para ofrecerte sus *senos turgentes*. Dime otra cosa..., ¿has comido turrón estas Navidades? Yo tengo aquí almendra y avellana bastantes para empacharte a ti y a toda tu casta. Ven, y te enseñaré cómo se hace lo de Jijona lo de Alicante, y el sabrosísimo de yema, menos dulce que tu alma gitana. ¿Te gusta a ti el cabrito asado? Dígolo porque si probaras lo de mi tierra, te chuparías el dedo; no, el *deíto* ese de San Juan te lo chuparía yo. Ya ves que me acuerdo del vocabulario. Hoy está revuelto el *botiquín*, porque el Poniente le hace muchas cosquillas, poniéndole nervioso...

»Si no te enfadas, ni me llamas prosaico, te diré que como por siete. Me gustan extraordinariamente las sopas de ajo tostaditas, el bacalao y el arroz *en sus múltiples aspectos*, los pavipollos y los salmonetes con piñones. Bebo sin tasa del riquísimo *licor de Engadi*, digo, de Aspe, y me estoy poniendo gordo y guapo inclusive, para que te enamores de mí cuando me veas, y te *extasíes* delante de mis encantos o *appas*, como dicen los franceses, y nosotros. ¡Ay qué *appases* los míos! ¿Pues y tú? Haz el favor de no encanijarte con tanto estudio. Temo que la *señá* Malvina te contagie de su fealdad seca y hombruna. No te me vuelvas muy filósofa, no te encarames a las estrellas, porque a mí me están pesando mucho las carnazas, y no puedo subir a cogerte, como cogería un limón de mis limoneros... ¿Pero no te da envidia de mi manera de vivir? ¿A qué esperas? Si no la *jazemos* ahora, ¿cuándo, *per Baco*? Vente, vente. Ya estoy arreglando tu habitación, que será *manífica*, digno estuche de tal joya. Dime que sí, y parto, parto... (no el de los montes) quiero decir que corro a traerte. *¡Oh, donna di virtú!* Aunque te vuelvas más marisabidilla que Minerva, y me hables en griego para mayor claridad; aunque te sepas de memoria las Falsas Decretales y la Tabla de logaritmos, te adoraré con toda la fuerza de mi supina barbarie.»

De la señorita de Reluz:

«¡Qué pena, qué ansiedad, qué miedo! No pienso más que cosas malas. No hago más que bendecir este fuerte constipado que me sirve de pretexto para poder limpiarme los ojos a cada instante. El llanto me consuela. Si me preguntas por qué lloro, no sabré responderte. ¡Ah! sí, sí, ya sé: lloro porque

no te veo, porque no sé cuándo te veré. Esta ausencia me mata. Tengo celo del mar azul, los barquitos, las naranjas, las palomas, y pienso que todas esa cosas tan bonitas serán Galeotos de la infidelidad de mi *señó Juan*... Dond hay tanto bueno, ¿no ha de haber también buenas mozas? Porque con todo m *marisabidillismo* (ve apuntando las palabras que invento), yo me mato si tú m abandonas. Eres responsable de la tragedia que puede ocurrir, y...

»Acabo de recibir tu carta. ¡Cuánto me consuela! Me he reído de veras. Y se me pararon los *esplines*; ya no lloro; ya soy feliz, tan feliz que no *sab* expresarlo. Pero no me engatusas, no, con tus limoneros y tus acequias d *undosa corriente*. Yo libre y honrada, te acepto así, aldeanote y criador d pollos. Tú como eres, yo como *ero*. Eso de que dos que se aman han d volverse iguales, y han de pensar lo mismo, no me cabe a mí en la cabeza. ¡E uno para el otro! ¡Dos en uno! ¡Qué bobadas inventa el egoísmo! ¿A qué es confusión de los caracteres? Sea cada cual como Dios le ha hecho, y siend distintos, se amarán más. Déjame suelta, no me amarres, no borres mi... ¿l digo? Estas palabras tan sabias se me atragantan; pero en fin, la soltaré... m *doisingracia*.

»A propósito. Mi maestra dice que pronto sabré más que ella. L pronunciación es el caballo de batalla; pero ya me soltaré, no te apures, qu esta lengüecita mía hace todo lo que quiero. Y ahora, allá van los golpes d incensario que me echo a mí misma. ¡Qué modesta es la nena! Pues señor sabrás que domino la Gramática, que me bebo el Diccionario, que mi memori es prodigiosa, lo mismo que mi entendimiento (no, si no lo digo yo; lo dice *l seña* Malvina.) Esta no se anda en bromas, y sostiene que conmigo hay qu empezar por el fin. De manos a boca nos hemos *ponido* a leer a *Do Guillermo*, al inmenso poeta, *el que más ha creado después de Dios*, com dijo Séneca..., no, no, Alejandro Dumas. Doña Malvina se sabe de memoria e Glosario, y conoce al dedillo el texto de todos los dramas y comedias. Me di a escoger, y elegí el *Macbeth*, porque aquella señora de Macbeth me ha sid siempre muy simpática. Es mi amiga... En fin, que le metimos el diente a l tragedia. Las brujitas me han *dicido* que seré reina... y yo me lo creo. Pero e fin, ello es que estamos traduciendo. ¡Ay, hijo, aquella exclamación de *la seña* Macbeth, cuando grita al cielo con toda su alma *unsex me here*, me hac estremecer, y despierta no sé qué terribles emociones en lo más profundo d mi naturaleza! Como no perteneces a las *clases ilustradas*, no entenderás l que aquello quiere decir, ni yo te lo explico, porque sería como echa margaritas a... No, eres mi cielo, mi infierno, mi polo *maznético*, y hacia t marca siempre tu brújula, tu chacha querida, tu... *Lady Restitute*.»

Jueves 14.

«¡Ay! no te había dicho nada. El gran D. Lope, *terror de las familias*, est conmigo como un merengue. El reuma sigue mortificándole, pero siempr tiene para mí palabras de cariño y dulzura. Ahora le da por llamarme su hija por recrear su espíritu (así lo dice) llamándose mi papá, y por figurarse que l es. *E se non piangi, ¿de che pianger suoli?* Se arrepiente de no haberm comprendido, de no haber cultivado mi inteligencia. Maldice su abandono.. Pero aún es tiempo; aún podremos ganar el terreno perdido. Porque yo teng una profesión que me permita ser honradamente libre, venderá él la camisa, s necesario fuese. Ha empezado por traerme un carro de libros, pues en cas jamás los hubo. Son de la biblioteca de su amigo el marqués de Cícero Excuso decirte que he caído sobre ellos como lobo hambriento, y a este quiero a este no quiero, heme dado unos atracones que ya, ya... ¡Dios mío, cuánt *sabo*! En ocho días he tragado más páginas que lentejas dan por mil duros. S vieras mi cerebrito por dentro, te asustarías. Allí andan las ideas a bofetad limpia unas con otras... Me sobran muchas, y no sé con *cuálas* quedarme... Y lo mismo le hinco el diente a un tomo de historia que a un tratado de filosofía ¿A que no sabes tú lo que son las mónadas del señor de Leibnitz? Tonto ¿crees que digo *monadas*? Para monadas las tuyas, dirás, y con razón. Pues s tropiezo con un libro de medicina, no creas que le hago *fu*. Yo con tod apenco. Quiero saber, saber, saber. Por cierto que... No, no te lo digo. Otro dí será. Es muy tarde: he velado por escribirte; la *pálida antorcha* se extingue bien mío. Oigo el canto del gallo, *nuncio* del nuevo día, y ya el plácido beleñ por mis venas se derrama... Vamos, palurdo, confiesa que te ha hecho gracia l del beleño... En fin, que estoy rendida, y me voy al almo lecho... sí, señor, n me vuelvo atrás: almo, almo.»

XIX

De la misma al mismo:

«Monigote, ¿en qué consiste que cuanto más sé, y sé ya mucho, más t idolatro?... Ahora que estoy malita y triste, pienso más en ti... Curiosón, tod lo quieres saber. Lo que tengo no es nada, nada; pero me molesta. N hablemos de eso... Hay en mi cabeza un barullo tal, que no sé si esto es cabez o el manicomio donde están encerrados los grillos que han perdido la razó grillesca... ¡Un aturdimiento, un pensar y pensar siempre cosas mil, millone más bien, de cosas bonitas y feas, grandes y chicas! Lo más raro de cuanto m pasa es que se me ha borrado tu imagen: no veo claro tu lindo rostro; lo veo as como envuelto en una niebla, y no puedo precisar las facciones, ni hacerm cargo de la expresión, de la mirada. ¡Qué rabia!... A veces me parece que l neblina se despeja... abro mucho los ojitos de la imaginación, y me digo «Ahora, ahora le voy a ver.» Pero resulta que veo menos, que te oscurece más, que te borras completamente, y abur mi *señó Juan*. Te me vuelve espíritu puro, un ser intangible, un... no sé cómo decirlo. Cuando considero l pobreza de palabras, me dan ganas de inventar muchas, a fin de que tod pueda decirse. ¿Serás tú *mi-mito*?

»Pienso que todo eso que me dices de que estás hecho un ganso es po burlarte de mí. No, niño, eres un gran artista, y tienes en la mollera la divin luz; tú darás que hacer a la fama, y asombrarás al mundo con tu geni maravilloso. Quiero que se diga que Velázquez y Rafael eran unos pintapuerta comparados contigo. Lo tienen que decir. Tú me engañas: echándotelas d patán y de huevero y de *naranjista*, trabajas en silencio, y me preparas la gra sorpresa. ¡No son malos huevos los que tú empollas! Estás preparando co estudios parciales el gran cuadro que era tu ilusión y la mía, el *Embarque d los moriscos expulsados*, para el cual apuntaste ya algunas figuras. Hazlo, po Dios, trabaja en eso. ¡Asunto histórico, profundamente humano y patético! N

vaciles, y déjate de gallinas y vulgaridades estúpidas. ¡El arte! ¡La gloria, *seño Juanico*! Es la única rival de quien no tengo celos. Súbete a los cuernos de la luna, pues bien puedes hacerlo. Si hay otros que regarán las hortalizas mejo que tú, ¿por qué no intentas lo que nadie como tú hará? ¿No debe cada cua estar en lo suyo? Pues lo tuyo es eso, el divino arte, en que tan poco te falta para ser maestro. He dicho.»

Lunes.

«¿Te lo digo? No, no te lo digo. Te vas a asustar, creyendo que es más de lo que es. No, permíteme que no te diga nada. Ya estoy viendo los morros que me pones por este sistema mío de apuntar y no hacer fuego, diciendo las cosas con misterio y callándolas sin dejar de decirlas. Pues entérate, aguza el oído y escucha. ¡Ay, ay, ay! ¿No oyes cómo se queja tu *Beatricita*? ¿Crees que se queja de amor, que se arrulla como tus palomas? No, quéjase de dolor físico ¿Pensarás que estoy tísica pasada, como la *Dama de las camelias*? No, hijo mío. Es que D. Lope me ha pegado su reuma. Hombre, no te asustes; D. Lope no puede pegarme nada, porque... ya sabes... No hay caso. Pero se dan contagios intencionales. Quiero decir que mi tirano se ha vengado de mi desdenes, comunicándome por arte gitanesco o de mal de ojo la endiablada enfermedad que padece. Hace dos días, al levantarme de la cama, sentí un dolor tan agudo, pero tan agudo, hijo... No quiero decirte dónde: ya sabes que una señorita, inglesa por añadidura, *miss Restitute*, no puede nombrar decorosamente, delante de un hombre, otras partes del cuerpo que la cara y las manos. Pero, en fin, grandísimo poca vergüenza, yo tengo confianza contigo, y quiero decírtelo claro: me duele una pierna. ¡Ay, ay, ay! ¿Sabes dónde? Junto a la rodilla, do existe aquel lunar... ¡Vamos, que si esto no es confianza...! ¿No te parece cruel lo que hace Dios conmigo? ¡Que a ese perdulario le cargue de achaques en su vejez, como castigo de una juventud de crímenes contra la moral, muy santo y muy bueno; pero que a mí, jovenzuela que empiezo a pecar, que apenas..., y esto con circunstancias atenuantes, que a mí me aflija, a las primeras de cambio, con tan fiero castigo...! Ello será todo lo justo que se quiera, pero no lo entiendo. Verdad que somos unos papanatas. ¡No faltaba más sino que entendiéramos los designios, etc...! En fin, que los decretos del Altísimo me traen muy apenada. ¿Qué será esto? ¿No se me quitará pronto? Me desespero a ratos, y creo que no es Dios, que no es el Altísimo, sino el *Bajísimo* quien me ha traído este alifafe. El Demonio es mala persona y quiere vengarse de mí por lo que le hice rabiar. Poco antes de conocerte, m

desesperación anduvo en tratos con él; pero te conocí, y le mandé a freí espárragos. Me salvaste de caer en sus uñas. El maldito juró vengarse, y ya lo ves. ¡Ay, ay, ay! Tu *Restituta*, tu *Curra de Rímini* está cojita. No creas que e broma: no puedo andar... Me causa terror la idea de que, si estuvieras aquí, no podría yo ir a tu estudio. Aunque sí, iría, vaya si iría, arrastrándome. ¿Y tú me querrás cojitranca? ¿No te burlarás de mí? ¿No perderás la ilusión? Dime que no; dime que esta cojerilla es cosa pasajera. Vente para acá; quiero verte, me mortifica horriblemente esto de haber perdido la memoria de tu carátula. Me paso largos ratos de la noche figurándome cómo eres, sin poder conseguirlo ¿Y qué hace la niña? Reconstruirte a su manera, crearte con violencias de la imaginación. Ven pronto, y por el camino pídele a Dios, como yo se lo pido que cuando llegues no cojee ya tu *fenómena*.»

Martes.

«¡Albricias, *señó Juan*, hombre rústico y pedestre, destripaterrones, mor de los dátiles, albricias! Ya no me duele. Hoy no cojeo. ¡Qué alivio, qué alegrón! D. Lope celebra mi mejoría; pero se me figura a mí que en su fuero interno (un foro de muchas esquinas) siente que la esclava no claudique porque la cojera es como un grillete que la sujeta más a su malditísima persona... Tu carta me ha hecho reír mucho. Eso de no ver en mi enfermedad más que una luxación por los brincos que doy para escalar *de la inmortalidad el alto asiento*, tiene mucha sal. Lo que me aflige es que persistas en ser tan rebrutísimo y en apegarte a esas cominerías ramplonas. ¡Que la vida es corta y hay que gozar de ella! ¡Que el arte y la gloria no valen dos ochavos! No decía eso cuando nos conocimos, grandísimo tuno. ¡Que en vez de brincar, debo sentarme con muchísima pachorra en las losas calentitas de la vida doméstica ¡Hijo, si no puedo; si cada vez soy menos doméstica! Mientras más leccione le da Saturna, más torpe es la niña. Si esto es una falta grave, ten lástima de mí.

»¡Qué feliz soy! Primero: me dices tú que vendrás pronto. Segundo: ya no cojeo. Tercero..., no, lo tercero no te lo digo. Vamos, para que no te devane los sesos, allá va. Anoche estuve muy desvelada, y una idea mariposeaba en torno de mí, hasta que se me metió en la mollera, y allí se quedó; y hecho su nido, ya me tienes con mi plaga de ideítas que me están atormentando, y que te comunicaré incontinenti. Sabrás que ya he resuelto el temido problema. La esfinge de mi destino desplegó los marmóreos labios, y me dijo que para ser libre y honrada, para gozar de independencia y vivir de mí misma, debo se

actriz. Y yo he dicho que sí; lo apruebo, me siento actriz. Hasta ahora dudé d poseer las facultades del arte escénico; pero ya estoy segura de poseerlas. M lo dicen ellas mismas gritando dentro de mí. ¡Representar los afectos, la pasiones, fingir la vida! ¡Jesús, qué cosa más fácil! ¡Si yo sé sentir, no solo l que siento, sino lo que sentiría en los varios casos de la vida que pueda ocurrir! Con esto, y buena voz, y una figura que... vamos, no es maleja, teng todo lo que me basta.

»Ya, ya veo lo que me dices: que me faltará presencia de ánimo par soportar la mirada de un público, que me cortaré... Quítate, hombre, ¡qué he d turbarme yo! No tengo vergüenza, dicho sea en el mejor sentido. Te juro qu en este instante me encuentro con alientos para representar los más difícile dramas de pasión, las más delicadas comedias de gracia y coquetería. ¿Qué ¿Te burlas? ¿No me crees? Pues a probarlo. Que me saquen a la escena, verás quién es tu *Restituta*. Nada, hombre, que ya te convencerás, ya te irá convenciendo. ¿A ti qué te parece? Ya me figuro que no te gustará, que tendrá celos del teatro. Eso de que un galán me abrace, eso de que a un actorcill cualquiera tenga yo que hacerle mimos y decirle mil ternezas, te desagrada ¿verdad? Ni tiene maldita gracia que veinte mil majaderos se prenden de mí, me lleven ramos, y se crean autorizados para declararme la mar de pasione volcánicas. No, no seas tonto. Yo te quiero más que a mi vida. Pero hazme e favor de concederme que el arte escénico es un arte noble, de los pocos qu puede cultivar honradamente una mujer. Concédemelo, bruto, y también qu esa profesión me dará independencia, y que en ella sabré y podré quererte más siempre más, sobre todo si te decides a ser grande hombre. Hazme el favor d serlo, niño, y no te vea yo convertido en un terrateniente vulgar y oscuro. N me hables a mí de dulces tinieblas. Quiero luz, más luz, siempre más luz.»

Sábado.

«¡Ay, ay, ay! Mi gozo en un pozo. Estarás en ascuas, sin carta mía desde e martes. ¿Pero no sabes lo que me pasa? Me muero de pena... ¡Coja otra vez con dolores horribles! He pasado tres días crueles. La mejoría traidora de martes me engañó. El miércoles, después de una noche infernal, amanecí en u grito. D. Lope trajo al médico, un tal Miquis, joven y agradable. ¡Qu vergüenza! No tuve más remedio que enseñarle mi pierna. Vio el lunarcito ¡ay, ay, ay!, y me dijo no sé qué bromas para hacerme reír. Creo que s pronóstico no es muy tranquilizador, aunque don *Lepe* asegura lo contrario, si duda para animarme. Dios mío, ¿cómo voy a ser actriz con esta cojer

maldita? No puede ser, no puede ser. Estoy loca: no pienso más que horrores
Y todo ello ¿qué es? Nada; alrededor del lunarcito, una dureza..., y si me toco
veo las estrellas, lo mismo que si ando. Ese Miquis, que parta un rayo, me ha
mandado no sé qué ungüentos, y una venda sin fin, que Saturna me arrolla con
muchísimo cuidado... ¡Estoy bien, vive Dios! Tienes a tu *Beatrice* hecha una
cataplasma. Debo de estar feísima, ¡y qué facha!... Te escribo en el sillón, de
cual no puedo moverme. Saturna mantiene el tintero... ¿Y cómo te veo ahora s
vienes? No, no vengas hasta que esto se me quite. Yo le pido a Dios y a la
Virgen que me curen pronto. No he sido tan mala que este castigo merezca
¿Qué crimen he cometido? ¿Quererte? ¡Vaya un crimen! Como tengo esta
maldita costumbre de buscar siempre el *perché delle cose*, cavilo que Dios se
ha equivocado con respecto a mí. ¡Jesús, qué blasfemia! No, ¡cuando Él lo
hace...! Sufriremos; venga paciencia, aunque francamente, esto de no poder se
actriz me vuelve loca y me hace tirar a un lado toda la paciencia que había
podido reunir... ¿Pero y si me curo?... Porque esto se curará, y no cojearé, o
cojearé tan poquito que lo pueda disimular.

»Vamos, que si ahora no tienes lástima de mí, no sé para cuándo la guardas
Y si ahora no me quieres más, más, más, mereces que el *Bajísimo* te coja por
su cuenta y te saque los ojos. ¡Soy tan desgraciada!... No sé si por la congoja
que siento o efecto de la enfermedad, ello es que todas las ideas se me han
escapado, como si se echaran a volar. Volverán, ¿no crees tú que volverán? Y
me pongo a pensar y digo: pero, Señor, todo lo que leí, todo lo que aprendí en
tantos librotes, ¿dónde está? Debe de andar revoloteando en torno de mi
cabeza, como revolotean los pajaritos alrededor del árbol antes de acostarse, y
ya entrarán, ya entrará todo otra vez. Es que estoy muy triste, muy
desalentada, y la idea de andar con muletas me abruma. No, yo no quiero ser
coja. Antes...

»Malvina, por distraerme, me propone que la emprendamos con el alemán
La he mandado a paseo. No quiero alemán, no quiero lenguas, no quiero más
que salud, aunque sea más tonta que un cerrojo. ¿Me querrás tú cojita? ¡No, si
me curaré...! ¡Pues no faltaba más! Si no, sería una injusticia muy grande, una
barbaridad de la Providencia, del Altísimo, del... no sé qué decir. Me vuelve
loca. Necesito llorar, pasarme todo el día llorando...; pero estoy rabiosa, y con
rabia no puedo llorar. Tengo odio a todo el género humano, menos a ti.
Quisiera que ahorcaran a doña Malvina, que fusilaran a Saturna, que a D. Lope
le azotaran públicamente, paseándole en un burro, y después le quemaran
vivo. Estoy atroz, no sé lo que pienso, no sé lo que digo...»

XX

Al caer de la tarde, en uno de los últimos días de enero, entró en su casa D Lope Garrido, melancólico y taciturno; como hombre sobre cuyo ánimo pesa gravísimas tristezas y cuidados. En pocos meses, la vejez había ganado en s persona el terreno que supieron defender la presunción y el animoso espírit de sus años maduros; inclinábase hacia la tierra; su noble semblante tomaba u color terroso y sombrío; las canas iban prosperando en su cabeza, y par completar la estampa del decaimiento, hasta en el vestir se marcaba cier negligencia, más lastimosa que el *bajón* de la persona. Y las costumbres no s quedaban atrás en este cambiazo, porque don Lope apenas salía de noche, y e día se lo pasaba casi enteramente en casa. Bien se comprendía el motivo d tanto estrago, porque, habrá que repetirlo, fuera de su absoluta ceguera mora en cosas de amor, el libertino inservible era hombre de buenos sentimientos, no podía ver padecer a las personas de su intimidad. Cierto que él hab deshonrado a Tristana, matándola para la sociedad y el matrimonio, holland su fresca juventud; pero lo cortés no quitaba lo valiente; la quería co entrañable afecto, y se acongojaba de verla enferma y con pocas esperanzas d pronto remedio. Era cosa larga, ¡ay!, según dijo Miquis en la primera visita sin asegurar que quedase bien, es decir, libre de cojera.

Entró, pues, D. Lope, y soltando la capa en el recibimiento, se fue derechit al cuarto de su esclava. ¡Cuán desmejorada la pobrecilla con la inacción, co la pena moral y física de su dolorosa enfermedad! Encajada y quieta en u sillón de resortes que su viejo le compró, y que se extendía para dormi cuando la necesidad de sueño la agobiaba; envuelta en un mantón de cuadros las manos en cruz y la cabeza al aire, Tristana no era ya ni sombra de s misma. Su palidez a nada puede compararse; la pasta de papel de que su lind rostro parecía formado era ya de una diafanidad y de una blancura increíbles sus labios se habían vuelto morados; la tristeza y el continuo llorar rodeaba sus ojos de un cerco de transparencias opalinas.

—¿Qué tal, mona? —le dijo D. Lope acariciándole la barbilla, y sentándose a su lado—. Mejor, ¿verdad? Me ha dicho Miquis que ahora vas bien, y que el mucho dolor es señal de mejoría. Claro, ya no tienes aquel dolor sordo profundo, ¿verdad? Ahora te duele, te duele de firme; pero como una desolladura..., eso es. Precisamente es lo que se quiere: que te duela. La hinchazón va cediendo. Ahora... niña (*sacando una cajita de farmacia*), vas a tomar esto. No sabe mal: dos pildoritas cada tres horas. En cuanto a medicamento externo, dice D. Augusto que sigamos con lo mismo. Conque anímate, que dentro de un mes ya podrás brincar y hasta bailar una malagueñas.

—¡Dentro de un mes! ¡Ay!, yo apuesto a que no. Dices eso por consolarme. Lo agradezco; pero ¡ay!... Ya no brincaré más.

El tono de hondísima tristeza con que lo dijo enterneció a D. Lope, hombre valiente y de mucho corazón para otras cosas; pero que no servía para nada delante de un enfermo. El dolor físico en persona de su intimidad le ponía corazón de niño.

—Ea, no hay que acobardarse. Yo tengo confianza; tenla tú también. ¿Quieres más libros para distraerte? ¿Quieres dibujar? Pide por esa boca. ¿Tráigote comedias para que vayas estudiando tus papeles? (*Tristana hacía signos negativos de cabeza.*) Bueno, pues te traeré novelas bonitas, o libros de historia. Ya que has empezado a llenar tu cabeza de sabiduría, no te quedes a la mitad. A mí me da el corazón que has de ser una mujer extraordinaria. ¡Y yo tan bruto que no comprendí desde el principio tus grandes facultades! No me lo perdonaré nunca.

—Todo perdonado —murmuró Tristana con señales de profundo aburrimiento.

—Y ahora, ¿comemos? ¿Tienes ganita? ¿Que no? Pues hija, hay que hacer un esfuerzo. Ya que no otra cosa, el caldo y la copita de Jerez. ¿Te chuparía una patita de gallina? ¿Que no? Pues no insisto... Ahora, si la egregia Saturna quiere darme algún alimento, se lo agradeceré. No tengo muchas ganas; pero me siento desfallecido, y algo hay que echar al cuerpo miserable.

Fuese al comedor, y sin enterarse del contenido de los platos, pues sus pensamientos le abstraían completamente de todo lo externo, despachó sopa, un poco de carne y algo más. Con el último bocado entre los dientes volvió al lado de Tristana.

—¿Qué tal?..., ¿has tomado el caldito? Bien, me gusta que no hagas ascos a la comida. Ahora te daré tertulia hasta que te entre sueño. No salgo, por acompañarte... No, no te lo digo para que me lo agradezcas. Ya sé que en otro

tiempos debí hacerlo y no lo hice. Es tarde, es tarde ya, y estos mimos resulta algo trasnochados. Pero no hablemos de eso; no me abochornes... Si t incomodo, me lo dices; si gustas de estar sola, me voy a mi cuarto.

—No, no. Estate aquí. Cuando me quedo sola pienso cosas malas.

—¿Cosas malas, vida mía? No desbarres. Tú no te has hecho cargo de l mucho bueno y grande que te reserva tu destino. Un poquillo tarde h comprendido tu mérito; pero lo comprendo al fin. Reconozco que no soy digno ni del honor de darte mis consejos; pero te los doy, y tú los tomas o los dejas según te acomode.

No era la primera vez que D. Lope le hablaba en este tono; y la señorita d Reluz, dicha sea la verdad, le oía gozosa, porque el marrullero galán sabí herirla en lo más sensible de su ser, adulando sus gustos y estimulando s soñadora fantasía. Hay que advertir, además, que algunos días antes de l escena que se refiere, el tirano dio a su víctima pruebas de increíble tolerancia Escribía ella sus cartas sin moverse del sillón, sobre una tabla que para el cas le había preparado convenientemente Saturna. Una mañana, hallándose l joven en lo más recio de su ocupación epistolar, entró inesperadamente do Lope, y como la viese esconder con precipitación papel y tintero, díjole co bondad risueña:

—No, no, mocosa, no te prives de escribir tus cartitas. Me voy para n estorbarte.

Pasmada oyó Tristana las gallardas expresiones que desmentían en u punto el carácter receloso y egoísta del viejo galán, y continuó escribiendo ta tranquila. En tanto, D. *Lepe*, metido en su cuarto, y a solas con su conciencia se despachó a su gusto consigo mismo en esta forma: «No, no puedo hacerl más desgraciada de lo que es... ¡Me da mucha pena, pero mucha pena... pobrecilla...! Que en esta última temporada, hallándose sola, aburrida encontrara por ahí a un mequetrefe y que este me la trastornara con cuatr palabras amorosas... Vamos..., pase... No quiero hacer a ese danzante el hono de preocuparme de él... Bueno, bueno; que se aman, que se han hecho mi promesas estúpidas... Los jóvenes de hoy no saben enamorar; pero fácilment le llenan la cabeza de viento a muchacha tan soñadora y exaltada como esta De fijo que le ha ofrecido casarse, y ella se lo cree... Bien claro está que van y vienen cartitas... ¡Dios mío, las tonterías que se dirán...! Como si las leyera. Y matrimonio por arriba, matrimonio por abajo, el estribillo de siempre. Tant imbecilidad me movería a risa, si no se tratara de esta niña hechicera, m último trofeo, y como el último, el más caro a mi corazón. ¡Vive Dios, que s estúpidamente me la dejé quitar, ha de volver a mí; no para nada malo, bien l

sabe Dios, pues ya estoy mandado recoger, sino para tener el gusto d arrancársela al chisgarabís, quien quiera que sea, que me la birló, y probar qu cuando el gran D. Lope se atufa, nadie puede con él! La querré como hija, l defenderé contra todos, contra las formas y especies varias de amor, ya sea co matrimonio, ya sin él... Y ahora, ¡por vida de...!, ahora me da la gana de ser s padre, y de guardarla para mí solo, para mí solo, pues aún pienso vivir mucho años, y si no me cuadra retenerla como mujer, la retendré como hija querida pero que nadie la toque, ¡vive Dios!, nadie la mire siquiera.»

El profundo egoísmo que estas ideas entrañaban fue expresado por el viej galán con un resoplido de león, accidente muy suyo en los casos críticos de s vida. Fuese luego junto a Tristana, y con mansedumbre que parecía surgir d su ánimo sin ningún esfuerzo, le acarició las mejillas diciéndole:

—Pobre alma mía, cálmate. Ha llegado la hora de la suprema indulgencia Necesitas un padre amoroso y lo tendrás en mí... Sé que has claudicad moralmente, antes de cojear con tu piernecita... No, no te apures, no te riño.. Mía es la culpa; sí, a mí, solo a mí, debo echarme los tiempos por ese devane tuyo, resultado de mi abandono, del olvido... Eres joven, bonita. ¿Qué extrañ es que cuantos monigotes te ven en la calle te galanteen? ¿Qué extraño qu entre tantos haya saltado uno, menos malo que los demás, y que te haya caíd en gracia..., y que creas en sus promesas tontas, y te lances con él proyectillos de felicidad, que pronto se te vuelven humo...? Ea, no hablemo más de eso. Te lo perdono... Absolución total. Ya ves... quiero ser tu padre, empiezo por...

Trémula, recelosa de que tales expresiones fueran astuto ardid par reducirla a confesar su secreto, y sintiendo más que nunca el misterios despotismo que D. Lope ejercía sobre ella, la cautiva negó, balbuciend excusas; pero el tirano, con increíble condescendencia, redobló sus ternuras mimos paternales en estos términos:

—Es inútil que niegues lo que declara tu turbación. No sé nada, y lo s todo. Ignoro y adivino. El corazón de la mujer no tiene secretos para mí. H visto mucho mundo. Ni te pregunto quién es el caballerito, ni me import saberlo. Conozco la historia, que es de las más viejas, de las más adocenadas vulgares del humano repertorio. El tal te habrá vuelto tarumba con esa ilusió cursi del matrimonio, buena para horteras y gente menuda. Te habrá hablad del altarito, de las bendiciones, y de la vida chabacana y oscura, con sop boba, criaturitas, ovillito de algodón, brasero, camilla y demás imbecilidades Y si tú te tragas semejante anzuelo, haz cuenta que te pierdes, que echas rodar tu porvenir y le das una bofetada a tu destino...

—¡Mi destino! —exclamó Tristana, reanimándose; y sus ojos se llenaron de luz.

—Tu destino, sí. Has nacido para algo muy grande, que no podemos precisar aún. El matrimonio te zambulliría en la vulgaridad. Tú no puedes ni debes ser de nadie, sino de ti misma. Esa idea tuya de la honradez libre consagrada a una profesión noble; esa idea que yo no supe apreciar antes y que al fin me ha conquistado, demuestra la profunda lógica de tu vocación, de tu ambición diré, si quieres. Ambicionas porque vales. Si tu voluntad se dilata, es porque tu entendimiento no cabe en ti.... ¡Si esto no tiene vuelta de hoja, niña querida! (*Adoptando el tonillo zumbón.*) ¡Vaya que a una mujer de tu temple salirle con la monserga de las tijeras y el dedalito, de la echadura de huevos, del amor de la lumbre, y del contigo pan y cebolla! Mucho cuidado, hija mía, mucho cuidado con esas seducciones para costureras y señoritas de medio pelo.... Porque te pondrás buena de la pierna, y serás una actriz tan extraordinaria, que no haya otra en el mundo. Y si no te cuadra ser comedianta, serás otra cosa, lo que quieras, lo que se te antoje... Yo no lo sé... tú misma lo ignoras aún; no sabemos más sino que tienes alas. ¿Hacia dónde volarás? ¡Ah!... si lo supiéramos, penetraríamos los misterios del destino, y eso no puede ser.

XXI

«¡Ay, Dios mío —decía Tristana para sí, cruzando las manos y mirand fijamente a su viejo—, cuánto sabe este maldito! Él es un pillastre redomado sin conciencia; pero como saber... ¡vaya si sabe...!»

—¿Estás conforme con lo que te digo, pichona? —le preguntó D. *Lepe* besando sus manos, sin disimular la alegría que le causaba el sentimient íntimo de su victoria.

—Te diré... sí... Yo creo que no sirvo para lo doméstico; vamos, que n puedo entender... Pero no sé, no sé si las cosas que sueño se realizarán...

—¡Ay, yo lo veo tan claro como esta es luz! —replicó Garrido, con e acento de honrada convicción que sabía tomar en sus fórmulas de perjurio— Créeme a mí... Un padre no engaña, y yo, arrepentido del daño que te hice quiero ser padre para ti, y nada más que padre.

Siguieron hablando de lo mismo, y D. Lope, con suma habilida estratégica, evolucionó para ganarle al enemigo sus posiciones, y allí fue e ridiculizar la vida boba, la unión eterna con un ser vulgar y las prosas de l intimidad matrimoñesca.

Al propio tiempo que estas ideas lisonjeaban a la señorita, servíanle d lenitivo en su grave dolencia. Se sintió mejor aquella tarde, y al quedarse sol con Saturna, antes de que esta la acostara, tuvo momentos de ideal alborozo con las ambiciones más despiertas que nunca, y gozándose en la idea de verla realizadas.

—Sí, sí, ¿por qué no he de ser actriz? Si no, seré lo que quiera... Viviré co holgura decorosa, sin ligarme eternamente a nadie, ni al hombre que amo amaré siempre. Le querré más cuanto más libre sea.

Ayudada de Saturna, se acostó, después que esta le hubo curado con esmer exquisito la rodilla enferma, renovándole los vendajes. Intranquila pasó l noche; pero se consolaba con los efluvios de su imaginación ardorosa, y con l idea de pronto restablecimiento. Aguardaba con ansia el día para escribir

Horacio, y al amanecer, antes de que se levantara D. Lope, enjaretó una larga y nerviosa epístola.

«Amor mío, paletito mío, *mio diletto*, sigo mal; pero estoy contenta. Mira tú qué cosa tan rara... ¡Ay, quién me entenderá a mí, si yo misma no me entiendo! Estoy alegre, sí, y llena de esperanzas, que se me cuelan en el alma cuando menos las llamo. Dios es bueno y me manda estas alegrías, sin duda porque me las merezco. Se me antoja que me curaré, aunque no mejore; pero se me antoja, y basta. Me da por pensar que se cumplirán mis deseos, que seré actriz del género trágico, que podré adorarte desde el castillo de mi independencia comiquil. Nos querremos de castillo a castillo, dueños absolutos de nuestras respectivas voluntades, tú libre, libre yo, y tan señora como la que más, con dominios propios, y sin vida común, ni sagrado vínculo ni sopas de ajo, ni nada de eso.

»No me hables a mí del altarito, porque te me empequeñeces tanto que no te veo de tan chiquitín como te vuelves. Esto será un delirio; pero nací para delirante crónica, y soy... como la carne de oveja: se me toma o se me deja. No, dejarme no: te retengo, te amarro, pues mis locuras necesitan de tu amor para convertirse en razón. Sin ti, me volvería tonta, que es lo peor que me podría pasar.

»Y yo no quiero ser tonta, ni que lo seas tú. Yo te engrandezco con mi imaginación cuando quieres achicarte, y te vuelvo bonito cuando te empeñas en ponerte feo, abandonando tu arte sublime para cultivar rábanos y calabazas. No te opongas a mi deseo, no desvanezcas mi ilusión; te quiero grande hombre, y me saldré con la mía. Lo siento, lo veo... no puede ser de otra manera. Mi voz interior se entretiene describiéndome las perfecciones de tu ser... No me niegues que eres como te sueño. Déjame a mí que te fabrique... no, no es esa la palabra; que te componga... tampoco... que te reconstruya... tampoco... Déjame que te piense conforme a mi real gana. Soy feliz así, déjame, déjame.»

Siguieron a esta carta otras, en que la imaginación de la pobre enferma se lanzaba sin freno a los espacios de lo ideal, recorriéndolos como corcel desbocado, buscando el imposible fin de lo infinito, sin sentir fatiga en su loca y gallarda carrera.

Véase el género:

«Mi señor, ¿cómo eres? Mientras más te adoro, más olvido tu fisonomía pero te invento otra a mi gusto, según mis ideas, según las perfecciones de qu quiero ver adornada tu sublime persona. ¿Quieres que te hable un poquito d mí? ¡Ay, padezco mucho! Creí que mejoraba; pero no, no quiere Dios. Él sabr por qué. Tu bello ideal, tu Tristanita podrá ser, andando el tiempo, un celebridad; pero yo te aseguro que no será bailarina... ¡Lo que es eso...! M piernecita se opondría. Y también voy creyendo que no será actriz, por l misma razón. Estoy furiosa... cada día peor, con sufrimientos horribles. ¡Qu médicos estos! No entienden una palabra del arte de curar... Nunca creí que e el destino de las personas influyera tanto cosa tan insignificante como es un pierna, una triste pierna, que solo sirve para andar. El cerebro, el corazón, cre yo que mandarían siempre; pero ahora, una estúpida rodilla se ha erigido e tirana, y aquellos nobles órganos la obedecen... Quiero decir, no la obedecen ni le hacen maldito caso; pero sufren un absurdo despotismo, que confío ser pasajero. Es como si se sublevara la soldadesca... Al fin, al fin, la canall tendrá que someterse.

»Y tú, mi rey querido, ¿qué dices? Si no fuera porque tu amor me sostiene ya habría yo sucumbido ante la sedición de esta pata que se me quiere subir la cabeza. Pero no, no me acobardo, y pienso las cosas atrevidas que h pensado siempre... no, que pienso más, mucho más, y subo, subo siempre. Mi aspiraciones son ahora más acentuadas que nunca; mi ambición, si así quiere llamarla, se desata y brinca como una loca. Créelo, tú y yo hemos de hace algo grande en el mundo. ¿No aciertas cómo? Pues yo no puedo explicártelo pero lo sé. Me lo dice mi corazón, que todo lo sabe, que no me ha engañad nunca, ni puede engañarme. Tú mismo no te formas una idea clara de lo qu eres y de lo que vales. ¿Será preciso que yo te descubra a ti mismo? Mírate e mí, que soy tu espejo, y te verás en el supremo Tabor de la glorificació artística. Estoy segura de que no te ríes de lo que digo, como segura estoy d que eres tal y como te pienso, la suma perfección moral y física. En ti no ha defectos, ni puede haberlos, aunque los ojos del vulgo los vean. Conócete; ha caso de mí; entrégate sin recelo a quien te conoce mejor que tú mismo... N puedo seguir... Me duele horriblemente... ¡Que un hueso, un miserable hues nos...!»

Jueves.

«¡Qué día ayer, y qué noche! Pero no me acobardo. El espíritu se me crec con los sufrimientos. ¿Creerás una cosa? Anoche, cuando el pícaro dolor m

daba algunos ratitos de descanso, me volvía todo el saber que leyendo adquirí y que se me había como desvanecido y evaporado. Entraban las ideas una tra otra, atropellándose, y la memoria, una vez que las cogía dentro, ¡zas! cerrab la puerta para no dejarlas salir. No te asombres; no solo sé todo lo que sabía, s no que sé más, muchísimo más. Con las ideas de casa, han entrado otra nuevas, desconocidas. Debo yo de tener un *ideón*, palomo ladrón, que al sali por esos aires, seduce cuantas ideítas encuentra, y me las trae. Sé más, much más que antes. Lo sé todo... no; esto es mucho decir... Hoy me he sentido mu aliviada, y me dedico a pensar en ti. ¡Qué bueno eres! Tu inteligencia n conoce igual; para tu genio artístico no hay dificultades. Te quiero con má alma que nunca, porque respetas mi libertad, porque no me amarras a la pat de una silla ni a la pata de una mesa con el cordel del matrimonio. Mi pasió reclama libertad. Sin ese campo no podría vivir. Necesito comerme libremen la hierba, que crecerá más arrancada del suelo por mis dientes. No se hizo par mí el establo. Necesito la pradera sin término.»

En sus últimas cartas, ya Tristana olvidaba el vocabulario de que solía ambos hacer alarde ingenioso en sus íntimas expansiones habladas o escritas Ya no volvió a usar el *señó Juan* ni la *Paca de Rímini*, ni los terminachos licencias gramaticales que eran la sal de su picante estilo. Todo ello se borró d su memoria, como se fue desvaneciendo la persona misma de Horacio sustituida por un ser ideal, obra temeraria de su pensamiento, ser en quien s cifraban todas las bellezas visibles e invisibles. Su corazón se inflamó en u cariñazo que bien podría llamarse místico, por lo incorpóreo y puramen soñado del ser que tales afectos movía. El Horacio nuevo e intangibl parecíase un poco al verdadero, pero nada más que un poco. De aquel bonit fantasma iba haciendo Tristana la verdad elemental de su existencia, pues sol vivía para él, sin caer en la cuenta de que tributaba culto a un Dios de s propia cosecha. Y este culto se expresaba en cartas centellantes, trazadas co trémula mano, entre las alternadas excitaciones del insomnio y la fiebre, y qu solo por mecánica costumbre eran dirigidas a Villajoyosa, pues en realida debían expedirse por la estafeta del ensueño hacia la estación de los espacio imaginarios.

Miércoles.

«Maestro y señor, mis dolores me llevan a ti, como me llevarían mi alegrías si algunas tuviera. Dolor y gozo son un mismo impulso para volar..

cuando se tienen alas. En medio de las desgracias con que me aflige, Dios m
hace el inmenso bien de concederme tu amor. ¿Qué importa el dolor físico
Nada. Lo soportaré con resignación, siempre que... tú no me duelas. ¡Y no m
digan que estás lejos! Yo te traigo a mi lado, te siento junto a mí y te veo y t
toco; tengo bastante poder de imaginación para suprimir la distancia, y
contraer el tiempo conforme se me antoja.»

Jueves.

«Aunque no me lo digas, sé que eres como debes ser. Lo siento en mí. Tu
inteligencia sin par, tu genio artístico, lanzan sus chispazos dentro de m
propio cerebro. Tu sentimiento elevadísimo del bien, en mi propio corazó
parece que ha hecho su nido... ¡Ay, para que veas la virtud del espíritu
Cuando pienso mucho en ti, se me quita el dolor. Eres mi medicina, o al meno
un anestésico que mi doctor no entiende. ¡Si vieras...! Miquis se pasma de m
serenidad. Sabe que te adoro; pero no conoce lo que vales, ni que eres e
pedacito más selecto de la divinidad. Si lo supiera, sería parco en receta
calmantes, menos activos que la idea de ti... He metido en un puño el dolo
porque necesitaba reposo para escribirte. Con mi fuerza de voluntad, que e
enorme, y con el poder del pensamiento, consigo algunas treguas. Llévese e
Demonio la pierna. Que me la corten. Para nada la necesito. Ta
espiritualmente te amaré con una pierna como con dos..., como sin ninguna.»

Viernes.

«No me hace falta ver los primores de tu arte maravilloso. Me los figur
como si delante de mis ojos los tuviera. La Naturaleza no tiene secretos para ti
Más que tu maestra es tu amiga. De sopetón se introduce en tus obras, sin qu
tú lo solicites, y tus miradas la clavan en el lienzo antes que los pinceles
Cuando yo me ponga buena, haré lo mismo. Me rebulle aquí dentro l
seguridad de que lo he de hacer. Trabajaremos juntos, porque ya no podré se
actriz; voy viendo que es imposible... ¡Pero lo que es pintora...! No hay quie
me lo quite de la cabeza. Tres o cuatro lecciones tuyas me bastarán para segui
tus huellas, siempre a distancia, se entiende... ¿Me enseñarás? Sí, porque t
grandeza de alma corre parejas con tu entendimiento, y eres el sumo bien, l
absoluta bondad, como eres... aunque no quieras confesarlo, la suprem
belleza.»

XXII

El efecto que estas deshilvanadas y sutiles razones hacían en Horacio fácilmente se comprenderá. Viose convertido en ser ideal, y a cada carta que recibía, entrábanle dudas acerca de su propia personalidad, llegando a extremo increíble de preguntarse si era él como era, o como le pintaba con su indómita pluma la visionaria niña de D. *Lepe*. Pero su inquietud y confusión no le impidieron ver el peligro tras ellas oculto, y empezó a creer que *Paquita de Rímini* más padecía de la cabeza que de las extremidades. Asaltado de ideas pesimistas, y lleno de zozobra y cavilaciones, resolvió marchar a Madrid, y ya tenía dispuesto todo para el viaje, a últimos de febrero, cuando un repentino ataque de hemoptisis de doña Trinidad le encadenó a Villajoyosa en tan mala ocasión.

En los mismos días de esta ocurrencia, pasaban en Madrid y en casa de D. Lope cosas de extraordinaria gravedad, que deben ser puntualmente referidas. Tristana empeoró tanto, que nada pudo su fuerza de voluntad contra el dolor intensísimo, acompañado de fiebre, vómitos y malestar general. Desesperado y aturdido, sin la presencia de ánimo que requería el caso, D. Lope creía conjurar el peligro clamando al Cielo, ya con acento de piedad, ya con amenazas y blasfemias. Su irreflexivo temor le hacía ver la salvación de la enferma en los cambios de tratamiento: despedido Miquis, hubo que llamarle otra vez, porque su sucesor era de los que todo lo curan con sanguijuelas, y esta medicación, si al principio determinó algún alivio, luego aniquiló las cortas fuerzas de la paciente.

Alegrose Tristana de la vuelta de Miquis, porque le inspiraba simpatía y confianza, levantándole el espíritu con el poder terapéutico de su afabilidad. Los calmantes enérgicos le devolvieron por algunas horas cada día la virtud preciosa de consolarse con su propia imaginación, de olvidar el peligro pensando en bienes imaginarios y en glorias remotísimas. Aprovechó los momentos de sedación para escribir algunas cartas breves, compendiosas, que

el mismo D. Lope, sin hacer ya misterio de su indulgencia, se encargaba d echar al correo.

—Basta de tapujos, niña mía —le dijo con alardes de confianza paterna— Para mí no hay secretos. Y si tus cartitas te consuelan, yo no te riño, ni m opongo a que las escribas. Nadie te comprende como yo, y el mismo que tien la dicha de leer tus garabatos no está a la altura de ellos, ni merece tanto hono En fin, ya te irás convenciendo... Entretanto, muñeca de mi vida, escribe tod lo que quieras, y si algún día no tuvieras ganas de manejar la pluma, díctame y seré tu secretario. Ya ves la importancia que doy a ese juego infantil... ¡Cosa de chiquillos, que comprendo perfectamente, porque yo también he tenid veinte años, yo también he sido tonto, y a cuanta niña me caía por delante l llamaba *mi bello ideal*, y le ofrecía mi blanquísima mano...

Terminaba estas bromas con una risita no muy sincera, que inútilment quería comunicar a Tristana, y al fin él solo reía sus propios chistes disimulando la terrible procesión que por dentro le andaba.

Augusto Miquis iba tres veces al día, y aún no estaba contento D. Lope decidido a emplear todos los recursos de la ciencia médica para sanar a s muñeca infeliz. En aquel caso no se contentaba con dar la camisa, pues la pie misma le hubiera parecido corto sacrificio para objeto tan grande.

—Si mis recursos se acaban por completo —decía—, lo que no e imposible al paso que vamos, haré lo que siempre me repugnó, y me repugna daré sablazos, me rebajaré a pedir auxilio a mis parientes de Jaén, que es par mí el colmo de la humillación y de la vergüenza. Mi dignidad no vale un pit ante la tremenda desgracia que me desgarra el corazón, este corazón que era d bronce y ahora es pura manteca. ¡Quién me lo había de decir! Nada m afectaba, y los sentimientos de toda la humanidad me importaban un ardite.. Pues ahora, la piernecita de esta pobre mujer me parece a mí que nos va a trae el desequilibrio del Universo. Creo que hasta el momento presente no h conocido cuánto la quiero, ¡pobrecilla! Es el amor de mi vida, y no consient perderla por nada de este mundo. A Dios mismo, a la muerte se la disputaré Reconozco en mí un egoísmo capaz de mover las montañas, un egoísmo qu no vacilo en llamar santo, porque me lleva a la reforma de mi carácter y d todo mi ser. Por él abomino de mis aventuras, de mis escándalos; por él m consagraré, si Dios me concede lo que le pido, al bien y a la dicha de esta si par mujer, que no es mujer, sino un ángel de sabiduría y de gracia. ¡Y yo l tuve en mis manos y no supe entenderla! Confiesa y declara, Lope amigo, qu eres un zote, que solo la vida instruye, y que la ciencia verdadera no crece sin en los eriales de la vejez...

En su trastorno insano, tan pronto volvía los ojos a la medicina como a charlatanismo. Una mañana le llevó Saturna el cuento de que cierta curandera establecida en Tetuán, y cuya fama y prestigio llegaban por acá hasta Cuatro Caminos y por allá hasta los mismos muros de Fuencarral, curaba los tumores blancos con la aplicación de las llamadas *hierbas calleras*. Oírlo D. Lope y mandar que viniera la que tales prodigios hacía, fue todo uno, y poco le importaba que D. Augusto pusiese mala cara. Descolgose la comadre con un pronóstico muy risueño, y aseguró que aquello era cosa de días. Revivió en D. *Lepe* la esperanza; hízose cuanto la vieja dispuso; enterose Miquis aquella misma tarde y no se enojó, dando a entender que el emplasto de la profesora libre de Tetuán no produciría daño ni provecho a la enferma. Maldijo D. Lope a todas las charlatanas habidas y por haber, mandándolas que se fueran con cien mil pares de demonios, y se restablecieron los planes y estilos de la ciencia.

Pasó Tristana una noche infernal, con violentos accesos de fiebre entrecortados de intensísimo frío en la espalda. Garrido, a quien se podía ahorcar con un cabello, no tuvo más que ver la cara del doctor, en su visita matutina, para comprender que el mal entraba en un período de gravedad crítica, pues aunque el bueno de Augusto sabía disfrazar ante los enfermos su impresión diagnóstica, aquel día pudo más la pena que el disimulo. La misma Tristana se le adelantó, diciendo con aparente serenidad:

—Comprendido, doctor... Esta... no la cuento. No me importa. La muerte me gusta; se me está haciendo simpática. Tanto padecer va consumiendo las ganas de vivir... Hasta anoche, figurábaseme que el vivir es algo bonito... a veces... Pero ya me encariño con la idea de que lo más gracioso es morirse... no sentir dolor... ¡Qué delicia, qué gusto!...

Echose a llorar, y el bravo D. *Lepe* necesitó evocar todo su coraje para no hacer pucheros.

Después de consolar a la enferma con cuatro mentiras muy bien tramadas encerrose Miquis con D. Lope en el cuarto de este, dejándose en la puerta su bromas y la máscara de amabilidad caritativa, y le habló con la solemnidad propia del caso.

—Amigo D. Lope —dijo, poniendo sus dos manos sobre los hombros del caballero, que parecía más muerto que vivo—, hemos llegado a lo que yo me temía. Tristanita muy grave. A un hombre como usted, valiente y de espíritu sereno, capaz de atemperarse a las circunstancias más angustiosas de la vida se le debe hablar con claridad.

—Sí —murmuró el caballero, haciéndose el valiente, y creyendo que e cielo se le venía encima, por lo cual, con movimiento instintivo, alzó la manos como para sostenerlo.

—Pues sí... La fiebre altísima, el frío en la médula, ¿sabe usted lo que es' Pues el síntoma infalible de la reabsorción...

—Ya, ya comprendo...

—La reabsorción... el envenenamiento de la sangre... la...

—Sí... y...

—Nada, amigo mío. Ánimo. No hay más remedio que operar...

—¡Operar! —exclamó Garrido, en el colmo del aturdimiento—. Cortar.. ¿no es eso? ¿Y usted cree...?

—Puede salvarse, aunque no lo aseguro.

—¿Y cuándo...?

—Hoy mismo. No hay que perder tiempo... Una hora que perdamos no haría llegar tarde.

Don Lope fue asaltado de una especie de demencia al oír esto, y dand saltos como fiera herida, tropezando con los muebles, y golpeándose el cráneo pronunció estas incongruentes y desatentadas expresiones:

—¡Pobre niña...! cortarle la... ¡Oh! mutilarla horriblemente... ¡Y qué pierna doctor...! una obra maestra de la Naturaleza... Fidias mismo la querría par modelar sus estatuas inmortales... ¿Pero qué ciencia es esa, que no sabe cura sino cortando? ¡Ah! no saben ustedes de la misa la media... D. Augusto, por l salvación de su alma, invente usted algún otro recurso. ¡Quitarle una pierna! S eso se arreglara cortándome a mi las dos... ahora mismo, aquí están... Ea empiece usted... y sin cloroformo.

Los gritos del buen caballero debieron de oírse en el cuarto de Tristana porque entró Saturna, asustadísima, a ver qué demonches le pasaba a su amo.

—Vete de aquí, bribona... tú tienes la culpa. Digo, no... ¡Cómo está m cabeza!... Vete, Saturna, y dile a la niña que no consentiré se le corte ni tant así de pierna, ni de nada. Primero me corto yo la cabeza... No, no se lo digas.. Cállate... Que no se entere... Pero habrá que decírselo... Yo me encargo.. Saturna, mucho cuidado con lo que hablas... Lárgate, déjanos...

Y volviéndose al médico, le dijo:

—Dispénseme, querido Augusto, no sé lo que pienso. Estoy loco... Se har todo, todo lo que la facultad disponga... ¿Qué dice usted? ¿Que hoy mismo...?

—Sí, cuanto más pronto mejor. Vendrá mi amigo el doctor Ruiz Alonso cirujano de punta, y... Veremos. Creo que practicada con felicidad l amputación, la señorita podrá salvarse.

—¡Podrá salvarse! De modo que ni aun así es seguro... ¡Ay, doctor, no me vitupere usted por mi cobardía! No sirvo para estas cosas... Me vuelvo un chiquillo de diez años. ¡Quién lo había de decir! ¡Yo que he sabido afrontar sin un fruncimiento de cejas los mayores peligros...!

—Sr. D. Lope —dijo Miquis con triste acento—, en estas ocasiones de prueba se ven los puntos que calza nuestra capacidad para el infortunio. Muchos que se tienen por cobardes resultan animosos, y otros que se creen gallos salen gallinitas. Usted sabrá ponerse a la altura de la situación.

—Y será forzoso prepararla... ¡Dios mío, qué trance! Yo me muero... yo no sirvo, D. Augusto...

—¡Pobrecilla! No se lo diremos claramente. La engañaremos.

—¡Engañarla! No se ha enterado usted todavía de su penetración.

—En fin, vamos allá, que en estas cosas, señor mío, hay que contar siempre con alguna circunstancia inesperada y favorable. Es fácil que ella, si tanta agudeza tiene, lo haya comprendido, y no necesitemos... El enfermo suele ver muy claro.

XXIII

No se equivocaba el sagaz alumno de Hipócrates. Cuando entraron a ver a Tristana, esta les recibió con semblante entre risueño y lloroso. Se reía, y do gruesos lagrimones corrían por sus mejillas de papel.

—Ya, ya sé lo que tienen que decirme... No hay que apurarse. Soy valiente... Si casi me alegro... Y sin casi... porque vale más que me la corten.. Así no sufriré... ¿Qué importa tener una sola pierna? Digo, como importar.. Pero si ya en realidad no la tengo, si no me sirve para nada...! Fuera con ella, y me pondré buena, y andaré... con muletas, o como Dios me dé a entender...

—Hija mía, te quedarás buenísima —dijo don Lope, envalentonándose a verla tan animosa—. Pues si yo supiera que cortándome las dos me quedaba sin reuma, hoy mismo... Después de todo, las piernas se sustituyen po aparatos mecánicos que fabrican los ingleses y alemanes, y con ellos se anda mejor que con estos maldecidos remos que nos ha encajado la Naturaleza.

—En fin —agregó Miquis—, no se asuste la muñeca, que no la haremo sufrir nada... pero nada... Ni se enterará usted. Y luego se sentirá muy bien, y dentro de unos cuantos días ya podrá entretenerse en pintar...

—Hoy mismo —dijo el viejo, haciendo de tripas corazón, y procurando tragarse el nudo que en la garganta sentía— te traigo el caballete, la caja d colores... Verás, verás qué cuadros tan bonitos nos vas a pintar.

Con un cordial apretón de manos se despidió Augusto, anunciándole su pronta vuelta, sin precisar la hora, y solos Tristana y D. Lope, estuvieron un ratito sin hablarse.

—¡Ah! Tengo que escribir —dijo la enferma.

—¿Podrás, vida mía? Mira que estás muy débil. Díctame, y yo escribiré.

Al decir esto, llevaba junto a la cama la tabla que servía de mesa, y la resmilla de papel y el tintero.

—No... Puedo escribir... Es particular lo que ahora me pasa. Ya no m duele. Casi no siento nada. ¡Vaya si puedo escribir! Venga... Un poquito m

tiembla el pulso, pero no importa.

Delante del tirano escribió estas líneas:

«Allá va una noticia que no sé si es buena o mala. Me la cortan. ¡Pobrecita pierna! Pero ella tiene la culpa... ¿para qué es mala? No sé si me alegro porque, en verdad, la tal patita no me sirve para nada. No sé si lo siento porque me quitan lo que fue parte de mi persona... y voy a tener sin ella cuerpo distinto del que tuve... ¿Qué piensas tú? Verdaderamente, no es cosa de apurarse por una pierna. Tú, que eres todo espíritu, lo creerás así. Yo también lo creo. Y lo mismo has de quererme con un remo que con dos. Ahora pienso que habría hecho mal en dedicarme a la escena. ¡Uf! arte poco noble, que fatiga el cuerpo y empalaga el alma. ¡La pintura!... eso ya es otra cosa... Me dicen que no sufriré nada en la... ¿lo digo? en la operación... ¡Ay! hablando en plata, esto es muy triste, y yo no lo soportaré sino sabiendo que seré la misma para ti después de la carnicería... ¿Te acuerdas de aquel grillo que tuvimos, y que cantaba más y mejor después de arrancarle una de las patitas? Te conozco bien, y sé que no desmereceré nada para ti... No necesitas asegurármelo para que yo lo crea y lo afirme... Vamos, ¿a que al fin resulta que estoy alegre?... Sí porque ya no padeceré más. Dios me alienta, me dice que saldré bien de lance, y que después tendré salud y felicidad, y podré quererte todo lo que se me antoje, y ser pintora, o mujer sabia, y filósofa por todo lo alto... No, no puedo estar contenta. Quiero encandilarme, y... no me resulta... Basta por hoy Aunque sé que me querrás siempre, dímelo para que conste. Como no puede engañarme, ni cabe la mentira en un ser que reúne todas las formas del bien, lo que me digas será mi Evangelio... Si tú no tuvieras brazos ni piernas, yo te querría lo mismo. Conque...»

Las últimas líneas apenas se entendían, por el temblor de la escritura. A soltar la pluma, cayó la muñeca infeliz en grande abatimiento. Quiso romper la carta, arrepintiose de ello, y por fin la entregó a D. Lope, abierta para que lo pusiese el sobre y la enviase a su destino. Era la primera vez que no se cuidaba de defender ni poco ni mucho el secreto epistolar. Llevose Garrido a su cuarto el papel, y lo leyó despacio, sorprendido de la serenidad con que la niña trataba de tan grave asunto.

—Lo que es ahora —dijo al escribir el sobre, y como si hablara con la persona cuyo nombre trazaba su pluma—, ya no te temo. La perdiste, la perdiste para siempre, pues esas bobadas del amor eterno, del amor ideal, sin piernas ni brazos, no son más que un hervor insano de la imaginación. Te he

vencido. Triste es mi victoria, pero cierta. Dios sabe que no me alegro de ell
sino descartando el motivo, que es la mayor pena de mi vida... Ya m
pertenece en absoluto hasta que mis días acaben. ¡Pobre muñeca con alas
Quiso alejarse de mí, quiso volar; pero no contaba con su destino, que no l
permite revoloteos ni correrías; no contaba con Dios, que me tiene ley... no s
por qué... pues siempre se pone de mi parte en estas contiendas... Él sabrá l
razón... y cuando se me escapa lo que quiero... me lo trae atadito de pies
manos. ¡Pobre alma mía, adorable chicuela, la quiero, la querré siempre com
un padre! Ya nadie me la quita, ya no...

En el fondo de estos sentimientos tristísimos que D. Lope no sacó de
corazón a los labios, palpitaba una satisfacción de amor propio, un egoísm
elemental y humano de que él mismo no se daba cuenta. «¡Sujeta par
siempre! ¡Ya no más desviaciones de mí!» Repitiendo esta idea, parecía quere
aplazar el contento que de ella se derivaba, pues no era la ocasión mu
propicia para alegrarse de cosa alguna.

Halló después a la joven bastante alicaída, y empleó para reanimarla, ya lo
razonamientos piadosos, ya consideraciones ingeniosísimas acerca de l
inutilidad de nuestras extremidades inferiores. A duras penas tomó Tristan
algún alimento; el buen Garrido no pudo pasar nada. A las dos entraro
Miquis, Ruiz Alonso y un alumno de Medicina, que hacía de ayudante
pasando a la sala silenciosos y graves. Uno de los tres llevaba, cuidadosament
envuelto en un paño, el estuche que contenía las herramientas del oficio. Poc
después entró un mozo que llevaba los frascos llenos de líquidos antisépticos
Recibioles D. Lope como si recibiera al verdugo cuando va a pedir perdón a
condenado a muerte, y a prepararle para el suplicio.

—Señores —dijo—, esto es muy triste, muy triste...

Y no pudo pronunciar una palabra más. Miquis fue al cuarto de la enferma
y se anunció con donaire:

—Guapa moza, todavía no hemos venido..., quiero decir... he venido y
solo. A ver, ¿qué tal? ese pulso...

Tristana se puso lívida, clavando en el médico una mirada medrosa
infantil, suplicante. Para tranquilizarla, asegurole Miquis que confiaba e
curarla completa y radicalmente, que su excitación era precursora de l
mejoría franca y segura, y que para calmarla le iba a dar un poquitín de éter...

—Nada, hija, basta echar unas gotitas de líquido en un pañuelo, y olerlo
para conseguir que los pícaros nervios entren en caja.

Mas no era fácil engañarla. La pobre señorita comprendió las intencione
de Augusto, y le dijo, esforzándose en sonreír:

—Es que quiere usted dormirme... Bueno. Me alegro de conocer ese sueñ profundo, con el cual no puede ningún dolor, por muy perro que sea. ¡Qu gusto! ¿Y si no despierto, si me quedo allá...?

—¡Qué ha de quedarse...! Buenos tontos seríamos... —dijo Augusto, punto que entraba D. Lope consternado, medio muerto.

Y resueltamente se puso a preparar la droga, volviendo la espalda a l enferma, dejando sobre una cómoda el frasquito del precioso anestésico. Hiz con su pañuelo una especie de nido chiquitín, en el cual puso los algodone impregnados de cloroformo, y entretanto se difundió por la habitación u fuerte olor de manzanas.

—¡Qué bien huele! —dijo la señorita, cerrando los ojos, como si rezar mentalmente.

Y al instante le aplicó Augusto a la nariz el hueco del pañuelo. Al prime efecto de somnolencia siguió sobresalto, inquietud epiléptica, convulsiones una verbosidad desordenada, como de embriaguez alcohólica.

—No quiero, no quiero... Ya no me duele... ¿Para qué cortar...? ¡Está un tocando todas las sonatas de Beethoven, tocándolas tan bien... al piano, cuand vienen estos tíos indecentes a pellizcarle a una las piernas...! Pues que sajen que corten..., y yo sigo tocando. El piano no tiene secretos para mí... Soy e mismo Beethoven, su corazón, su cuerpo, aunque las manos sean otras... Qu no me quiten también las manos, porque entonces... Nada, que no me dej quitar esta mano; la agarro con la otra para que no me la lleven..., y la otra l agarro con esta, y así no me llevan ninguna. Miquis, usted no es caballero, n lo ha sido nunca, ni sabe tratar con señoras, ni menos con artistas eminentes.. No quiero que venga Horacio y me vea así. Se figurará cualquier cosa mala.. Si estuviera aquí *señó Juan*, no permitiría esta infamia... Atar a una pobr mujer, ponerle sobre el pecho una piedra tan grande, tan grande..., y lueg llenarle la paleta de ceniza para que no pueda pintar... ¡Cosa ta extraordinaria! ¡Cómo huelen las flores que he pintado! Pero si las pint creyendo pintarlas, ¿cómo es que ahora me resultan vivas..., vivas? ¡Poder de genio artístico! He de retocar otra vez el cuadro de las Hilanderas para ver s me sale un poquitito mejor. La perfección, esa perfección endiablada, ¿dónd está...? Saturna, Saturna..., ven, me ahogo... Este olor de las flores... No, no, e la pintura, que cuanto más bonita, más venenosa...

Quedó al fin inmóvil, la boca entreabierta, quieta la pupila... De vez e cuando lanzaba un quejido como de mimo infantil, tímido esfuerzo del se aplastado bajo la losa de aquel sueño brutal. Antes de que la cloroformizació fuera completa, entraron los otros dos sicarios, que así en su pensamiento le

llamaba D. Lope, y en cuanto creyeron bien preparada a la paciente colocáronla en un catre con colchoneta, dispuesto para el caso, y ganando no ya minutos, sino segundos, pusieron manos en la triste obra. Don Lope trincaba los dientes, y a ratos, no pudiendo presenciar cuadro tan lastimoso, se marchaba de la habitación para volver en seguida, avergonzándose de su pusilanimidad. Vio poner la venda de Esmarch, tira de goma que parece una serpiente. Empezó luego el corte por el sitio llamado de elección; y cuando tallaban el colgajo, la piel que ha de servir para formar después el muñón cuando a los primeros tajos del diligente bisturí vio D. Lope la primera sangre su cobardía trocose en valor estoico, altanero, incapaz de flaquear; su corazón se volvió de bronce, de pergamino su cara, y presenció hasta el fin con ánimo entero la cruel operación, realizada con suma habilidad y presteza por los tres médicos. A la hora y cuarto de haber empezado a cloroformizar a la paciente Saturna salía presurosa de la habitación con un objeto largo y estrecho envuelto en una sábana. Poco después, bien ligadas las arterias, cosida la piel del muñón, y hecha la cura antiséptica con esmero prolijo, empezó el despertar lento y triste de la señorita de Reluz, su nueva vida, después de aquel simulacro de muerte, su resurrección, dejándose un pie y dos tercios de pierna en el seno de aquel sepulcro que a manzanas olía.

XXIV

—¡Ay, todavía me duele! —fueron las primeras palabras que pronunció a volver del tenebroso abismo.

Y después, su fisonomía pálida y descompuesta revelaba como un profund análisis autopersonal, algo semejante a la intensísima fuerza de observació que los aprensivos dirigen sobre sus propios órganos, auscultando s respiración y el correr de la sangre, palpando mentalmente sus músculos, acechando el vibrar de sus nervios. Sin duda la pobre niña concentraba toda las fuerzas de su mente en aquel vacío de su extremidad inferior, para repone el miembro perdido, y conseguía restaurarlo tal como fue antes de l enfermedad, sano, vigoroso y ágil. Sin gran esfuerzo imaginaba que tenía su dos piernas, y que andaba con ellas garbosamente, con aquel pasito ligero qu la llevaba en un periquete al estudio de Horacio.

—¿Qué tal, mi niña? —le preguntó D. Lope haciéndole caricias.

Y ella, tocando suavemente los blancos cabellos del galán caduco, l contestó con gracia:

—Muy bien... Me siento muy descansadita. Si me dejaran, ahora mismo m echaría a correr...; digo, a correr no... No estamos para esas bromas.

Augusto y D. Lope, cuando los otros dos médicos se habían marchado diéronle seguridades de completa curación, y se felicitaron del éxito quirúrgic con un entusiasmo que no podían comunicarle. Pusiéronla cuidadosamente e su lecho en las mejores condiciones de higiene y comodidad, y ya no habí más que hacer sino esperar los diez o quince días críticos subsiguientes a l operación.

Durante este período, no tuvo sosiego el bueno de Garrido, porque si bie el traumatismo se presentaba en las mejores condiciones, el abatimiento postración de la niña eran para causar alarma. No parecía la misma, denegaba su propio ser; ni una vez siquiera pensó en escribir cartas, ni salieron a relucir aquellas aspiraciones o antojos sublimes de su espíritu siempr

inquieto y ambicioso; ni se le ocurrieron los donaires y travesuras que gasta solía hasta en las horas más crueles de su enfermedad. Entontecida y aplanada su genio superior sufría un eclipse total. Tanta pasividad y mansedumbre, a principio agradaron a D. Lope; mas no tardó el buen señor en condolerse d aquella mudanza de carácter. Ni un momento se separaba de ella, dand ejemplo de paternal solicitud, con extremos cariñosos que rayaban en mimo Por fin, al décimo día, Miquis declaró muy satisfecho que la cicatrización ib perfectamente, y que pronto la cojita sería dada de alta. Coincidió con esto un resurrección súbita del espiritualismo de la inválida, que una mañana, com descontenta de sí misma, dijo a D. Lope:

—¡Vaya, que tantos días sin escribir! ¡Qué mal me estoy portando...!

—No te apures, hija mía —replicó con donaire el viejo galán—. Los sere ideales y perfectos no se enfadan por dejar de recibir una carta, y se consuela del olvido paseándose impávidos por las regiones etéreas donde habitan... Per si quieres escribir, aquí tienes los trebejos. Díctame: soy tu secretario.

—No; escribiré yo misma... O si gustas... escribe tú. Cuatro palabras.

—A ver; ya estoy pronto —dijo Garrido, pluma en mano y el papel delante

—«Pues como te decía —dictó Tristana—, ya no tengo más que un piernecita. Estoy mejor. Ya no me duele..., padezco muy poco..., ya...»

—¿Qué..., no sigues?

—Mejor será que lo escriba yo. No me salen, no me salen las idea dictando.

—Pues toma... Escribe tú, y despáchate a tu gusto (*dándole la pluma, poniéndole delante la tabla con la carpeta y papel*). ¡Qué...! ¿tan premios estás? Y esa inspiración y esos arranques, ¿a dónde diablos se han ido?

—¡Qué torpe estoy! No se me ocurre nada.

—¿Quieres que te dicte yo? Pues oye: «¡Qué bonito eres, qué pillín te h hecho Dios, y qué..., qué desabridas son tantas perfecciones!... No, no me cas contigo ni con ningún serafín terrestre ni celeste...» Pero ¡qué!, ¿te ríes Adelante. «Pues no me caso... Que esté coja o no lo esté, eso no te importa a t Tengo quien me quiera tal como soy ahora, y con una sola patita valgo má que antes con las dos. Para que te vayas enterando, ángel mío...» No, esto d ángel es un poquito cursi... «Pues, para que te vayas enterando, te diré qu tengo alas..., me han salido alas. Mi papá piensa traerme todos los trebejos d pintura, y *ainda mais*, me comprará un organito, y me pondrá profesor par que aprenda a tocar música buena... Ya verás... Comparados conmigo, lo ángeles del cielo serán unos murguistas...»

Soltaron ambos la risa, y animado D. Lope con su éxito, siguió hiriend aquella cuerda, hasta que Tristana hubo de cortar bruscamente la conversación diciendo con toda seriedad:

—No, no; yo escribiré..., yo sola.

Dejola D. Lope un momento, y escribió la cojita su carta, breve y sentida.

«Señor de mi alma: ya Tristana no es lo que fue. ¿Me querrás lo mismo? E corazón me dice que sí. Yo te veo más lejos aún que antes te veía, má hermoso, más inspirado, más generoso y bueno. ¿Podré llegar hasta ti con l patita de palo que creo me pondrán? ¡Qué mona estaré! Adiós. No vengas. T adoro lejos, te ensalzo ausente. Eres mi Dios, y como Dios, invisible. T propia grandeza te aparta de mis ojos... Hablo de los de la cara..., porque co los del espíritu bien claro te veo. Hasta otro día.»

Cerró ella misma la carta y le puso el sobre, dándola a Saturna, que, a tomarla, hizo un mohín de burla. Por la tarde, hallándose solas un momento, l criada se franqueó en esta forma:

—Mire, esta mañana no quise decir nada a la señorita por hallarse present D. *Lepe*. La carta... aquí la tengo. ¿Para qué echarla al correo si el D. Horaci está en Madrid? Se la daré en propia mano esta noche.

Palideció la inválida al oír esto, y después se le encendió el rostro. No sup qué decir, ni se le ocurría nada.

—Te equivocas —dijo al fin—. Habrás visto a alguno que se le parezca.

—¡Señorita, cómo había de confundir...! ¡Qué cosas tiene! El mismo Hablamos más de media hora. Empeñado el hombre en que le contara tod punto por punto. ¡Ay, si le viera la señorita! Está más negro que un zapato Dice que se ha pasado la vida corriendo por montes y mares, y que aquello e muy precioso..., pero muy precioso... Pues nada; le conté todo, y el pobrecito.. como la quiere a usted tanto, me comía con los ojos cuando yo le hablaba.. Dice que se avistará con D. Lope para cantarle clarito.

—¡Cantarle clarito!... ¿Qué?

—Él lo sabrá. Y está rabiando por ver a la señorita. Es preciso que l arreglemos aprovechando una salida del señor...

Tristana no dijo nada. Un momento después pidió a Saturna que le llevas un espejo, y mirándose en él, se afligió extremadamente.

—Pues no está usted tan desfigurada..., vamos.

—No digas. Parezco la muerte... Estoy horrorosa... (*echándose a llorar*) No me va a conocer. ¿Pero ves? ¿Qué color es este que tengo? Parece de pape

de estraza. Los ojos son horribles, de tan grandes como se me han puesto... ¡Y qué boca, santo Dios! Saturna, llévate el espejo, y no vuelvas a traérmelo aunque te lo pida.

Contra su deseo, que a la casa le amarraba, D. Lope salía muy a menudo movido de la necesidad, que en aquellas tristes circunstancias llenaba de amargura y afanes su existencia. Los gastos enormes de la enfermedad de la niña consumieron los míseros restos de su esquilmada fortuna, y llegaron días ¡ay!, en que el noble caballero tuvo que violentar su delicadeza y desmentir su carácter, llamando a la puerta de un amigo con pretensiones que le parecían ignominiosas. Lo que padeció el infeliz señor no es para referido. En poco días quedose como si le echaran cincuenta años más encima. «¡Quién me lo había de decir..., Dios mío..., yo..., Lope Garrido, descender a...! ¡Yo, con mi orgullo, con mi idea puntillosa de la dignidad, rebajarme a pedir ciertos favores...! Y llegará día en que la insolvencia me ponga en el trance de solicitar lo que no he de poder restituir... Bien sabe Dios que solo por sostener a esta pobre niña, y alegrar su existencia, soporto tanta vergüenza y degradación. Me pegaría un tiro, y en paz. ¡Al otro mundo con mi alma, a hoyo con mis cansados huesos! Muerte y no vergüenza... Mas las circunstancias disponen lo contrario: vida sin dignidad... No lo hubiera creído nunca. Y luego dicen que el carácter... No, no creo en los caracteres. No hay más que hechos, accidentes. La vida de los demás es molde de nuestra propia vida y troquel de nuestras acciones.»

En presencia de la señorita disimulaba el pobre D. *Lepe* las horribles amarguras que pasando estaba, y aun se permitía fingir que su situación era de las más florecientes. No solo le llevó los avíos de pintar, dos cajas de colores para óleo y acuarela, pinceles, caballete y demás, sino también el organito o armonium que le había prometido, para que se distrajese con la música los ratos que la pintura le dejaba libres. En el piano poseía Tristana la instrucción elemental del colegio, suficiente para farfullar polkas y valses o alguna pieza fácil. Algo tarde era ya para adquirir la destreza que solo da un precoz y duro trabajo; pero con un buen maestro podría vencer las dificultades, y además el órgano no le exigía digitación muy rápida. Se ilusionó con la música más que con la pintura, y anhelaba levantarse de la cama para probar su aptitud. Ya se arreglaría con un solo pie para mover los pedales. Aguardando con febril impaciencia al profesor anunciado por D. Lope, oía en su mente las dulces armonías del instrumento, menos sentidas y hermosas que las que sonaban en lo íntimo de su alma. Creyose llamada a ser muy pronto una notabilidad, una concertista de primer orden, y con tal idea se animó, y tuvo algunas horitas de

felicidad. Cuidaba Garrido de estimular su ambiciosa ilusión, y en tanto, l hacía recordar sus ensayos de dibujo, incitándola a bosquejar en lienzo o e tabla algún bonito asunto, copiado del natural.

—Vamos, ¿por qué no te atreves con mi retrato... o con el de Saturna?

Respondía la inválida que le convendría más adestrar la mano en algun copia, y D. Lope prometió traerle buenos estudios de cabeza o paisaje para qu escogiese.

El pobre señor no escatimaba sacrificio por ser grato a su pobre cojita, y.. al fin, ¡oh caprichos de la mudable suerte!, hallándose perplejo por no sabe cómo procurarse los estudios pictóricos, la casualidad, el demonio, Saturna resolvieron de común acuerdo la dificultad.

—¡Pero, señor —dijo Saturna—, si tenemos ahí...! No sea bobo, déjeme y le traigo...

Y con sus expresivos ojos y su mímica admirable completó el atrevid pensamiento.

—Haz lo que quieras, mujer —indicó D. Lope, alzando los hombros—. Po mí...

Media hora después entró Saturna de la calle con un rimero de tablas y bastidores pintados, cabezas, torsos desnudos, apuntes de paisaje, bodegones frutas y flores, todo de mano de maestro.

XXV

Impresión honda hizo en la señorita de Reluz la vista de aquellas pinturas semblantes amigos que veía después de larga ausencia, y que le recordaban horas felices. Fueron para ella, en ocasión semejante, como personas vivas, y no necesitaba forzar su imaginación para verlas animadas, moviendo los labios y fijando en ella miradas cariñosas. Mandó a Saturna que colgase los lienzos en la habitación para recrearse contemplándolos, y se transportaba a los tiempos del estudio y de las tardes deliciosas en compañía de Horacio. Púsose muy triste, comparando su presente con el pasado, y al fin rogó a la criada que guardase aquellos objetos hasta que pudiese acostumbrarse a mirarlos sin tanta emoción; mas no manifestó sorpresa por la facilidad con que las pinturas habían pasado del estudio a la casa, ni curiosidad de saber qué pensaba de ello el suspicaz D. Lope. No quiso la sirviente meterse en explicaciones, que no se le pedían, y poco después, sobre las doce, mientras daba de almorzar al amo una mísera tortilla de patatas y un trozo de carne con representación y honores de chuleta, se aventuró a decirle cuatro verdades, valida de la confianza que le diera su largo servicio en la casa.

—Señor, sepa que el amigo quiere ver a la señorita, y es natural... Ea, no sea malo, y hágase cargo de las circunstancias. Son jóvenes, y usted está ya más para padre o para abuelo que para otra cosa. ¿No dice que tiene el corazón grande?

—Saturna —replicó D. Lope, golpeando en la mesa con el mango de cuchillo—, lo tengo más grande que la copa de un pino, más grande que esta casa, y más grande que el Depósito de Aguas, que ahí enfrente está.

—Pues entonces..., pelillos a la mar. Ya no es usted joven, gracias a Dios digo..., por desgracia. No sea el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Si quiere que Dios le perdone todas sus barrabasadas y picardías, tanto engaño de mujeres y burla de maridos, hágase cargo de que los jóvenes son jóvenes, y de que el mundo, y la vida, y las cositas buenas son para los que

empiezan a vivir, no para los que acaban... Con que tenga un... ¿cómo se dice' un rasgo, don *Lepe*, digo, D. Lope..., y...

En vez de incomodarse, al infeliz caballero le dio por tomarlo a buenas.

—¿Conque un rasgo...? Vamos a ver: ¿y de dónde sacas tú que soy yo tan viejo? ¿Crees que no sirvo ya para nada? Ya quisieran muchas, tú misma, con tus cincuenta...

—¡Cincuenta! Quite usted *jierro*, señor.

—Pongamos treinta... y cinco.

—Y dos. Ni uno más. ¡Vaya!

—Pues quédese en lo que quieras. Pues digo que tú misma, si yo estuviese de humor y te... No, no te ruborices... ¡Si pensarás que eres un esperpento... No; arreglándote un poquito, resultarías muy aceptable. Tienes unos ojos, que ya los quisieran más de cuatro.

—Señor... vamos... ¿Pero qué... también a mí me quiere camelar? —dijo la doméstica familiarizándose tanto, que no vaciló en dejar a un lado de la mesa la fuente vacía de la carne, y sentarse frente a su amo, los brazos en jarras.

—No... no estoy ya para diabluras. No temas nada de mí. Me he cortado la coleta, y ya se acabaron las bromas y las cositas malas. Quiero tanto a la niña que desde luego convierto en amor de padre el otro amor, ya sabes... y soy capaz, por hacerla dichosa, de todos los rasgos, como tú dices, que... En fin ¿qué hay?... ¿Ese mequetrefe...?

—Por Dios, no le llame así. No sea soberbio. Es muy guapo.

—¿Qué sabes tú lo que son hombres guapos?

—Quítese allá. Toda mujer sabe de eso. ¡Vaya! Y sin comparar, que es cosa fea, digo que don Horacio es un buen mozo... mejorando lo presente. Que usted fue el acabose, por sabido se calla; pero eso pasó. Mírese al espejo, y verá que ya se le fue la hermosura. No tiene más remedio que reconocer que el pintorcito...

—No le he visto nunca... Pero no necesito verle para sostener, como sostengo, que ya no hay hombres guapos, airosos, atrevidos, que sepan enamorar. Esa raza se extinguió. Pero en fin, demos de barato que el pintamonas sea un guapo... relativo.

—La niña le quiere... No se enfade... la verdad por delante... La juventud es juventud.

—Bueno... pues le quiere... Lo que yo te aseguro es que ese muchacho no hará su felicidad.

—Dice que no le importa la pata coja.

—Saturna, ¡que mal conoces la naturaleza humana! Ese hombre no hará feliz a la niña, repito. ¡Si sabré yo de estas cosas! Y añado más: la niña no espera su felicidad de semejante tipo...

—¡Señor...!

—Para entender estas cosas, Saturna, es menester... entenderlas. Eres muy dura de mollera, y no ves sino lo que tienes delante de tus narices. Tristana es mujer de mucho entendimiento, ahí donde la ves, de una imaginación ardiente... Está enamorada...

—Eso ya lo sé.

—No lo sabes. Enamorada de un hombre que no existe, porque no puede existir, porque si existiera, Saturna, sería Dios, y Dios no se entretiene en venir al mundo para diversión de las muchachas. Ea, basta de palique; tráeme el café.

Corrió Saturna a la cocina, y al volver con el café, permitiose comentar las últimas ideas expresadas por D. Lope.

—Señor, lo que yo digo es que se quieren, sea por lo fino, sea por lo basto, y que el D. Horacio desea verse con la señorita... Viene con buen fin.

—Pues que venga. Se irá con mal principio.

—¡Ay, qué tirano!

—No es eso... Si no me opongo a que se vean —dijo el caballero encendiendo un cigarro—. Pero antes conviene que yo mismo hable con ese sujeto. Ya ves si soy bueno. ¿Y este rasgo...? Hablar con él, sí, y decirle... ya ya sabré yo...

—¿Apostamos a que le espanta?

—No; le traeré, traerele yo mismo. Saturna, esto se llama un rasgo. Encárgate de avisarle que me espere en su estudio una de estas tardes.. mañana. Estoy decidido. (*Paseándose inquieto por el comedor.*) Si Tristana quiere verle, no la privaré de ese gusto. Cuanto antojo tenga la niña, se le satisfará su amante padre. Le traje los pinceles, le traje el armonium, y no basta. Hacen falta más juguetes. Pues venga el hombre, la ilusión, la... Saturna, di ahora que no soy un héroe, un santo. Con este solo arranque, lavo todas mis culpas, y merezco que Dios me tenga por suyo. Conque...

—Le avisaré... Pero no salga con alguna patochada. ¡Vaya, que si le da por asustar a ese pobre chico...!

—Se asustará solo de verme. Saturna, soy quien soy... Otra cosa: con maña vas preparando a la niña... Le dices que yo haré la vista gorda, que saldré exprofeso una tarde para que él entre, y puedan hablarse, como una media hora nada más... No conviene más tiempo. Mi dignidad no lo permite. Pero yo

estaré en casa, y... Mira, se abrirá una rendijita en la puerta para que tú y yo podamos ver cómo se reciben el uno al otro, y oír lo que charlen.

—¡Señor...!

—¿Tú qué sabes...? Haz lo que te mando.

—Pues haga usted lo que le aconsejo. No hay tiempo que perder. D Horacio tiene mucha prisa...

—¿Prisa?... Esa palabra quiere decir juventud. Bueno, pues esta misma tarde subiré al estudio. Avísale... anda... y después, cuando acompañes a la señorita, te dejas caer... ¿entiendes? le dices que yo ni consiento ni me opongo... o más bien, que tolero y me hago el desentendido. Ni le deje comprender que voy al estudio, pues este acto de inconsecuencia, que desmiente mi carácter, quizás me rebajaría a sus propios ojos... aunque no... tal vez no... En fin, prepárala, para que no se afecte cuando vea en su presencia al... bello ideal.

—No se burle.

—Si no me burlo. Bello ideal quiere decir...

—Su tipo... el tipo de una, supongamos...

—Tú sí que eres tipo (*soltando la risa*). En fin, no se hable más. La preparas, y yo voy a encararme con el galán joven.

A la hora convenida, previo el aviso dado por Saturna, dirigiose D. Lope a estudio, y al subir, no sin cansancio, la interminable escalera, se decía entre toses broncas y ahogados suspiros: «¡Pero, Dios mío, qué cosas tan raras estoy haciendo de algún tiempo a esta parte! A veces me dan ganas de preguntarme ¿Y es usted aquel D. Lope...? Nunca creí que llegara el caso de no parecerse uno a sí mismo... En fin, procuraré no infundir mucho miedo a ese inocente.»

La primera impresión de ambos fue algo penosa, no sabiendo qué actitud tomar, vacilando entre la benevolencia y una dignidad que bien podría llamarse decorativa. Hallábase dispuesto el pintor a tratar a D. Lope según los aires que este llevase. Después de los saludos y cumplidos de ordenanza mostró el anciano galán una cortesía desdeñosa, mirando al joven como a ser inferior, al cual se dispensa la honra de un trato pasajero, impuesto por la casualidad.

—Pues sí, caballero... ya sabe usted la desgracia de la niña. ¡Qué lástima ¿verdad? con aquel talento, con aquella gracia...! Es ya mujer inútil para siempre. Ya comprenderá usted mi pena. La miro como hija, la amo entrañablemente con cariño puro y desinteresado, y ya que no he podido conservarle la salud ni librarla de esa tristísima amputación, quiero alegrar sus días, hacerle placentera la vida, en lo posible, y dar a su alma todo el recreo

que... En fin, su voluble espíritu necesita juguetes. La pintura no acaba d distraerla... la música tal vez... Su insaciable afán pide más, siempre más. Y sabía que usted...

—De modo, Sr. D. Lope —dijo Horacio con gracejo cortés—, que a mí m considera usted juguete.

—No, juguete precisamente no... Pero... Yo soy viejo, como usted ve, mu práctico en cosas de la vida, en pasiones y afectos, y sé que las inclinacione juveniles tienen siempre un cierto airecillo de juego de muñecas... No hay qu tomarlo a mal. Cada cual ve estas cosas según su edad. El prisma de lo veinticinco o de los treinta años descompone los objetos de un modo gracioso y les da matices frescos y brillantes. El cristal mío me presenta las cosas d otro modo. En una palabra: que yo veo la inclinación de la niña co indulgencia paternal, sí, con esa indulgencia que siempre nos merece l criatura enfermita, a quien es forzoso dispensar los antojos y mimos, po extravagantes que sean.

—Dispénseme, señor mío —dijo Horacio con gravedad, sobreponiéndose la fascinación que el mirar penetrante del caballero ejercía sobre él encogiéndole el ánimo—, dispénseme. Yo no puedo apreciar con ese criteri de abuelo chocho la inclinación que Tristana me tiene, y menos la que por ell siento.

—Pues por eso no hemos de reñir —replicó Garrido, acentuando más l urbanidad y el desdén con que le hablaba—. Yo pienso lo que he tenido e honor de manifestarle; piense usted lo que guste. No sé si usted rectificará s manera de apreciar estas cosas. Yo soy muy viejo, muy curtido, y no s rectificarme a mí propio. Lo que hay es que, dejándole a usted pensar lo qu guste, yo vengo a decirle que, pues desea usted ver a Tristanita, y Tristanita s alegrará de verle, no me opongo a que usted honre mi casa; al contrario, tendr una satisfacción en ello. ¿Creía tal vez que yo iba a salir por el registro de padre celoso o del tirano doméstico? No, señor. No me gustan a mí los tapujos y menos en cosa tan inocente como esta visita. No, no es decoroso que ande e novio buscándome las vueltas para entrar en casa. Usted y yo no ganamo nada, el uno colándose sin mi permiso, el otro atrancando las puertas como s hubiera en ello alguna malicia. Sí, Sr. D. Horacio, usted puede ir, a la hora qu yo le designe, se entiende. Y si resultase que habría que repetir las visitas porque así conviniera a la paz de mi enferma, ha de prometerme usted n entrar nunca sin conocimiento mío.

—Me parece muy bien —afirmó Díaz, que poco a poco se iba dejand conquistar por la agudeza y pericia mundana del atildado viejo—. Estoy a su

órdenes.

Sentía Horacio la superioridad de su interlocutor, y casi... y sin casi, se alegraba de tratarle, admirando de cerca, por primera vez, un ejemplar curiosísimo de la fauna social más desarrollada, un carácter que resultaba legendario, y revestido de cierto matiz poético. La atracción se fue acentuando con las cosas donosísimas que después dijo D. Lope pertinentes a la vida galante, a las mujeres y al matrimonio. En resumidas cuentas, que le fue muy simpático, y se despidieron, prometiéndole Horacio obedecer sus indicaciones y fijando para la tarde siguiente las *vistas* con la pobre inválida.

XXVI

«¡Qué pedazo de ángel! —decía D. Lope, dejando atrás, con menos calm que a la subida, el sin fin de peldaños de la escalera del estudio—. Y parec honrado y decente. No le veo muy aferrado a la infantil manía del matrimonio ni me ha dicho nada de bello ideal, ni aquello de *amarla hasta la muerte*, co patita o sin patita... Nada; que esto es cosa concluida... Creí encontrar u romántico, con cara de haber bebido el vinagre de las pasiones contrariadas, y me encuentro un mocetón de color sano y espíritu sereno, un hombre sesudo que al fin y a la postre verá las cosas como las veo yo. Ni se le conoce que est enamoradísimo, como debió de estarlo antes, allá qué sé yo cuándo. Más bie parece confuso, sin saber qué actitud tomar cuando la vea, ni cóm presentársele... En fin, ¿qué saldrá de esto...? Para mí, es cosa terminada.. terminada... sí señor... cosa muerta, caída, enterrada... como la pierna.»

El estupendo notición de la próxima visita de Horacio, inquietó a Tristana que aparentando creer cuanto se le decía, abrigaba en su interior cierta desconfianza de la realidad de aquel suceso, pues su labor mental de los día que precedieron a la operación habíala familiarizado con la idea de supone ausente al bello ideal; y la hermosura misma de este, y sus raras perfecciones se representaban en la mente de la niña como ajadas y desvanecidas por obra y gracia de la aproximación. Al propio tiempo, el deseo puramente humano y egoísta de ver al ser querido, de oírle, luchaba en su alma con aque desenfrenado idealismo, en virtud del cual, más bien que a buscar l aproximación, tendía, sin darse cuenta de ello, a evitarla. La distancia venía a ser como una voluptuosidad de aquel amor sutil, que pugnaba po desprenderse de toda influencia de los sentidos.

En tal estado de ánimo, llegó el momento de la entrevista. Fingió D. Lop que se ausentaba, sin hacer la menor alusión al caso; pero se quedó en s cuarto, dispuesto a salir si algún accidente hacía necesaria su presencia Arreglose Tristana la cabeza, recordando sus mejores tiempos, y como s

había repuesto algo en los últimos días, resultaba muy bien. No obstante descontenta y afligida, apartó de sí el espejo, pues el idealismo no excluía la presunción. Cuando sintió que entraba Horario, que Saturna le introducía en la sala, palideció, y a punto estuvo de perder el conocimiento. La poca sangre de sus venas afluyó al corazón; apenas podía respirar, y una curiosidad más poderosa que todo sentimiento la embargaba. «Ahora —se decía— veré cómo es, me enteraré de su rostro, que se me ha perdido desde hace tiempo, que se me ha borrado, obligándome a inventar otro para mi uso particular.»

Por fin, Horacio entró... Sorpresa de Tristana, que en el primer momento casi le vio como a un extraño. Fuese derecho a ella con los brazos abiertos y la acarició tiernamente. Ni uno ni otro pudieron hablar hasta pasado un breve rato... Y a Tristana le sorprendió el metal de voz de su antiguo amante, cual si nunca lo hubiera oído. Y después... ¡qué cara, qué tez, qué color como de bronce, bruñido por el sol!

—¡Cuánto has padecido, pobrecita! —dijo Horacio, cuando la emoción le permitió expresarse con claridad—. ¡Y yo sin poder estar al lado tuyo! Habría sido un gran consuelo para mí, acompañar a mi *Paquilla de Rímini* en aquel trance, sostener su espíritu..., pero ya sabes; mi tía tan malita! Por poco no le cuenta la pobre.

—Sí..., hiciste bien en no venir... ¿Para qué? —repuso Tristana recobrando al instante su serenidad—. Cuadro tan lastimoso te habría desgarrado el corazón. En fin, ya pasó; estoy mejor, y me voy acostumbrando a la idea de no tener más que una patita.

—¿Qué importa, vida mía? —dijo el pintor, por decir algo.

—Allá veremos. Aún no he probado a andar con muletas. El primer día he de pasar mal rato; pero al fin me acostumbraré. ¿Qué remedio tengo...?

—Todo es cuestión de costumbre. Claro que al principio estarás menos airosa... Es decir, tú siempre serás airosa...

—No... cállate. Ese grado de adulación no debe consentirse entre nosotros. Un poco de galantería, de caridad más bien, pase...

—Lo que más vale en ti, la gracia, el espíritu, la inteligencia, no ha sufrido ni puede sufrir menoscabo. Ni el encanto de tu rostro, ni las proporciones admirables de tu busto... tampoco.

—Cállate —dijo Tristana con gravedad—. Soy una belleza sentada... ya para siempre sentada, una mujer de medio cuerpo, un busto y nada más.

—¿Y te parece poco? Un busto; ¡pero qué hermoso! Luego, tu inteligencia sin par hará siempre de ti una mujer encantadora...

Horacio rebuscaba en su mente todas las flores que pueden echarse a una mujer que no tiene más que una pierna. No le fue difícil encontrarlas, y una vez arrojadas sobre la infeliz inválida, ya no tenía más que añadir. Con un poquito de violencia, que casi casi no pudo apreciar él mismo, añadió lo siguiente:

—Y yo te quiero, y te querré siempre lo mismo.

—Eso ya lo sé —replicó ella, afirmándolo por lo mismo que empezaba a dudarlo.

Continuó la conversación en los términos más afectuosos, sin llegar al tono y actitudes de la verdadera confianza. En los primeros momentos, sintió Tristana una desilusión brusca. Aquel hombre no era el mismo que, borrado de su memoria por la distancia, había ella reconstruido laboriosamente con su facultad creadora y plasmante. Parecíale tosca y ordinaria la figura, la cara sin expresión inteligente, y en cuanto a las ideas... ¡Ah, las ideas le resultaban de lo más vulgar...! De los labios del *señó Juan* no salieron más que las conmiseraciones que se dan a todo enfermo, revestidas de una forma de tierna amistad. Y en todo lo que dijo referente a la constancia de su amor, veíase el artificio trabajosamente edificado por la compasión.

Entretanto, D. Lope iba y venía sin sosiego por el interior de la casa calzado de silenciosas zapatillas, para que no se le sintieran los pasos, y se aproximaba a la puerta, por si ocurría algo que reclamase su intervención. Como su dignidad repugnaba el espionaje, no aplicó el oído a la puerta. Más que por encargo del amo, por inspiración propia y ganas de fisgoneo, Saturna puso su oreja en el resquicio que abierto dejó para el caso, y algo pudo pescar de lo que los amantes decían. Llamándola al pasillo, D. Lope la interrogó con vivo interés:

—Dime, ¿han hablado algo de matrimonio?

—Nada he oído que signifique cosa de casarse —dijo Saturna—. Amor, sí, quererse siempre, y qué sé yo... pero...

—De sagrado vínculo, ni una palabra. Lo que digo, cosa concluida. Y no podía suceder de otro modo. ¿Cómo sostener su promesa ante una mujer que ha de andar con muletas...? La Naturaleza se impone. Es lo que yo digo.. Mucho palique, mucha frase de relumbrón, y ninguna substancia. Al llegar al terreno de los hechos, desaparece toda la hojarasca y nada queda... En fin, Saturna, esto va bien y como yo deseo. Veremos por dónde sale ahora la niña. Sigue, sigue escuchando, a ver si salta alguna frase de compromiso formal para el porvenir.

Volvió la diligente criada a su punto de acecho; pero nada sacó en limpio porque hablaban muy bajo. Por fin, Horacio propuso a su amada terminar la visita.

—Por mi gusto —le dijo—, no me separaría de ti hasta mañana..., ni mañana tampoco... Pero debo considerar que D. Lope, concediéndome verte procede con una generosidad y una alteza de miras que le honra mucho, y que me obliga a no incurrir en abuso. ¿Te parece que me retire ya? Como tú quieras. Y confío que no siendo muy largas las visitas, tu viejo me permitirá repetirlas todos los días.

Opinó la inválida en conformidad con su amigo, y este se retiró después de besarla cariñosamente y de reiterarle aquellos afectos que, aunque no fríos iban tomando un carácter fraternal. Tristana le vio partir muy tranquila, y al despedirse fijó para la siguiente tarde la primera lección de pintura, lo que fue muy del agrado del artista, quien, al salir de la estancia, sorprendió a D. Lope en el pasillo y se fue derecho a él, saludándole con profundo respeto. Metiéronse en el cuarto del galán caduco, y allí charlaron de cosas que a este le parecieron de singular alcance.

Por de pronto, ni una palabra soltó el pintor que a proyectos de matrimonio transcendiera. Manifestó un interés vivísimo por Tristana, lástima profunda de su estado, y amor por ella en un grado discreto, discreción interpretada por D. Lope como delicadeza, o más bien repugnancia de un rompimiento brusco que habría sido inhumano en la triste situación de la señorita de Reluz. Por fin Horacio no tuvo inconveniente en dar al interés que su amiga le inspiraba un carácter señaladamente positivista. Como sabía por Saturna las dificultades de cierto género que agobiaban a D. Lope, se arrancó a proponer a este lo que en su altanera dignidad no podía el caballero admitir.

—Porque, mire usted, amigo —le dijo en tono campechano—, yo..., y no se ofenda de mi oficiosidad..., tengo para con Tristana ciertos deberes que cumplir. Es huérfana. Cuantos la quieren y la estiman en lo que vale, obligado están a mirar por ella. No me parece bien que usted monopolice la excelsa virtud de amparar al desvalido... Si quiere usted concederme un favor, que le agradeceré toda mi vida, permítame...

—¿Qué?... Por Dios, caballero Díaz, no me sonroje usted. ¿Cómo consentir...?

—Tómelo usted por donde quiera.... ¿Qué quiere decirme?... ¿Que es una indelicadeza proponer que sean de mi cuenta los gastos de la enfermedad de Tristana? Pues hace usted mal, muy mal, en pensarlo así. Acéptelo, y después seremos más amigos.

—¿Más amigos, caballero Díaz? ¡Más amigos después de probar yo que no tengo vergüenza!

—¡Don Lope, por amor de Dios!

—Don Horacio..., basta.

—Y en último caso, ¿por qué no se me ha de permitir que regale a mi amiguita un órgano expresivo de superior calidad, de lo mejor en su género, que le añada una completa biblioteca musical para órgano, comprendiendo estudios, piezas fáciles y de concierto, y que, por fin, corra de mi cuenta el profesor?...

—Eso... ya... Vea usted como transijo. Se admite el regalo del instrumento y de los papeles. Lo del profesor, no puede ser, caballero Díaz.

—¿Por qué?

—Porque se regala un objeto como testimonio de afectos presentes o pasados; pero no sé yo de nadie que obsequie con lecciones de música.

—Don Lope..., déjese de distingos.

—A ese paso llegaría usted a proponerme costearle la ropa y a señalarle alimentos..., y esto, con franqueza, paréceme denigrante para mí... a menos que usted viniera con propósitos y fines de cierto género.

Viéndole venir, Horacio quiso dar una vuelta a la conversación.

—Mis propósitos son que se instruya en un arte en que pueda lucir y gastar ese caudal inmenso de fluido acumulado en su sistema nervioso, los tesoros de pasión artística, de noble ambición que llenan su alma.

—Si no es más que eso, yo me basto y me sobro. No soy rico; pero poseo lo bastante para abrir a Tristana los caminos por donde puede correr hacia la gloria una pobre cojita. Yo..., francamente, creí que usted...

Queriendo obtener una declaración categórica, y viendo que no la lograba por ataques oblicuos, embistiole de frente:

—Pues yo creí que usted, al venir aquí, traía el propósito de casarse con ella.

—¡Casarme!... ¡Oh!... no —dijo Horacio, desconcertado por el repentino golpe, pero rehaciéndose al momento—. Tristana es enemiga irreconciliable del matrimonio. ¿No lo sabía usted?

—¿Yo?... No.

—Pues sí: lo detesta. Quizás ve más que todos nosotros; quizás su mirada perspicua, o cierto instinto de adivinación concedido a las mujeres superiores, ve la sociedad futura, que nosotros no vemos.

—Quizás... Estas niñas mimosas y antojadizas suelen tener vista muy larga. En fin, caballero Díaz, quedamos en que se acepta el obsequio del organito

pero no lo demás: se agradece, eso sí; pero no se puede aceptar, porque lo veda el decoro.

—Y quedamos —dijo Horacio despidiéndose— que vendré a pintar un ratito con ella.

—Un ratito..., cuando la levantemos, porque no ha de pintar en la cama.

—Justo...; pero en tanto, ¿podré venir...?

—¡Oh!, sí, a charlar, a distraerla. Cuéntele usted cosas de aquel hermoso país.

—¡Ah!, no, no —dijo Horacio frunciendo el ceño—. No le gusta el campo ni la jardinería, ni la Naturaleza, ni las aves domésticas, ni la vida regalada y oscura, que a mí me encantan y me enamoran. Soy yo muy terrestre, muy práctico, y ella muy soñadora, con unas alas de extraordinaria fuerza para subirse a los espacios sin fin.

—Ya, ya... (*estrechándole las manos*). Pues venga usted cuando bien le cuadre, caballero Díaz. Y sabe que...

Despidiole en la puerta; se metió después en su cuarto, muy gozoso, y restregándose las manos, decía para su sayo: «Incompatibilidad de caracteres..., incompatibilidad absoluta, diferencias irreductibles.»

XXVII

Notó el buen Garrido en su inválida cierta estupefacción después de l entrevista. Interrogada paternalmente por el astuto viejo, Tristana le dijo sin rebozo:

—¡Cuánto ha cambiado ese hombre, pero cuánto! Paréceme que no es e mismo, y no ceso de representármele como antes era.

—Y qué, ¿gana o pierde en la transformación?

—Pierde... al menos hasta ahora.

—Parece buen sujeto, sí. Y te estima. Me propuso abonar los gastos de t enfermedad. Yo lo rechacé... Figúrate...

A Tristana se le encendió el rostro.

—No es de estos —añadió D. Lope— que al dejar de amar a una mujer, s despiden a la francesa. No, no; paréceme atento y delicado. Te regala u órgano expresivo de lo mejor, y toda la música que puedas necesitar. Esto l acepté: no creí prudente rechazarlo. En fin, el hombre es bueno, y te tien lástima; comprende que tu situación social, después de esa pérdida de la patita exige que se te mime y se te rodee de distracciones y cuidados; y él empiez por prestarse, como amigo sincero y bondadoso, a darte leccioncitas d pintura.

Tristana no dijo nada, y todo el día estuvo muy triste. Al siguiente, l entrevista con Horacio fue bastante fría. El pintor se mostró muy amable; per sin decir ni una palabra de amor. Introdújose D. Lope en la habitación cuand menos se pensaba, metiendo su cucharada en el coloquio, que vers exclusivamente sobre cosas de arte. Como pinchara después a Horacio par que hablase de los encantos de la vida en Villajoyosa, el pintor se explayó e aquel tema, que, contra la creencia de D. Lope, parecía del agrado de Tristana Con vivo interés oía esta las descripciones de aquella vida placentera y de lo puros goces de la domesticidad en pleno campo. Sin duda, por efecto de un metamorfosis verificada en su alma después de la mutilación de su cuerpo, l

que antes desdeñó era ya para ella como risueña perspectiva de un mund nuevo.

En las visitas que se sucedieron, Horacio rehuía con suma habilidad tod referencia a la deliciosa vida que era ya su pasión más ardiente. Mostr también indiferencia del arte, asegurando que la gloria y los laureles n despertaban entusiasmo en su alma. Y al decir esto, fiel reproducción de la ideas expresadas en sus cartas de Villajoyosa, observó que a Tristana no l causaba disgusto. Al contrario, en ocasiones parecía ser de la misma opinión, mirar con desdén las empresas y victorias artísticas, con gran estupor d Horacio, en cuya memoria subsistían indelebles los exaltados conceptos de l correspondencia de su amante.

Por fin, la levantaron, y el estrecho gabinete en que la pobre inválid pasaba las horas, embutida en un sillón, fue convertido en taller de pintura. L paciencia y la solicitud con que Horacio hacía de maestro no son para dichas Mas sucedió una cosa muy rara, y fue que, no solo mostraba la señorita poc afición al arte de Apeles, sino que sus aptitudes, claramente manifestada meses antes, se oscurecían y eclipsaban, sin duda por falta de fe. No volvía e pintor de su asombro recordando la facilidad con que su discípula entendía manejaba el color, y asombrados los dos de semejante cambio, concluían po desmayar y aburrirse, difiriendo las lecciones o haciéndolas muy cortas. A lo tres o cuatro días de estas tentativas apenas pintaban ya; pasaban las hora charlando; y solía suceder que también la conversación languidecía, com entre personas que ya se han dicho todo lo que tienen que decirse, y solo trata de las cosas corrientes y regulares de la vida.

El primer día que probó Tristana las muletas, fueron ocasión de risa chacota sus primeros ensayos en tan extraño sistema de locomoción.

—No hay manera —decía con buena sombra— de imprimir al paso d muletas un aire elegante. No, por mucho que yo discurra, no inventaré u bonito andar con estos palitroques. Siempre seré como las mujeres lisiadas qu piden limosna a la puerta de las iglesias. No me importa. ¡Qué remedio teng más que conformarme!

Propúsole Horacio enviarle un carrito de mano para que paseara, y n acogió mal la niña este ofrecimiento, que se hizo efectivo dos días después aunque no se utilizó sino a los tres o cuatro meses de regalado el vehículo. L más triste de todo cuanto allí ocurría era que Horacio dejó de ser asiduo en su visitas. La retirada fue tan lenta y gradual, que apenas se notaba. Empezó po faltar un día, excusándose con ocupaciones imprescindibles; a la siguient semana hizo novillos dos veces, luego tres, cinco..., y por fin, ya no s

contaron los días que faltaba, sino los que iba. No parecía Tristana muy contrariada de estas faltillas; recibíale siempre afectuosa, y le veía partir sin aparente disgusto. Jamás le preguntaba el motivo de sus ausencias, ni menos le reñía por ellas. Otra circunstancia digna de notarse era que jamás hablaban de lo pasado: uno y otro parecían acordes en dar por fenecida y rematada definitivamente aquella novela, que sin duda les resultaba inverosímil y falsa produciendo efecto semejante al que nos causan en la edad madura los libros de entretenimiento que nos han entusiasmado y enloquecido en la juventud.

Del marasmo espiritual en que se encontraba, salió Tristana casi bruscamente, como por arte mágico, con las primeras lecciones de música y de órgano. Fue como una resurrección súbita, con alientos de vida, de entusiasmo y pasión que confirmaban en su verdadero carácter a la señorita de Reluz, y que despertaron en ella, con el ardor de aquel nuevo estudio, maravillosas aptitudes. Era el profesor un hombre chiquitín, afable, de una paciencia fenomenal, tan práctico en la enseñanza y tan hábil en la transmisión de su método, que habría convertido en organista a un sordomudo. Bajo su inteligente dirección, venció Tristana las primeras dificultades en brevísimo tiempo, con gran sorpresa y alborozo de cuantos aquel milagro veían. D. Lope estaba verdaderamente lelo de admiración, y cuando Tristana pulsaba las teclas, sacando de ellas acordes dulcísimos, el pobre señor se ponía chocho como un abuelo que ya no vive más que para mimar a su descendencia menuda y volverse todo babas ante ella. A las lecciones de mecanismo, digitación y lectura, añadió pronto el profesor algunas nociones de armonía, y fue una maravilla ver a la joven asimilarse estos árduos conocimientos. Diríase que le eran familiares las reglas antes que se las revelaran; adelantábase a la propia enseñanza, y lo que aprendía quedaba profundamente grabado en su espíritu. El minúsculo profesor, hombre muy cristiano, que se pasaba la vida de coro en coro y de capilla en capilla, tocando en misas solemnes, funerales y novenas, veía en su discípula un ejemplo del favor de Dios, una predestinación artística y religiosa.

—Es un genio esta niña —afirmaba admirándola con efusión contemplativa—, y a ratos paréceme una santa.

—¡Santa Cecilia! —exclamaba D. Lope con entusiasmo que le ponía ronco—, ¡qué hija, qué mujer, qué divinidad!

No le era fácil a Horacio disimular su emoción oyendo a Tristana modular en el órgano acordes de carácter litúrgico, en estilo fugado, escalonando los miembros melódicos con pasmosa habilidad; y trabajillo le costaba al artista ocultar sus lágrimas, avergonzándose de verterlas. Cuando la señorita

inflamada por religiosa inspiración, se engolfaba en su música, convirtiendo e grave instrumento en lenguaje de su alma, a nadie veía, ni se cuidaba de s reducido y fervoroso público. El sentimiento, así como el estilo par expresarlo, absorbíanla por entero; su rostro se transfiguraba, adquirien celestial belleza, su alma se desprendía de todo lo terreno para mecerse en e seno vaporoso de una idealidad dulcísima. Un día, el bueno del organista lleg al colmo de la admiración, oyéndola improvisar con gallardo atrevimiento, se pasmó de la soltura con que modulaba, enlazando los tonos, y añadiendo sus conocimientos de armonía otros que nadie supo de dónde los había sacado obra de un misterioso poder de adivinación, solo concedido a las alma privilegiadas, para quienes el arte no tiene ningún secreto. Desde aquel día, e maestro asistió a las lecciones con interés superior al que la pura enseñanz puede infundir, y puso sus cinco sentidos en la discípula, educándola como un hijo único y adorado. El anciano músico y el anciano galán se extasiaba junto a la inválida, y mientras el uno le mostraba con paternal amor lo arcanos del arte, el otro dejaba traslucir su acendrada ternura con suspiros alguna expresión fervorosa. Concluida la lección, Tristana daba un paseíto po la estancia, con muletas, y a D. Lope y al otro viejo se les figuraba contemplándola, que la propia Santa Cecilia no podía moverse ni andar de otr manera.

Por este tiempo, es decir, cuando los adelantos de la joven se marcaron d un modo tan notable, Horacio volvió a menudear sus visitas, y de pronto esta escasearon notoriamente. Al llegar el verano, transcurrían hasta dos semana sin que el pintor aportara por allí, y cuando iba, Tristana, por agradarle entretenerle, le obsequiaba con una sesión de música; sentábase el artista en l más oscuro de la estancia para seguir con abstracción profunda la hermos salmodia, como en éxtasis, mirando vagamente a un punto indeterminado de espacio, mientras su alma divagaba suelta por las regiones en que el ensueño la realidad se confunden. Y de tal modo absorbió a Tristana el arte con tant anhelo cultivado, que no pensaba ni podía pensar en otra cosa. Cada dí ansiaba más y mejor música. La perfección embargaba su espíritu, teniéndol como fascinado. Ignorante de cuanto en el mundo ocurría, su aislamiento er completo, absoluto. Día hubo en que fue Horacio y se retiró, sin que ella s enterara de que había estado allí.

Una tarde, sin que nadie lo hubiese previsto, despidiose el pintor par Villajoyosa, pues según dijo, su tía, que allá continuaba residiendo, se hallab en peligro de muerte. Así era la verdad, y a los tres días de llegar el sobrino doña Trini cerró las pesadas compuertas de sus ojos para no volverlas a abri

más. Poco después, a la entrada de otoño, cayó Díaz enfermo, aunque no d gravedad. Cruzáronse cartas amistosas entre él y Tristana, y el mismo D. Lope las cuales en todo el año siguiente continuaron yendo y viniendo cada dos cada tres semanas, por el mismo camino por donde antes corrían la incendiarias cartas de *señó Juan* y de *Paquita de Rímini*. Tristana escribía la suyas deprisa y corriendo, sin poner en ellas más que frases de cortés amistad Por una de esas inspiraciones que llevan al ánimo un conocimiento profundo y certero de las cosas, la inválida creía firmemente, como se cree en la luz de sol, que no vería más a Horacio. Y así era, así fue... Una mañana de noviembr entró D. Lope con cara grave en el cuarto de la joven, y sin expresar alegría n pena, como quien dice la cosa más natural del mundo, le soltó la noticia co este frío laconismo:

—¿No sabes?... Nuestro D. Horacio se casa.

XXVIII

Creyó notar el viejo galán que Tristana se desconcertaba al recibir e jicarazo; pero tan rápidamente y con tanto tesón volvió sobre sí misma, que n le era fácil a D. *Lepe* conocer a ciencia cierta el estado de ánimo de su cautiva después del acabamiento definitivo de sus locos amores. Como quien se arroj a un piélago tranquilo, zambullose la señorita en el *maremagnum* musical, y allí se pasaba las horas, ya sumergiéndose en lo profundo, ya saliend graciosamente a la superficie, incomunicada realmente con todo lo humano, y procurando estarlo con algunas ideas propias que aún la atormentaban. A Horacio no le volvió a mentar, y aunque el pintor no cortó relaciones con ella y alguna que otra vez escribía cartas amistosas, Garrido era el encargado d leerlas y contestarlas. Guardábase bien el viejo de hablar a la niña del que fu su adorador, y con toda su sagacidad y experiencia, nunca supo fijamente si l actitud triste y serena de Tristana ocultaba una desilusión, o el sentimiento d haberse equivocado profundamente al creerse desilusionada en los días de l vuelta de Horacio. ¿Pero cómo había de saber esto D. Lope, si ella misma n lo sabía?

En las buenas tardes de invierno, salía a la calle en el carrito, que empujab Saturna. La ausencia de toda presunción fue uno de los accidentes má característicos de aquella nueva metamorfosis de la señorita de Reluz: cuidab poco de embellecer su persona; ataviábase sencillamente con mantón y pañuelo de seda en la cabeza; pero no perdió la costumbre de calzarse bien, y de continuo bregaba con el zapatero por si ajustaba con más o meno perfección la bota... única. ¡Qué raro le parecía siempre el no calzarse más qu un pie! Transcurrirían los años sin que acostumbrarse pudiera a no ver en part alguna la bota y el zapato del pie derecho.

Al año de la operación, su rostro había adelgazado tanto, que muchos qu en sus buenos tiempos la trataron apenas la conocían ya, al verla pasar en e cochecillo. Representaba cuarenta años, cuando apenas tenía veinticinco. L

pierna de palo que le pusieron a los dos meses de arrancada la de carne y hueso, era de lo más perfecto en su clase; mas no podía la inválida acostumbrarse a andar con ella, ayudada solo de un bastón. Prefería las muletas, aunque estas le alzaran los hombros, destruyendo la gallardía de su cuello y de su busto. Aficionose a pasar las horas de la tarde en la iglesia, y para facilitar esta inocente inclinación, mudose D. Lope desde lo alto del paseo de Santa Engracia al del Obelisco, donde tenían muy a mano cuatro o cinco templos, modernos y bonitos, y además la parroquia de Chamberí. Y el cambio de domicilio le vino bien a D. Lope por el lado económico, pues en el alquiler de la nueva casa ahorraba una corta cantidad, que no venía mal para otros gastos en tiempos tan calamitosos. Pero lo más particular fue que la afición de Tristana a la iglesia se comunicó a su viejo tirano, y sin que este notara la gradación, llegó a pasar ratos placenteros en las Siervas, en las Reparatrices y en San Fermín, asistiendo a novenas y manifiestos. Cuando D. Lope notó esta nueva fase de sus costumbres seniles, ya no se hallaba en condiciones para poder apreciar lo extraño de tal cambio. Anublose su entendimiento; su cuerpo envejeció con terrible presteza; arrastraba los pies como un octogenario, y la cabeza y manos le temblaban. Al fin, el entusiasmo de Tristana por la paz de la iglesia, por la placidez de las ceremonias del culto y la comidilla de las beatas llegó a ser tal, que acortaba las horas dedicadas a arte músico para aumentar las consagradas a la contemplación religiosa. Tampoco se dio cuenta de esta nueva metamorfosis, a la que llegó por gradaciones lentas; y si al principio no había en ella más que pura afición, sin verdadero celo, si sus visitas a la iglesia eran al principio actos de lo que podría llamarse *dilettantismo* piadoso, no tardaron en ser actos de piedad verdadera, y por etapas insensibles vinieron las prácticas católicas, el oír misa, la penitencia y comunión.

Y como el buen D. *Lepe*, no viviendo ya más que para ella y por ella, reflejaba sus sentimientos, y había llegado a ser plagiario de sus ideas, resultó que también él se fue metiendo poco a poco en aquella vida, en la cual su triste vejez hallaba infantiles consuelos. Alguna vez, volviendo sobre sí en momentos lúcidos, que parecían las breves interrupciones de un inseguro sueño, se echaba una mirada interrogativa, diciéndose:

—¿Pero soy yo de verdad, Lope Garrido, el que hace estas cosas? Es que estoy lelo... sí, lelo... Murió en mí el hombre... ha ido muriendo en mí todo el ser, empezando por lo presente, avanzando en el morir hacia lo pasado; y por fin, ya no queda más que el niño... Sí, soy un niño, y como tal pienso y vivo

Bien lo veo con el cariño de esa mujer. Yo la he mimado a ella. Ahora ella m mima...

En cuanto a Tristana, ¿sería, por ventura, aquella su última metamorfosis' ¿O quizás tal mudanza era solo exterior, y por dentro subsistía la unida pasmosa de su pasión por lo ideal? El ser hermoso y perfecto que amó construyéndolo ella misma con materiales tomados de la realidad, se hab desvanecido, es cierto, con la reaparición de la persona que fue como génesi de aquella creación de la mente; pero el tipo, en su esencial e intachabl belleza, subsistía vivo en el pensamiento de la joven inválida. Si algo pud variar esta en la manera de amarle, no menos varió en su cerebro aquella cifr de todas las perfecciones. Si antes era un hombre, luego fue Dios, el principi y fin de cuanto existe. Sentía la joven cierto descanso, consuelo inefable, pue la contemplación mental del ídolo érale más fácil en la iglesia que fuera d ella, las formas plásticas del culto le ayudaban a sentirlo. Fue la mudanza de hombre en Dios tan completa al cabo de algún tiempo, que Tristana llegó olvidarse del primer aspecto de su ideal, y no vio al fin más que el segundo que era seguramente el definitivo.

Tres años habían pasado desde la operación realizada con tanto acierto po Miquis y su amigo, cuando la señorita de Reluz, sin olvidar completamente e arte musical, mirábalo ya con desdén, como cosa inferior y de escasa valía Las horas de la tarde pasábalas en la iglesia de las Siervas, en un banco, qu por la fijeza y constancia con que lo ocupaba, parecía pertenecerle. La muletas, arrimadas a un lado, le hacían lúgubre compañía. Las hermanitas, a fin, entablaron amistad con ella, resultando de aquí ciertas familiaridade eclesiásticas: en algunas funciones solemnes tocaba Tristanita el órgano, co gran regocijo de las religiosas y de todos los concurrentes. La *señora coj* hízose popular entre los que asiduamente asistían a los oficios mañana y tarde y los acólitos la consideraban ya como parte integrante del edificio y aun de l institución.

XXIX

No tuvo la vejez de D. Lope toda la tristeza y soledad que él se merecía como término de una vida disipada y viciosa, porque sus parientes le salvaron de la espantosa miseria que le amenazaba. Sin el auxilio de sus primas, las señoras de Garrido Godoy, que en Jaén residían, y sin el generoso desprendimiento de su sobrino carnal el arcediano de Baeza, D. Primitivo de Acuña, el galán en decadencia hubiera tenido que pedir limosna o entregar sus nobles huesos a San Bernardino. Pero aunque las tales señoras, solteronas histéricas y anticuadas, muy metidas en la iglesia y de timoratas costumbres veían en su egregio pariente un monstruo, más bien un diablo que andaba suelto por el mundo, la fuerza de la sangre pudo más que la mala opinión que de él tenían, y de un modo discreto le ampararon en su pobreza. En cuanto a buen arcediano, en un viaje que hizo a Madrid trató de obtener de su tío cierta concesiones del orden moral: conferenciaron; oyole D. Lope con indignación partió el clérigo muy descorazonado, y no se habló más del asunto. Pasado algún tiempo, cuando se cumplieron cinco años de la enfermedad de Tristana el clérigo volvió a la carga en esta forma, ayudado de argumentos en cuya fuerza persuasiva confiaba.

—Tío, se ha pasado usted la vida ofendiendo a Dios, y lo más infame, lo más ignominioso es ese amancebamiento criminal...

—Pero hijo, si ya... no...

—No importa; se irán ella y usted al infierno, y de nada les valdrán sus buenas intenciones de hoy.

Total, que el buen arcediano quería casarles. ¡Inverosimilitud, sarcasmo horrible de la vida, tratándose de un hombre de ideas radicales y disolventes como D. Lope!

—Aunque estoy lelo —dijo este empinándose con trabajo sobre las puntas de los pies—, aunque estoy hecho un mocoso y un bebé... no tanto, Primitivo, no me hagas tan imbécil.

Expuso el buen sacerdote sus planes sencillamente. No pedía, sino qu secuestraba. Véase cómo.

—Las tías —dijo—, que son muy cristianas y temerosas de Dios, le ofrece a usted, si entra por el aro y acata los mandamientos de la ley divina..., ofrecen repito, cederle en escritura pública las dos dehesas de Arjonilla, con lo cual n solo podrá vivir holgadamente los días que el Señor le conceda, sino tambié dejar a su viuda...

—¡A mi viuda!

—Sí; porque las tías, con mucha razón, exigen que usted se case.

Don Lope soltó la risa. Pero no se reía de la extravagante proposición, ¡ay! sino de sí mismo... Trato hecho. ¿Cómo rechazar la propuesta, si aceptándol aseguraba la existencia de Tristana cuando él faltase?

Trato hecho... ¡Quién lo diría! D. Lope, que en aquellos tiempos hab aprendido a hacer la señal de la cruz sobre su frente y boca, no cesaba d persignarse. En suma; que se casaron... y cuando salieron de la iglesia, todav no estaba D. Lope seguro de haber abjurado y maldecido su queridísim doctrina del celibato. Contra lo que él creía, la señorita no tuvo nada qu oponer al absurdo proyecto. Lo aceptó con indiferencia, había llegado a mira todo lo terrestre con sumo desdén... Casi no se dio cuenta de que la casaron, d que unas breves fórmulas hiciéronla legítima esposa de Garrido, encasillándol en un hueco honroso de la sociedad. No sentía el acto, lo aceptaba, como u hecho impuesto por el mundo exterior, como el empadronamiento, como l contribución, como las reglas de policía.

Y el señor de Garrido, al mejorar de fortuna, tomó una casa mayor en e mismo paseo del Obelisco, la cual tenía un patio con honores de huerta Revivió el anciano galán con el nuevo estado; parecía menos chocho, meno lelo, y sin saber cómo ni cuándo, próximo al acabamiento de su vida, sintió qu le nacían inclinaciones que nunca tuvo, manías y querencias de pacífic burgués. Desconocía completamente aquel ardiente afán que le entró po plantar un arbolito, no parando hasta lograr su deseo, hasta ver que el plantó arraigaba y se cubría de frescas hojas. Y el tiempo que la señora pasaba en l iglesia rezando, él, un tanto desilusionado ya de su afición religiosa empleábalo en cuidar las seis gallinas y el arrogante gallo que en el patinill tenía. ¡Qué deliciosos instantes! ¡Qué grata emoción... ver si ponían huevo, s este era grande, y, por fin, preparar la echadura para sacar pollitos, que al fi salieron, ¡ay!, graciosos, atrevidos y con ánimos para vivir mucho! Don Lop no cabía en sí de contento, y Tristana participaba de su alborozo. Por aquello días, entrole a la cojita una nueva afición: el arte culinario en su ram

importante de repostería. Una maestra muy hábil enseñole dos o tres tipos d pasteles, y los hacía tan bien, tan bien, que don Lope, después de catarlos, s chupaba los dedos, y no cesaba de alabar a Dios. ¿Eran felices uno y otro...' Tal vez.

FIN DE LA NOVELA

Madrid.—Enero de 1892.